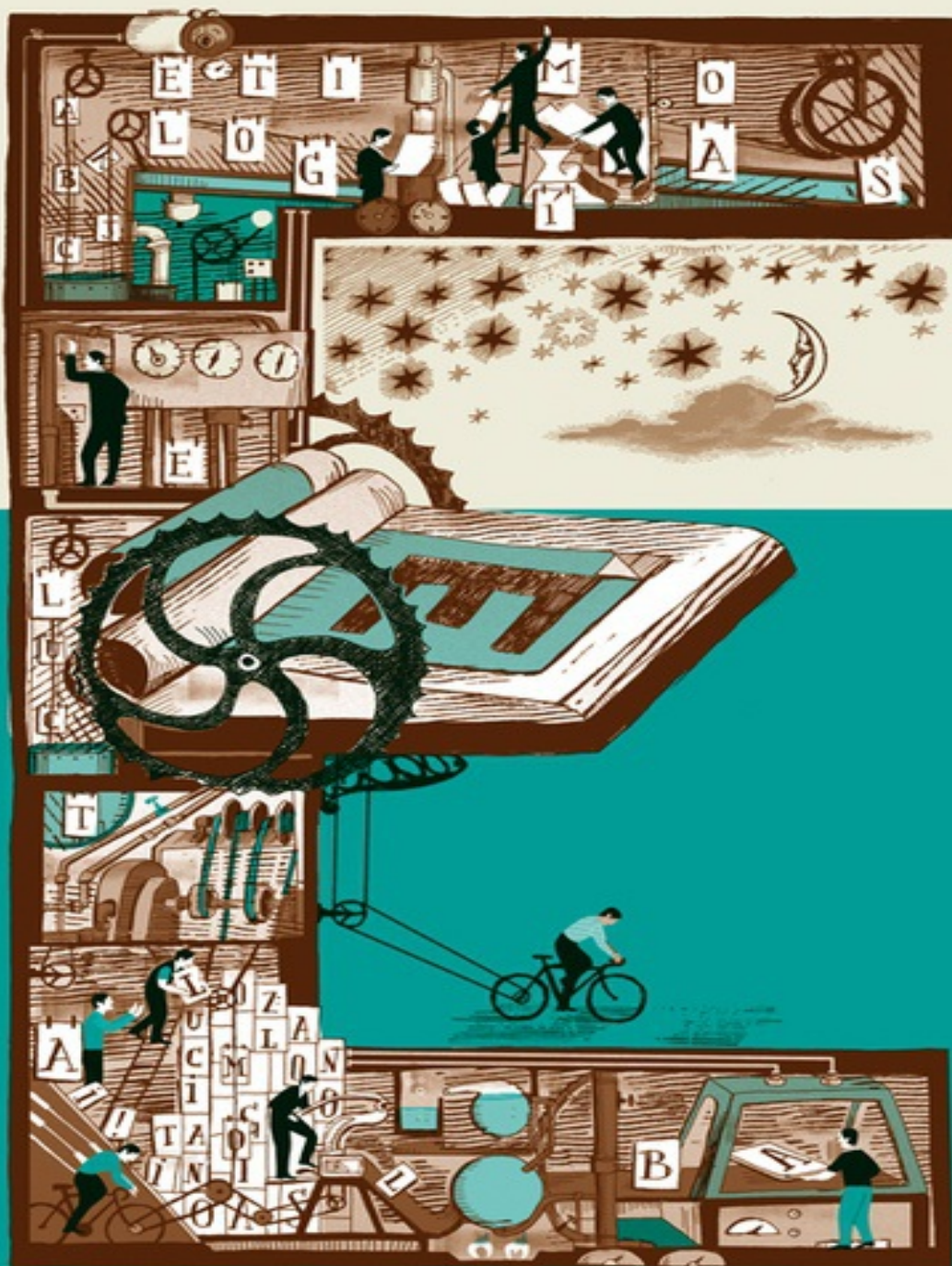


JAVIER DEL HOYO



ETIMOLOGICÓN

EL SORPRENDENTE ORIGEN DE NUESTRAS PALABRAS
Y SUS EXTRAÑAS CONEXIONES

Ariel

Índice

Portada

Introducción

1. Todo procede del genitivo (gen-, gono-)
2. Nadie es perfecto (gne- > nascor)
3. Del cálamo al caramelo (calamus)
4. Del cuaderno a la cuaresma (quattuor)
5. Alma mater para adultos (alo)
6. De lo ácido a la acrópolis (acer)
7. De la bici a la enciclopedia (cýclos, circus)
8. De lo obvio a lo trivial (via)
9. Capturen al mentecato (capio)
10. ¿Medias o calcetines? (calx)
11. Discernir para no ser acribillado (cerno)
12. ¡Seréis como dioses! (theós, deus)
13. Con Hacienda hemos topado (facio)
14. Nunca digas lo infame (fari)
15. De la confianza a la perfidia (fido)
16. Mantenerse en forma para estar hermosa (forma)
17. Quien avisa es porque lo ha visto (video)
18. Venenos para el amor (Venus)
19. Versos para extrovertidos (verto)
20. De la inflación al fallo (flo)
21. Agenda para intransigentes (ago)
22. Del péndulo al contrapeso (pendo)
23. ¿Dónde está el cuaderno de bitácora? (habeo)
24. La veteranía es un grado (gradus)
25. Del mueble al automóvil (moveo)
26. Aquí yace aquel sujeto que... (iaceo)
27. Una copita de orujo para quien me devuelva la cartera (volvo)
28. Una raíz feraz (fero)
29. Un monumento a la memoria (mem-)

30. Al cabo le duele el bíceps (caput)
 31. Etimologías para hombres de a pie (pes, poús)
 32. Prevenir no es curar (venio)
 33. Del soponcio a la Tegito (Influencia de la liturgia cristiana en el lenguaje cotidiano)
- Lista alfabética de palabras y expresiones comentadas
- Créditos



INTRODUCCIÓN

“La ciencia de la etimología es clarísima y muy certera. Por ejemplo, de *equus* proviene *cheval*, porque es obvio que de *e-* deriva *che-*, y de *-quus* procede *-val*.” De esta forma tan poco elegante y tan poco científica se burlaba a finales del siglo XVIII Voltaire, muerto de risa, de la evolución de las lenguas y del estudio de la etimología. Sin embargo, la etimología puede considerarse una ciencia en el sentido de que si se conocen determinadas leyes fonéticas y otros cambios debidos a factores sociales o psicológicos, a partir de un étimo, es posible descubrir con cierta fiabilidad la palabra derivada o, al contrario, partiendo de una palabra que conocemos en nuestra lengua llegar a saber de qué étimo latino proviene.

Querer conocer el origen de las palabras que pronunciamos es muy legítimo, e incluso lógico, es casi como querer saber de dónde venimos, preguntar a quienes los conocieron cómo eran nuestros padres, o nuestros abuelos, a qué se dedicaban, etc. También nos gusta saber el origen de nuestro nombre propio y de la ciudad donde vivimos, y en este punto a veces la imaginación echa a volar.

Esta curiosidad por el origen de las palabras no es una novedad surgida en nuestros días. A lo largo de los siglos se han sucedido eruditos o lingüistas que han indagado en esta parcela. Ya Marco Terencio Varrón (116-27 a.C.) escribió un tratado sobre la lengua, *De lingua latina*, en el que rastreaba el origen de las palabras en latín. Tras él muchos autores latinos se plantearon la procedencia de algunos términos. Entre ellos habría que citar a Cicerón o a Higino (siglo I a.C.), quien a propósito de un libro de mitología (*Fábulas*) explica por qué decimos esta palabra o aquella otra. Verrio Flaco (muere en 14 d.C.) escribió *De significatu verborum*, obra de la que no se ha conservado nada, pero que conocemos gracias al resumen que hizo Pompeyo Festo en el siglo II.

De esa época son ya las etimologías populares, es decir, aquellas que carecen de fundamento lingüístico y se basan en una fonética parecida... En nuestra lengua podemos rastrear varias. Habremos oído más de una vez y más de dos decir *mondarinas*, porque se mondan; *las andalias* con un falso corte entre artículo y nombre, porque sirven para andar; el *alquilino* del 5.º, porque está de alquiler; o el frío *severiano* en vez de siberiano con cruce con severo, etc. En ocasiones la etimología popular ha llegado a lexicalizarse. Así del latín *veruculum*, el instrumento de hierro que servía para cerrar una puerta, deberíamos tener ‘verojo’ o ‘berajo’, pero la influencia del verbo cerrar, que era para lo que servía, terminó por dar ‘cerrojo’. Es curiosa, por ejemplo, la etimología que a veces se oye de ‘cadáver’, tan popular, a partir del acrónimo *ca(ro) da(ta) ver(mibus)*, “carne dada a los gusanos”; tan curiosa como inverosímil.

A finales del siglo VI surge en nuestra península un erudito, que será nombrado obispo de Hispalis a la muerte de su hermano Leandro. En efecto, Isidoro de Sevilla escribió esa obra monumental del saber medieval que son las *Etimologías*, una auténtica enciclopedia en la que reúne y sistematiza todo el saber de su época. Sí es cierto que algunas pueden ser inventadas o creadas con más o menos fortuna, pero en la base de su obra hay un enorme conocimiento de latín, griego y hebreo.

Dando un gran salto y citando solo de pasada la obra en conjunto de Nebrija (fines del siglo XV), llegamos al siglo XVII, en que aparece el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias (1611), que proporciona amplias explicaciones etimológicas, porque en esta época se creía todavía que rastreando la etimología se podía encontrar el sentido original y verdadero de la palabra. En el siglo XVIII, con la creación de la Real Academia Española, se llevará a cabo el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), que tendrá muy en cuenta la obra de Covarrubias.

Ya en el siglo XX Joan Corominas, a quien le ayudará en sus últimos años J. A. Pascual, sacará a la luz esa monumental obra en seis tomos llamada *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (Madrid, 1980), donde cada voz supone un estudio concienzudo de la materia. Varios diccionarios habían salido ya con este afán etimológico, como el *Diccionario Etimológico Español e Hispánico* de V. García de Diego (1956). Hubo

también diccionarios temáticos, como el *Diccionario secreto* de C. J. Cela (1968), que tuvo el afán de desvelar las raíces de las que provenían las palabras obscenas de nuestra lengua.

Etimologicón no es, sin embargo, un diccionario, ni un tratado técnico, ni entra en disquisiciones lingüísticas o filológicas. En lugar de un listado frío de palabras, una detrás de otra, trata de explicar los orígenes y la evolución — muchas veces curiosa, inesperada o hasta divertida— de una serie de palabras del español, hiladas en torno a un tema determinado y con un estilo narrativo. Historias de palabras que iluminan la lengua que empleamos todos los días. Por ejemplo, en todos los diccionarios nos aparece la doble acepción del término ‘panteón’, pero no se nos dice por qué razón un templo dedicado a todos los dioses se convirtió con el tiempo en un lugar de enterramiento colectivo. Nosotros intentamos aportar una breve historia de estos cambios semánticos.

¿A quién va dirigido este libro? No cabe duda de que será de gran utilidad a profesores, estudiantes y amigos de las lenguas clásicas, ya que el latín y el griego son las dos lenguas de origen de las etimologías presentadas. Servirá a quienes enseñan y aprenden Lengua y Literatura española. Pero, sobre todo, agradará y fascinará a todos los amantes de la lengua, de las curiosidades, ya que muchas palabras nos pueden sorprender por el azaroso itinerario que han realizado para llegar al significado actual. A veces efectuando un salto prodigioso, como el hecho de que del latín *percontari*, que tiene como base la pértiga (*contus*) con la que un marinero intenta descubrir la profundidad de un río o fondeadero para ver si es vadeable, proceda nuestro ‘preguntar’, que en realidad significa sondear, intentar llegar hasta el fondo de un tema. O cómo la ‘bruma’, ese clima propio de los días invernales, procede del *dies brev(iss)uma*, es decir, el día más corto del año, el solsticio de invierno (21-24 de diciembre), y luego se extiende a la neblina propia de ese día o de cualquier otro. O ‘zozobrar’, procedente de *subsuprare*, es decir, dar la vuelta a la embarcación colocando lo que debía estar debajo (*sub*) encima, y lo que debía estar encima (*supra*) debajo. Que ‘septentrional’ es norteño porque *septentrio* es la constelación formada por los *septem Triones* (siete

bueyes, siete estrellas) que tiran del carro mayor, y esta constelación ha estado siempre junto a las que contienen la estrella polar e indican, por ello, el norte...

Ver la relación con el camino que hay entre ‘vía, trivial y obvio’; comprender que entre ‘habladuría, infame y nefasto’ hay una relación etimológica estrecha; saber que ‘cabo, capitán y caudillo’ proceden del mismo étimo, nos ayudará a usar mejor las palabras y, sin duda, a hablar también con más propiedad, con mejor conocimiento de nuestra lengua.

El libro que ahora presentamos no es el primero ni será el último que aborda el tema de las etimologías, pero lo hace de una forma distinta. Las palabras se ofrecen en racimos, agrupadas en familias léxicas, a partir de una raíz, *encadenadas*; las hemos marcado en color azul para mejor captarlas en un golpe de vista. Sabemos que la forma en que la persona almacena el vocabulario en el cerebro es así, ligando las palabras unas a otras. Las aprendemos por familias léxicas, por sinónimos (dar-entregar), por antónimos (morir / vivir), o por palabras que se relacionan semánticamente. Aprendemos el concepto ‘cuchara’, y la ponemos inmediatamente en relación con ‘cuchillo’ y ‘tenedor’. Y a veces relacionamos ese término con otras lenguas, en que se asemeja mucho. *Laborare*, ‘trabajar’ en italiano, se relaciona con los términos especializados ‘labrar’ o ‘sus labores’ en español, aunque nosotros tengamos ‘trabajar’ a partir del *tripalium*, instrumento de tortura del mundo romano formado por tres palos. Ello indica también el concepto que en Hispania se tenía del trabajo...

En *Etimologicón* hemos escogido 32 raíces latinas, independientes, y cada una de ellas nos va a proporcionar entre veinticinco y ciento diez palabras presentadas con un hilo conductor. Hemos elegido palabras conocidas, de uso, salvo en contadas excepciones en que aparecen cultismos menos frecuentes. Un último capítulo está dedicado a etimologías de expresiones en español procedentes de la liturgia, de la Biblia y del lenguaje clerical. Es interesante comprobar la influencia de este lenguaje en nuestro mundo —incluso en la incorporación de palabras como ‘lavabo’ al lenguaje usual—, y los errores producidos por una mala asimilación o una conciencia errónea del significado de las palabras, introducidas en lenguajes rurales o de menos cultura únicamente por vía oral. No haberlas visto nunca escritas ha

podido provocar una deformación de las mismas, pero decirlas en latín viste, da un barniz de cultura que nos hace sentir mejores. Por ello, podemos decir que *sapere aude*, como me dijo un señor en Benidorm al verme una camiseta con esa frase, significa “escucha a la sabiduría”. Previamente me había comentado que hoy día ya no se estudia latín y, por ello, esos lemas ya no se conocen. Pensé que efectivamente hoy ya no se estudia demasiado latín, porque ese lema significa algo así como “atrévete a saber”, y es frase de Horacio del primer libro de las *Epístolas*, aunque fue divulgada por Kant en su ensayo *¿Qué es la ilustración?* con la idea de “ten valor para usar tu propia razón”.

Hemos añadido finalmente una lista de todas las palabras y expresiones comentadas. Nos parecía que podía ser útil a la hora de localizar una palabra cualquiera ya vista y, de paso, tenerlas todas reunidas.

Degustemos, pues, saboreemos estas etimologías encadenadas, un libro lleno de curiosidades, de sorpresas, de palabras tantas veces usadas, pero cuyo origen quizás no sospechábamos.

Querido lector, *sapere aude*.



PROCEDE DEL GENITIVO

(*gen-, gono-*)

La vida comienza en el momento de la concepción, parece que sobre esto no hay duda.

Vida vegetal, animal o humana. Hay un inicio, todo un proceso de gestación y un nacimiento propiamente dicho.

La raíz *gen-*, que origina el verbo latino *gigno, genui, genitum*, significa precisamente eso, ‘**generar, engendrar**, producir, gestar’. Los órganos sexuales que intervienen en la reproducción son los **genitales**, las **gónadas** si seguimos el griego, y la **génesis** de algo es la que indica su origen y nacimiento. Del hermano griego vamos a tener toda una serie de palabras que comienzan por *gono-* (generación), desde el **gonocito**, o célula reproductora, hasta la **gonorrea**, flujo purulento ocasionado por la inflamación de la uretra, pasando por la **gonacracia** o impotencia.

Al primer libro de la Biblia se le denominó **Génesis**, porque en él se relata la creación del mundo y del hombre siguiendo la cosmovisión hebrea de la historia, contada en una clave didáctica. Por su parte, dentro de la mitología griega el poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.) escribió bellísimas páginas sobre la

Cosmogonía y **Teogonía**, origen del universo y de los distintos dioses respectivamente, aunque también podemos leer en otros autores griegos y latinos mitos **antropogónicos**, donde nos van mostrando las distintas **genealogías** de los dioses y héroes. Y estas tradiciones se han ido transmitiendo de **generación** en generación, aunque en algunos autores la versión del mito sea un tanto *sui géneris*, porque se separa en muchos puntos de lo que podríamos llamar versiones canónicas, es decir, que no son **homogéneas** con el resto de la literatura sobre el tema. Los intentos de los poetas son comprensibles, cierto, porque ¿quién no se ha sentido alguna vez tentado de reconstruir el árbol **genealógico** de su familia? Yo lo comencé de joven acudiendo a archivos parroquiales y empezando a averiguar quiénes eran mis bisabuelos, tatarabuelos, etc. Hoy día hay una página web (geni.com) que nos lo da ya casi hecho, y que está al alcance de toda familia.

Evidentemente, el primer hijo de una familia será siempre el **primogénito**, que a veces se queda en el primero y único, es decir, **unigénito**, título que en la teología medieval se dio por antonomasia a Jesucristo, Hijo eterno del Padre. Sus padres serán los **progenitores**, y los hijos respecto a ellos la **progenie**, ‘descendencia’. La Biblia nos cuenta cómo Esaú vendió su **primogenitura** por un plato de lentejas en favor de su hermano Jacob, que se convirtió de esta forma en **genearca** o cabeza, ‘inicio de un linaje’.

Es posible que algunos niños nazcan con enfermedades **congénitas**, connaturales, transmitidas por los padres, pero el estudio y desciframiento durante estos últimos años del **genoma** humano ha demostrado que podrá salvar vidas y, sobre todo, prevenir enfermedades. En la actualidad se está trabajando en programas **eugenésicos**, que han de mejorar la raza humana. ¿Sabían ustedes que **Eugenio** es ‘el bien engendrado’?

El *genus* es el origen, el nacimiento, de donde tenemos el **género**, y lo **general**, es decir, todo lo concerniente al género, que hoy día se confunde habitualmente con lo **genérico**. Durante un tiempo se ha hablado en los medios de comunicación social de “violencia de género”, concepto que va cediendo terreno al de “violencia doméstica”, que parece más adecuado. En ocasiones la crueldad de estas noticias parece extraída de historietas **lacrimógenas**, de novela rosa, pero por desgracia son reales.

Existen también mis **congéneres**, aquellos seres que han nacido de mi mismo género o raza. A veces en la televisión o en la prensa se publican noticias de auténticos **degenerados**, personas que parecen haber perdido el sentido más común por atentar contra la propia especie, el propio género, al cometer acciones impropias de un hombre como violaciones, torturas, asesinatos de niños, de bebés quemados en un microondas o en una pira... Pero, ¿en qué **generación** nos ha tocado vivir? ¡Vaya **engendros**! ¿Podríamos decir que se trata de gente **maligna** (‘mal nacida’), o quizás ha sido fruto de desviaciones posteriores, adquiridas?

Con todo, los más terribles y peligrosos son los **genocidas**. En los últimos años en algunos países de África se ha llevado a cabo un **genocidio** sistemático de parte de la población ante la pasividad de los países del primer mundo; países donde problemas tribales han llevado a la tumba a miles de personas de una tribu concreta. Nos horrorizan también las enfermedades **degenerativas**, por ejemplo en ancianos que van perdiendo paulatinamente el conocimiento. Evitables y deplorables si alguna vez la ciencia confirmara que proceden de alimentos **transgénicos**, sometidos a ingeniería **genética**, o con propiedades **cancerígenas**. Afortunadamente, un tejido que se ha degenerado, puede **regenerarse**, volver a nacer, a surgir.

A veces salgo por el barrio y me encuentro con Whisky, un perro perdiguero que tiene un instinto cazador extraordinario, se va tras todas las palomas y pajarillos. No hay cuerda suficiente para él. El dueño sonrío: “Lo lleva en los **genes**”, me dice. Realmente es un **genio**, si es que un perro puede serlo. Me gusta verle cómo bebe el agua, ese compuesto de **hidrógeno** (‘generador de agua’) y **oxígeno** (‘generador de ácidos’) tan necesario para la vida. ¿Cómo es posible que el hombre pueda **congeniar** tan bien con los perros, siendo de razas distintas? Quizás porque ellos son **benignos** (< *bonus* + *genus*), parecen incapaces de hacer mal a nadie, especialmente los de algunas razas.

Aquellos hombres que pertenecen a una especie, a una *gens*, son nobles, **generosos**, no tienen entre sus ascendientes mezclas de sangre, ni han sido esclavos. Más tarde se puso en relación la nobleza de sangre con la magnanimidad, y hoy el término ha cambiado su significado por el de dadivoso o caritativo, pero su sentido **primigenio** se sigue manteniendo en

secuencias como “vinos generosos”. ¿Qué entiende el hablante medio por beberse un vino generoso? Pues no es otra cosa que aquel que procede de una cepa de calidad, de género.

Los engendrados de una misma raza, *gens*, son el pueblo, la *gente*. Esta acepción se conserva en uno de los títulos que se da a san Pablo, “apóstol de las gentes”, que mucha gente puede creer que se refiere a que predicaba abiertamente, fuera del templo, pero —quizás por calco del hebreo *goim*— se refiere a su actividad como apóstol de aquellos pueblos distintos del hebreo, algo por lo que luchó toda su vida, y que le valió también el título análogo de “apóstol de los *gentiles*”, palabra que en época moderna ha perdido ya su primer sentido para significar el de caballero... Existen los *gentilhombres*, y Molière escribió en el siglo XVII una mordaz comedia sobre *El burgués gentilhomme*. Por cierto, y metidos ya con el francés, diremos que *néant* (‘nada’) procede de *ne gentem*, ‘nadie’. Y como usar anglicismos parece dar un toque de distinción, hoy muchos se las dan de *gentleman*, que es lo mismo que gentil pero viste más, por lo que querrá ir también de *smoking* en vez de llevar traje, que además le dará derecho a fumar. Vestido así, quedará usted como un caballero, aunque con un título muy poco *genuino*.

Del *ingenium* o dotes naturales, cualidades innatas de alguien, pasamos a tener *ingenio*. Y aquellos que lo tienen son *ingeniosos*. Una de las profesiones más apreciadas y cualificadas en nuestros días, la *ingeniería*, es la que ejercen los *ingenieros*, que son aquellos que aplican su ingenio a las cosas naturales. Comienzan estudiando en geometría la línea *generatriz* y terminan en química trabajando con los elementos *halógenos*. Cuando ya saben algo más, con un *generador* eléctrico pueden montar Dios sabe qué.

En la antigua Roma quien nacía en una *gens* era *ingenuus*, porque en un principio *ingenuo* era el nacido libre, aquella persona que no ha tenido nunca marcas de dependencia, como la esclavitud o la condición de liberto respecto a un patrono tras la manumisión. Posteriormente, por un cambio semántico, el *ingenuo* y la *ingenuidad* pasaron a denominar al cándido, a quien no tiene malicia. El *gentilicio* es lo relativo al linaje o familia, y el adjetivo *gentilicio* es el que denota la procedencia geográfica de las personas o su nacionalidad, como pueden ser ‘castellano’ o ‘burgalés’. En programas de televisión, algunos videntes intentan predecir el futuro de las personas por el día del

nacimiento, y podemos observar cómo solicitan enseguida del interlocutor que está al otro lado del teléfono qué día han nacido; esa forma de adivinación se llama **genetliaca** y da mucho dinero.

Podemos encontrarnos en una manifestación con un gran **gentío**, pero no sería de extrañar que en medio de esa multitud hubiera **gentuza**, personas que se aprovechan de otras, que degradan su condición, por ello quizás haya que distribuir **gendarmes** (< fr. *gent d'armes*) para controlar la situación. Demos un paso más, ¿cómo reaccionaríamos si nos encontrásemos en esa manifestación con personas que están bajo los efectos de sustancias **alucinógenas**? ¿Y si nos topamos con un **alienígena**? ¿Recuerdan ustedes *Alien*, la película de Ridley Scott en que una agresiva criatura alienígena acecha y busca asesinar a la tripulación de una nave espacial? Si las relaciones no son buenas con ella es normal, son ustedes **heterogéneos**, ‘de distinta raza o linaje’. Cosa distinta es con los **indígenas**, con los que los españoles supieron mezclarse desde el primer momento de su llegada a América.

Volvemos al momento de la concepción, donde siempre tiene que haber un principio activo, un **germen**, para que la semilla pueda **germinar**. Todos aquellos que han nacido de un mismo germen son los **hermanos** (< *fratres germanos*, ‘hermanos carnales’). Y se crean después las **hermandades**. Posteriormente el nombre pasa a aquellos que sin ser de la misma familia natural, pertenecen a una misma familia religiosa, las órdenes y congregaciones religiosas, que tienen padres y hermanos o frailes, aunque estos últimos proceden de otra raíz inicial, así *fray* (< *frater*). En el seno de una gran familia no todos han nacido dentro de ella, porque también ha de considerarse la familia política, y dentro de ella el marido de la hija, el **yerno** (< *generum*). No podemos olvidarnos tampoco en esta relación de parentesco del **cuñado** (< *cognatus*, algo así como “engendrado colateralmente”). Digamos finalmente que el calendario de la Revolución Francesa incluyó un mes **germinal**, que comprendía del 20 o 21 de marzo al 19 de abril y constituía el séptimo mes del calendario republicano, y el primero de la primavera, por ser aquel en el que germinan las semillas.

Sin querer **generalizar**, que no era nuestra intención, y debiendo terminar porque la lista de palabras procedentes de esta raíz es realmente **ingente** (‘que se sale fuera de las proporciones de su especie’), podríamos decir que todo

procede del **genitivo**.



ES PERFECTO

(gne- > nascor)

Como hemos visto en el capítulo anterior, la historia del hombre, de cada hombre y mujer, comienza realmente con su concepción, pero nosotros la contabilizamos desde nuestro nacimiento, desde ese día que cada año celebramos con especial esmero, el de nuestro cumpleaños. Esto es así en casi todas las culturas. Concedemos una importancia primordial al nacimiento, es el comienzo de la vida fuera del seno de la madre. Hoy se han creado verdaderos negocios alrededor de ello: los horóscopos, la lectura de las manos, la conjunción de los astros, el tarot, los regalos, las flores, las fiestas de cumpleaños, siempre en dependencia de aquel día que sabemos con exactitud, no el de aquel que no conocemos con absoluta seguridad, el de nuestra concepción.

Si en el anterior capítulo veíamos la raíz *gen-*, nos centramos ahora en una variante de la misma raíz, *gne-*, que al perder la *g-* inicial evolucionará hasta dar el verbo latino *nasci*, del que conservamos *nacer*. *Nacencia* se usó antiguamente, y aún se usa en algunas hablas dialectales, pero fue sustituido casi totalmente por *nacimiento*, aunque disfrutemos escuchando “La nacencia” de Luis Chamizo en extremeño castúo. Hablamos de *natividad*, que es el sustantivo para nacimiento en latín, y conservamos el nombre propio de

Natividad (más conocido por el hipocorístico Nati) a propósito de la que celebramos de la Virgen María el 8 de septiembre, y **Navidad**, que hace alusión a la de Jesucristo el 25 de diciembre. El lugar donde nacemos es nuestro lugar **natal**. No es casual que en algunas lenguas romances Navidad sea *Nadal* (catalán y gallego), *Natale* (italiano), *Noël* (francés), y hayamos creado incluso la figura de un papá Navidad (Noël) que llega el día del Nacimiento de Cristo con sus regalos, fomentando así lo que se denomina “el espíritu **navideño**”.

Existe la tasa de **natalidad** de una población, el **natalicio** o fecha de nacimiento, y la más triste **mortinatalidad**, definida como “proporción de criaturas que nacen muertas”, que afortunadamente va en descenso. En los ríos hablamos, sin embargo, de **nacedero** como sinónimo de manantial. Y para el sol recurrimos al adjetivo **naciente**, denominando a Japón en nuestra Europa como “Imperio del Sol Naciente”. A modo de curiosidad diremos que para los primeros cristianos la vida era como un mero preámbulo de la verdadera vida, la del Más Allá, por lo que al día de la muerte lo llamaron *dies natalis*, como podemos ver aún en distintas inscripciones latinas de los primeros siglos y en algunos textos literarios.

Pero hay un período de gestación, previo al nacimiento, que es el de **pregnancia** (< *prae-gnantia*), y el que tenemos en nuestra lengua como **preñez** (estado anterior a un nacimiento, embarazo), **preñar**, etc. Conservamos asimismo el cultismo **impregnar**, que en la Edad Media conservaba aún el significado de fecundar, aunque hoy sea ‘hacer que penetren las partículas de un cuerpo en las de otro, empapar’.

Existe en animales y hombres un instinto **innato**, por ejemplo el de conservación o el de perpetuación de la especie, que es algo **connatural** y como **nacido** con el propio ser; el miembro **nato** es aquel que pertenece a una institución, organismo, etc., por los títulos o cargos que van anejos a otro empleo: “el ministro es presidente nato de...”. Y existe el **nonato**, el “no nacido naturalmente, sino sacado del claustro materno mediante operación cesárea”. La Iglesia católica recuerda el 31 de agosto a san Ramón Nonato, religioso mercedario catalán del siglo XIII, cuyo epíteto deriva precisamente de haber sido extraído del útero de su madre por cesárea después de que ella

hubiera fallecido. Existe un popular **noñato**, y por influjo de niño se creó **niñato**, “embrión de la vaca cuando la matan”, nombre con que se conocerá más tarde tanto al joven sin experiencia como al joven presumido.

En el siglo XIII nació el concepto de **nación** en el seno de la Universidad medieval. En los claustros universitarios de aquella Universidad europea siete siglos antes de inventarse las becas Erasmus, pero cuya **internacionalidad** era mayor que la actual porque había un intercambio de estudiantes de casi todos los estados conocidos de Europa, tomaban la palabra los claustrales por lugar de nacimiento (*natio*) siendo los primeros los italianos, por residir allí el papado, después los franceses por ser la primera nación católica, después los españoles por su defensa de la religión frente a las herejías y al islam, más tarde los de lengua alemana, y por último los de lengua inglesa. Era época en que no había **nacionalismos** ni **nacionalistas**, habría que esperar al siglo XIX para que estos se desarrollaran. Y no buscaban a **nativos** para aprender la lengua, porque prácticamente en todas las Universidades se estudiaba en una única lengua, el latín.

Tras unos años de altibajos, esta cultura latina enseñada en las Universidades parecía haberse eclipsado a finales de la Edad Media, por lo que desde mediados del siglo XV comienza una vuelta a los clásicos, comienza entonces el **Renacimiento** y el espíritu **renacentista**, que tan fructífero resultaría para la cultura en todas sus manifestaciones artísticas y literarias.

Hoy día se está promoviendo el **naturismo**, es decir un comportamiento y un estilo de vida desnudos, como la **naturaleza** nos hizo, sin tapujos, mostrándose con total **naturalidad**. Vemos que hay playas, complejos hoteleros, gimnasios, donde las actividades se practican en total desnudez. Pero a veces nos sorprenden noticias en los periódicos de personas que han realizado actos **contra naturam**, por ejemplo el bestialismo o la necrofilia, actividades **antinaturales**. Otras veces leemos en la prensa que unos padres **desnaturalizados** han abandonado a su bebé en un cubo de la basura. Por el contrario, podemos leer entre los místicos que han tenido en algún momento de su vida revelaciones de carácter **sobrenatural**.

El latín dispuso de una palabra autónoma, *nihil*, para designar la nada, término que se nos ha conservado en los verbos aniquilar y anihilar (< *adnihilare*), y poco más. El latín vulgar y las lenguas romances más tarde

desarrollaron una locución para designar el concepto, *res nata*, es decir, ‘cosa nacida’; algunas lenguas, como el francés o el catalán, tomaron para la negación la primera parte de la locución (*res*), mientras que el castellano adoptó la segunda (**nada**). El castellano es una de las pocas lenguas que puede negar algo con una sola marca, y por ello puede decir: “nada es lo que parece”. Y se creó **nadie** (< *nati*, ‘nacidos’), a partir de *homines nati non*, “hombres nacidos no”, (*ome nado* en Arcipreste de Hita, incluso *ome mortal*), que en su momento se pronunció *nadi*, y santa Teresa todavía escribe en el siglo XVI con la forma vulgar *naide*. La única marca en la negación permite hacer juegos de palabras como cuando el humorista Quino le hace decir a Mafalda: “Nadie es perfecto... y todos queremos ser nadie”. Más tarde vino la **nonada** como algo insignificante, de poca importancia; la **nadería**, término que usa por primera vez santa Teresa; y términos filosóficos como **anonadar** y **anonadación**. En latín, sin embargo, nadie se decía *nemo*, que nos ha quedado en el nombre de aquel capitán del *Nautilus* que nos describió Julio Verne en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, cuyo nombre alude al del famoso pasaje de Ulises con Polifemo en la *Odisea*, cuando aquel le dijo al ciclope que se llamaba **Nadie**; más recientemente lo hemos visto en ese pez payaso al que había que buscar, *Buscando a Nemo*, según nos lo contó la factoría Pixar en 2003.

Algunos hombres, al salir de un accidente que pudo ser mortal o de enfermedades muy graves, dicen que han vuelto a nacer, se sienten **renacer**. También hoy nosotros, al terminar un capítulo que en algunos momentos se nos ha resistido. Ahora ya puedo pasar al siguiente.



CÁLAMO AL CARAMELO

(calamus)

Diremos algo en este libro de etimologías de los distintos instrumentos escriptorios de la antigüedad. Los romanos hacían uso de dos superficies distintas y, por ello, tenían dos instrumentos distintos para escribir sobre ellas. Una de ellas eran las *tabellae ceratae*, tablillas enceradas, pequeñas tablillas recubiertas de cera, que dieron lugar más tarde al ‘encerado’. Recuerdo que, siendo niño, mis profesores nos mandaban salir al encerado —aquella superficie a la que también llamaban ‘pizarra’ y de la que años después supe que tampoco era pizarra—, que tenía de todo menos cera; cera, la única, era la que nos daban si no sabíamos responder de forma exacta. En esas tablillas los romanos escribían con un *stilus*, punzón que tenía por un lado una punta fina, de donde tenemos en nuestros días el ‘estilete’, y por el otro una espátula para alisar la cera y corregir errores, o preparar la superficie para una nueva escritura. De la distinta forma que tenía cada uno al escribir surgió el ‘estilo’, esa forma peculiar y personal de escribir, de ser, de comportarse, y hoy día podemos hablar de una modelo o una actriz que tiene un gran estilazo, aunque

quizás nunca haya escrito nada. Pero a nosotros nos interesa ahora el segundo instrumento, el cálamo, que era con el que se escribía primero sobre el papiro y más adelante sobre el pergamino.

En latín *calamus* significa simplemente ‘caña’; es la caña que crece junto a los ríos y que debidamente tratada (cortada, secada, endurecida, practicada una incisión a bisel en uno de los extremos para que pueda servir de instrumento escriptorio) pasa a significar **cálamo**, antecedente de nuestras plumas (plumas de ave primero, y estilográficas —de *stilus* otra vez— ya en el siglo XX). De hecho, con cálamo se conoce también al cañón de la pluma de ave, que será con la que posteriormente se escriba, y **calamiforme** es aquello que tiene forma de cañón de pluma. Mantenemos aún la expresión **cálamo corriente**, latinismo crudo, para referirnos a algo llevado a cabo “al correr de la pluma, sin pensarlo mucho”, es decir, “a vuela pluma”. Hoy día hay asociaciones dedicadas a la enseñanza de la escritura, e incluso una editorial, que se llaman precisamente **Cálamo**.

La tinta que se utilizaba para escribir con el cálamo se extraía de un simpático cefalópodo, y por el uso al que iba destinada se denominó *tinctoria calamaris*. No es difícil descubrir cómo posteriormente aquel generoso molusco pasó a llamarse **calamar**. El adjetivo predominó sobre el sustantivo, y ya nadie se acuerda de que aquel animal se llamaba *Loligo vulgaris* antes del uso de su tinta para la escritura. Incluso en el siglo XV, según nos recuerda Nebrija, al calamar se le llamaba ‘tintero’ por la tinta que derrama. En occitano antiguo calamar significaba aún ‘escribanía, recado de escribir’.

Aquellas cañas (se denominaban así también a las de los cereales) constituían una riqueza económica para sus cultivadores, y cuando un vendaval arruinaba un cañaveral o un sembrado había ocurrido una *calamitas*, es decir, una **calamidad** para los habitantes que vivían de aquel producto. El gramático Donato explica que *calamitatem rustici grandinem dicunt, quod calamos conminuat* (“los rústicos llaman al granizo calamidad, porque destroza las cañas”). Posteriormente calamidad se extendió a cualquier desastre natural, y más tarde a una ruina de cualquier tipo. “Eres un/a calamidad” se usa aún hoy para reconvencer a una persona a la que todo le sale mal, de forma **calamitosa**, o que tiene una especial habilidad para estropear negocios o planes.

Pero nuestra lengua dispone de varias palabras más de la misma raíz. Si usted es aficionado a la música sabrá que del diminutivo *calamellus* deriva **caramillo**, “flauta simple de caña, madera o hueso”, ya que estas flautas se hacían cortando una caña y practicándole unos orificios que permitían obtener unas cuantas notas. Es la flauta simple o flauta de Pan, fabricada con siete cañas de igual o parecido calibre, pero cortadas a distinta altura. Y a base de tocarla y tocarla, fueron apareciendo otros nombres para el mismo instrumento, por aquello de diferenciar objetos muy parecidos, como los duplicados **carambillo** y **caramela**, que se utilizaron en la Edad Media. Y no solo, porque a través del francés *chalemie*, que deriva asimismo de *calamullus*, nos llega a finales de la Edad Media un precioso **chirimía**, «especie de flauta con diez agujeros y lengüeta de caña», y su duplicado **chiremía**, que se encuentra atestiguado ya en 1461 en la *Crónica del condestable Miguel Lucas*. Hay además otra variante castellana, **chirumbela** y **churumbela**, que es un «instrumento musical de viento semejante a la chirimía». J. Corominas sostiene que de churumbela pasando por el sentido figurado de ‘pene’ (tenemos ‘gaita’ con el mismo sentido, e incluso ‘flauta’, en expresiones coloquiales del tipo “fulanita se pasa el día tocándose la flauta”, etc.) se ha llegado a **churumbel**, voz andaluza y agitanada con el sentido de ‘niño pequeño’.

De otro diminutivo, *calamulus*, obtenemos **carámbano** a partir de la forma que presenta, ‘pedazo de hielo que permanece colgando al helarse el agua que cae o gotea de algún sitio; por ejemplo, de los tejados’.

En la Edad Media, y antes de la invención de la brújula, se usaba en la navegación para orientarse la **caramida**, que no era sino un imán colocado sobre un trozo de caña que indicaba el norte flotando libremente en un vaso de agua, y a partir de ahí **calamita** se llamó a una variedad de magnetita. Grandes navegantes fueron los portugueses; y allí en Portugal es donde se comenzó a elaborar un dulce con la forma de caña o carámbano llamado ‘caramelo’, que dio nuestro **caramelo**, que a su vez pasó al francés y al italiano, y que nos recuerda esas grandes barras de dulce que todavía pueden verse en las ferias de nuestros pueblos, que hacen la delicia de los niños, porque les permite

estar chupando durante toda una tarde. Ya dentro del propio español vemos cada día a parejas de adolescentes **acaramelados**, con toda la dosis de dulzor, incluso empalago, posibles.

Una última referencia para los biólogos, que conocen bien ese ‘sapo pequeño verde con uñas planas y redondas que habita entre cañas’ llamado **calamita** o **calamite** (*Bufo calamita*).

Entre tantos términos espero no haber cometido un *lapsus cálami*, desliz en la escritura paralelo al *lapsus linguae* en el lenguaje oral. Y así, al *calamus*, por el rastro que nos ha dejado, bien podemos decirle: “Eres la caña”.



CUADERNO A LA CUARESMA

(quattuor)

Los números, imprescindibles para cualquier operación comercial. Los numerales, un léxico común en todas las lenguas indoeuropeas. Nos parecía necesario escoger un numeral y ver todas sus posibilidades creativas, su gran productividad; cómo de un solo étimo podemos obtener tal cantidad de palabras derivadas y compuestas. Y ya que hemos llegado al cuarto capítulo del libro hemos elegido el cuatro, ese número que los alumnos tanto temen, y que se usa paradójicamente para indicar de forma general escasa cantidad de algo: “Fui a la reunión y éramos cuatro gatos”; “no tomo el paraguas, porque son solo cuatro gotas”; “te escribo cuatro letras para decirte...”, “yo con cuatro trapitos me arreglo”, frente a uno de sus múltiplos, cuarenta, que indica algo muy elevado: “Te lo he dicho ya cuarenta veces”.

Del latín *quattuor* nos ha llegado el **cuatro**, y todos los compuestos como el **catorce** o el **cuatrocientos**. En matemáticas se utiliza mucho el **cuadrado**, que es un **cuadrilátero**, esa figura de cuatro lados que en el lenguaje deportivo se refiere especialmente al ring de boxeo y de otros deportes marciales, y el **cuadrángulo**. Su forma hace que en el lenguaje figurado signifique cierta

rigidez: “eres un cabeza cuadrada”, o sea, un hombre muy **cuadriculado**; o bien firmeza: “fulano los tiene cuadrados”. Del cuadrado francés, *carré*, tenemos *carrière*, ‘cantera’, lugar donde se da a las piedras su forma perfectamente cuadrada, se **escuadran**.

Y siguiendo ya con las matemáticas, ¿cómo no recordar aquellos instrumentos que usábamos de pequeños, la **escuadra** y el **cartabón** (del occitano antiguo *escartabón*, a su vez de *escartar*, dividir en cuatro), para dibujar unas figuras geométricas que —a mí al menos— siempre me salían mal? Y así llegamos a la escuadra de galeras, porque los hombres que la componían se agrupaban formando un cuadrado, que dará más adelante **escuadrilla** y **escuadrón**, palabras que con este mismo sentido se extenderán desde el español a otras lenguas. Los soldados de tierra, sin embargo, estaban **acuartelados** en sus **cuarteles**, aquellos centros en los que quienes hacíamos el servicio militar consultábamos a diario el **cuadrante** que elaboraba el furriel para saber qué servicios nos había asignado; no siempre nos **cuadraban** los planes, y a veces una guardia en un día festivo hacía que nos quedáramos **a cuadros**. Esa denominación de cuarteles se ha mantenido en los cementerios a partir de la distribución de las tumbas en **cuadros**. Como en las grandes ciudades, divididas en principio en cuatro barrios, de donde el francés *quartier*, que dio en español **cuartel**. En Hispanoamérica, en cambio, las casas y las calles están divididas en **cuadras**, no en manzanas; América, adonde los vuelos durante muchos años fueron hechos por **cuatrimotores**.

En el ámbito laboral surge la **cuadrilla** o peonada de cuatro personas para realizar un trabajo, extensiva al mundo del toreo, entre otros, donde está compuesta por el maestro y los tres subalternos. Pero para cuadrilla la que le viene a una familia que tiene **cuatrillizos**, así, de repente: susto, agobio o sorpresa, que no debe ser fácil de digerir al principio, porque deberán **cuadruplicar** los gastos, aunque el Estado les conceda merecidas ayudas. Cuando crezcan y sean estudiantes verán organizada su docencia en asignaturas **cuatrimestrales**, y al llegar a universitarios realizarán sus grados en planes **cuadriennales**, aunque pocos los terminen en cuatro años. Y es que por más que aprendan a subrayar, hacer resúmenes y **recuadros**, cada vez hay más fracaso escolar.

De niños nos entusiasmaban las películas de romanos, con sus carreras de **cuadrigas** (por más que sean cuádrigas para casi todos los mortales) o tiro de cuatro caballos uncidos, es decir, cuatro caballos (o **cuadrúpedos**) unidos por yugos. Y algunos de estos caballos podían ser **cuatralbos**, como aquellos que describe Rafael Alberti en “A galopar”, es decir, con las cuatro patas blancas. En los zoológicos veíamos a los monos, **cuadrumanos**, por tener en las extremidades, tanto torácicas como abdominales, el dedo pulgar oponible a los otros dedos.

Del ordinal *quartus* obtenemos gran número de palabras en español. Desde el **cuarto** como ordinal y como partitivo, hasta el **cuarteto**, composición de cuatro versos o bien conjunto de cuatro voces, la **cuarteta** (estrofa de cuatro versos de arte menor), pasando por el cruel **descuartizar**, que en un principio fue desmembrar a la víctima en cuatro partes. Y por ello al carnicero le pedimos **cuartos** traseros o delanteros para nuestras comidas. Y hablando de ganado, resulta imposible olvidar a quienes lo robaban, los **cuatrerros**, que los hurtaban antes de que llegaran a las **cuadras**. En América se llamaba **cuarterón** al nacido de mestizo y española, o de español y mestiza, por tener un cuarto de indio y tres de español.

De dividir una casa en cuatro partes (cuarto de dormir, de estar, de baño y cocina) obtenemos la voz **cuarto**. A veces nos jugamos los **cuartos**, a partir de una moneda de cobre antigua, equivalente a cuatro maravedíes, que circuló en España durante los siglos XIV a XIX, aunque también tuvimos en ese tiempo **cuatrines**, que eran de muy poco valor. La polisemia del término provoca en ocasiones mensajes ambiguos, como el titular que leí en un periódico: “Esta noche España se juega los cuartos a las 20.00”. En tiempos de crisis económica podríamos pensar que se trata de una importante reunión o decisión del Fondo Monetario Internacional, o una cumbre de países donde decidirán un préstamo del BCE, pero no, era simplemente un partido de octavos de final de la selección española de balonmano, donde se jugaba el pase a **cuartos de final**.

Si vamos a un museo etnográfico veremos expuesto algún **cuartillo**, medida de capacidad para líquidos que nos puede despistar por sus dimensiones, porque no se trata de la **cuarta** parte del litro, medida que no existía aún en la Edad Media, sino de la cuarta parte del azumbre, que es muy

poco más de dos litros, equivaliendo el cuartillo por tanto a poco más de medio litro (0,504). Eran tiempos en que en los mercados se compraba por libras, y por **cuarto y mitad** (375 g). Muy medieval resulta también el *quadrivium*, o ‘cuatro vías’, que en la Edad Media era el conjunto de las cuatro materias matemáticas (aritmética, geometría, música y astronomía) que, junto con las del *trivium*, formaba el conjunto de enseñanzas que todo hombre debía aprender como base de su formación.

Del distributivo latino *quaterni*, ‘de cuatro en cuatro’, tenemos el más interesante **cuaderno**, que estaba dividido a su vez en cuatro **cuartillas** (cuyo tamaño se asemeja bastante al actual DIN A5). Más adelante vendrá ya la labor de coser esos cuadernos para su mejor conservación y lectura; surgirán así la **encuadernación** y el **encuadernador**, labores ligadas en la Edad Media a los monasterios. Interesante parece también cómo del latín *quaternio* surge en francés *quadregnon*, que evoluciona en **carillón** (aunque habitualmente oímos carrillón), o reloj con un mecanismo de cuatro campanas, que todavía podemos oír en algunas iglesias.

En la Edad Media eran muy frecuentes las fiebres **cuartanas**, que eran periódicas, sobrevenían cada cuatro días y mantenían postrados en cama a quienes las padecían. Eran épocas en que los agricultores acostumbraban a **cuartar** los campos, o sea, dar la cuarta vuelta de arado a las tierras que se habían de sembrar de cereales. Mucho más trabajo tienen cuando por el calor y la sequía se les han **cuarteado**. El **cuadrillo** era un arma arrojadiza de madera, que llevaba en el extremo una punta de hierro, de forma piramidal, llamada diamante.

De *quadraginta*, **cuarenta**, y sus derivados vamos a tener la **cuaresma**, que procede de *quadregesima dies* o día cuadragésimo, por los cuarenta días que pasó Jesucristo en el desierto sin probar alimento. Durante siglos en ese período **cuaresmal** de cuarenta días la Iglesia católica pedía a los fieles no probar la carne, por lo que unos días antes tenían lugar las fiestas del carnevale, es decir, “adiós a la carne”, que evolucionó en nuestro ‘carnaval’ o fiestas de ‘carnestolendas’, “supresión de la carne”. Ya sabemos que el número cuarenta indica la plenitud en el mundo judío, son los días del diluvio universal, y los años que tardó en llegar el pueblo elegido desde Egipto a la Tierra Prometida, etc., y tiene un sentido penitencial. Quizás por ello ponemos

en **cuarentena** a un enfermo o a un ordenador con virus, pero que nadie nos **cante las cuarenta** —expresión derivada del juego del tute—, porque nos habrá puesto de vuelta y media. Y es que a veces los **cuarentones**, por su tenor de vida, se lo ganan a pulso. En ocasiones son esos salvajes, que parecen vivir en períodos pasados del **cuaternario**, quienes se merecen una reconvención.

Y si usted va hoy a comprar a **Carrefour**, sepa que su nombre significa ‘cruce de cuatro caminos’, porque el primer hipermercado estuvo ubicado en un cruce de cuatro caminos, como el nombre de la popular glorieta madrileña.

Sin querer lograr la **cuadratura** del círculo, creo que este capítulo ha quedado bastante redondo.



MATER PARA ADULTOS

(alo)

Tras nacer, el hombre necesita alimentarse. Es probablemente la primera actividad de todo ser humano. Muy poco después de recibir la autonomía, tras cortarle el cordón umbilical, el niño siente hambre y comienza a lloriquear pidiendo alimento. Será la leche materna la que satisfaga su apetito; saciado, callará hasta nuevo aviso en forma de berrido. El cuerpo humano funciona como un reloj, y el niño pedirá el alimento a sus horas. Para indicar esta función el latín dispuso de un verbo, *alo*, *alui*, *altum*, que a su vez alimentó nuestros diccionarios con múltiples palabras derivadas o relacionadas.

Del participio del verbo, *altum*, nos llegó el adjetivo **alto**, que en un principio significa tan solo ‘alimentado’ y, por ello, puede aplicarse a algo que está crecido en cualquiera de las tres dimensiones, la vertical hacia arriba, un ‘árbol alto’; la vertical hacia abajo, *puteum altum* es un ‘pozo profundo’; y también en horizontal desde un punto concreto donde me hallo, **alta mar**, que es la parte de mar que está notablemente distante de la costa. Por eso la expresión *duc in altum*, lema de algunas instituciones y familias nobles, que lo tienen en su escudo de armas, suele traducirse por “boga mar adentro”, o

“dirígete a alta mar”. Y así tenemos el viento **altano**, que es el que sopla desde alta mar a tierra durante el día, y en dirección contraria durante la noche. Claro, que el adjetivo alto es polisémico, porque ¿podría decirnos algún joven traspasador, aunque fuera con cierta aproximación, cuánto miden las altas horas de la noche? ¿Alguien puede decir si la Alta Edad Media tenía más estatura que la Baja Edad Media? Hay que puntualizar, no obstante, que en este caso procede del alemán *alt*, ‘antiguo’, y que a partir de Antigua Edad Media, malentendida como Alta, se crea por oposición la Baja, o más moderna.

A partir de alto conservamos infinidad de derivados y compuestos, desde **exaltar** o **enaltecer** hasta el **altanero**, esa persona **altiva**, soberbia, que se cree más alta que los demás, en estatura moral, se entiende. Desde el **altímetro**, que nos indica la altura, hasta el **altibajo**, preciosa palabra en la que se observa esa contradicción o movimiento de fluctuación en la economía, en los estados de ánimo, en el rendimiento laboral... Y lo tenemos en **alzar** (< *altiare*) y en **alzamiento**, palabra que en España tuvo su momento de gloria durante bastantes años del siglo pasado. Distinguimos entre **altura** y **altitud**, dependiendo de si es relativa o absoluta, aunque en el habla corriente generalmente se confunden los dos términos, y sabemos saludar a un miembro de una casa real como “su **alteza** real”. Fundamental en las autopistas, y mucho más en los velódromos, es el **peralte**, “mayor elevación que se da al lado exterior de una curva con relación al interior”.

En la antigüedad los sacrificios religiosos, humanos o no, se hacían en lo más alto de las colinas, aunque fuesen pequeños montículos. Allí se construía con piedras un **altar**, lugar que —por estar elevado— parecía que se encontraba más cerca de la divinidad. Lo vemos no solo en el Antiguo Testamento, donde Abraham sube al monte Moria para sacrificar a su hijo Isaac, sino en otras muchas culturas, como las precolombinas, con los altares en lo alto de la pirámide escalonada, entre los nabateos o en el mundo celta. Esa misma colina se llamó también **otero** (< *altarium*), o **altozano**, que es el lugar elevado desde donde se **otea** el horizonte, o se vigila si acecha el enemigo.

El niño se alimenta y va creciendo; es este un proceso que dura mucho tiempo. Y la lengua latina creó el verbo *adolesco*, de donde el **adolescente** es quien está creciendo, con un sentido iterativo muy claro de duración en el

tiempo, y el **adulto** quien ha terminado ya el proceso de crecer. Vemos así la **índole** de la persona, que significó en un principio ‘crecimiento, disposición natural’ y más tarde condición o inclinación natural de cada persona.

Cuando el adolescente comienza a hacerse adulto es el momento de empezar a estudiar en serio. En el siglo XII nacieron las Universidades, que **alimentaban** la mente de los estudiantes. Por ello recibieron el apelativo de *alma mater studiorum*, es decir, ‘madre nutricia de los estudios’, y a quienes recibían todos esos saberes, **alumnos**, que con su carácter pasivo significa ‘alimentados’. El régimen **alimentario** lo constituían las densas materias impartidas en latín. El francés muestra esta conexión más claramente, siendo *élève* el alumno, y *élevage* la crianza o alimentación de animales. El desconocimiento de la palabra latina *alma*, y su confusión con *anima*, que es la que evoluciona realmente a ‘alma’ en español, ha dado lugar a chuscas confusiones, que Fernando Lázaro Carreter denunció en *El dardo en la palabra*, comentando cómo un periodista decía de un colega suyo que era “el *alma pater* del diario que dirige”, es decir, el ¡padre nutricia! Ironiza Lázaro en su artículo comentando cómo sin duda al periodista le inquietaba lo de *mater* aplicado a un varón, por lo que “por la vía de la lógica ascendió a la cumbre del dislate llamando a su colega *alma pater*, padre amamantadora (así, en femenino)”. Lo cierto es que *almus* existió en latín, y en español introduce el marqués de Santillana en la segunda mitad del siglo XV un **almo** para ‘nutricio, alimentador’. En algunos himnos al Espíritu Santo se le llama precisamente *Spiritus almus*.

El hombre ya crecido, con estudios universitarios o no, se casa y tiene **prole**, es decir, ‘descendencia’. El siglo XIX creó un concepto terrible socialmente, el **proletariado**, aquel grupo social tan pobre que solo tenía una riqueza, sus hijos. Ya se sabe, los pobres son **prolíficos** y **prolifera**n por todos los rincones del ancho mundo. El pobre no puede convertirse en empresario por sí mismo, no puede afrontar un negocio, una gran empresa él solo, porque no tiene dinero suficiente para invertir, por eso se tiene que **coaligar**, es decir, unirse a aquel con quien compartió el **alimento**.

Si nos vamos al terreno musical nos encontramos con el **oboe**, derivado del francés *hautbois*, que como su nombre indica está hecho de madera (*bois*) y tiene un sonido delicado en las notas agudas o altas (*haut*). Si en el coro la

contralto, que tiene un tono de voz ‘contrario al alto’ de la soprano, o sea, que constituye la voz baja femenina, es potente, no necesitará un **altavoz** para ser escuchada. Y siguiendo con el francés, es preciso señalar el origen de la expresión **por hache o por be**, que se remonta a los libros de matemáticas, libros que durante varias generaciones fueron de origen francés (más de un lector lo recordará), donde la fórmula para calcular la superficie de tantas figuras geométricas era “ $h \times b$ ” (*hauteur par base*), siempre en este orden, no el esperado “ $a \times b$ ” (“base por altura” que pronunciábamos). Es sorprendente la serie de alambicadas razones que se ofrecen como origen de esta locución, cuando la expresión análoga francesa (“par x par y”) prueba que son las matemáticas su origen y no las faltas de ortografía que se cometían con esas dos letras.

Es interesante, por último, ver cómo desde hace unos años se han puesto en marcha en casi toda España —y cada vez tienen más éxito— las llamadas Universidades de la experiencia, o de la tercera edad, o lo que es lo mismo la “alma mater para adultos”, para hombres hechos y derechos, que se han jubilado o prejubilado ya, pero que no terminan nunca de alimentarse, porque en este tema, como dijo san Agustín: “A partir del momento en que digas ‘basta’, habrás dejado de vivir”.



LO ÁCIDO A LA ACRÓPOLIS

(acer)

En el lenguaje las palabras tienen siempre un primer significado material, físico, visible, para adquirir más tarde un sentido metafórico, inmaterial. Lo vemos en tantas y tantas raíces grecolatinas. Una de ellas, *ac-*, tiene el sentido de lo ‘agudo, áspero, punzante, elevado, extremo’. A partir de ahí el propio latín, y luego el español como lengua romance derivada de él, van a generar una cantidad ingente de términos.

Nada más punzante que la **aguja** (< *acucula*). La palabra latina la vemos aún en las hojas de los pinos y de tantas coníferas, que son **aciculares**. La misma palabra se aplicó más tarde al instrumento con punta en un extremo y un ojo por donde pasa el hilo, que se emplea para coser. Las modistas las guardaban en el **agujero** o alfiletero, cuyo significado se extendió luego al de “abertura que atraviesa cualquier cosa”, probablemente a partir del hueco que dejan las agujas de gran calibre al extraerse del lugar donde estaban clavadas, tras haberlo **agujereado**. Como alternativa a la medicina se han puesto de moda en los últimos años los servicios de **acupuntura**, en los que por medio de la inserción de agujas en puntos clave de nuestro organismo, llamados puntos

acupunturales y establecidos por la Organización Mundial de la Salud, se pretende calmar e incluso anular el dolor. A partir de ahí se ha creado el término **acupresión**, técnica de la medicina tradicional china que consiste en hacer presión en determinados puntos del cuerpo, ubicados en la palma de la mano, en la planta del pie y en el pabellón auricular, utilizando los dedos u otros dispositivos. Lógicamente, la palabra está mal creada porque en esta terapia han desaparecido las agujas.

Del participio del verbo *acuo*, ‘estimular’, que es *acutum*, tenemos **agudo**, y también **aguzar**, que es sacar punta a un arma u otro objeto. A la manada la estimula el boyero con un buen **aguijón** para conducirla hasta el prado. Solo **aguijándola** con habilidad podrá ser dueño de los distintos movimientos del ganado. Salimos a correr tras una larga época de vida sedentaria, y al día siguiente notamos las **agujetas**, que nos punzan, nos molestan. Y nos dicen que tomemos azúcar, aunque ya de poco sirve, porque debe tomarse antes mejor que después, igual que es mejor estudiar antes que después del examen, y ¿qué es el ejercicio físico que hemos hecho sino un verdadero examen a nuestro cuerpo?

El griego tiene la misma raíz, *ákros*, que significa extremo. Una ciudad en un lugar elevado, extremo o picudo es una **acrópolis**. Cuando se pronuncia esta palabra casi siempre se nos viene a la mente la de Atenas con el Partenón, que conserva aún las **acroteras**, y otros templos en su estado semirruinoso, y la reordenación del espacio en época de Pericles (siglo V a.C.), pero tenemos acrópolis en diversos puntos del Mediterráneo, basta con que sea la parte elevada de una ciudad, o una ciudad elevada. Fue en Atenas precisamente donde nació el estilo corintio, cuando Calímaco se fijó en unas hojas de **acanto**, que son espinosas, agudas, para realizar un capitel que las reproduce. Más tarde vendrían los peces **acantopterigios**, como el atún o el besugo, llamados así por tener las aletas impares con radios espinosos sin articular.

Podemos ir a un circo para ver a los **acróbatas** evolucionando, “andando sobre las puntas”, haciendo verdaderas **acrobacias**, con ejercicios aéreos sobre trapecios, etc.; seguro que ellos no tienen **acrofobia**, el horror morboso a las alturas. Los médicos, por su parte, hablan de **acropatías**, enfermedades en alguna de las extremidades del cuerpo.

Hoy día se han puesto de moda en el lenguaje los **acrónimos**, palabras compuestas por las puntas o partes extremas de otras palabras —sean inicios, finales o mezcla de unos y otros—, como Ban-es-to (**banco español de crédito**), y-u-p-pie (**young urban professional**, y el final de **hippie**), emoticono (**emotion icono**), etc., de los que los más característicos son los **acrósticos**, palabras formadas por la letra inicial de otras palabras (talgo, ave, inri, radar, láser, etc.), términos de los que —por usarlos a diario y haberlos incorporado totalmente a nuestro lenguaje— se va perdiendo la conciencia de que provienen de la letra inicial de otras tantas palabras. En la Edad Media se escribieron epitafios, como el de Eugenio de Toledo o el del abad Ildemundo, que no solo tienen acróstico (palabra formada por las iniciales) sino teléstico (palabra formada por la letra final de cada verso), ambos acrónimos; en otras composiciones artificiosas medievales hubo incluso mesósticos, palabras formadas por el conjunto de letras situadas en la posición medial dentro de una composición.

En el mundo de los sabores hablamos de lo **ácido**, que pasa al mundo metafórico y puede aplicarse también a un humor que escuece, a personas con carácter ácido o **agrio**. Si el vino sufre una fermentación ácida, se convierte en **vinagre**, compuesto principalmente de ácido **acético** y agua. Hoy día la especialización de los vinagres ha hecho que haya una gama muy variada en el mercado, con muy distintos sabores y precios, destacando el balsámico de Módena. Nos vamos al restaurante por ser hoy un día especial. Podemos tomar **vino de aguja**, que nos produce un picorcillo en el paladar y la lengua. Pedimos una ensalada con **acedera**, verdura con sabor ácido pero muy agradable, y que nos traigan las **vinagreras**, que curiosamente no solo sirven para contener el vinagre sino también el aceite (antiguamente el vinagre se guardaba en una vasija llamada **acetábulo**, y de su plural —*acetabula*— tenemos en la zona burgalesa y vasca la **achitabla**, que es la acedera). Nos planteamos también pedir algún pescado con salsa **vinagreta**. Pero ¡atención!, está claro que las comidas fuertes, las grandes comilonas pueden provocar cierta **acidez** de estómago, que hemos de calmar con algunos fármacos, aunque ni se le ocurra tomar una aspirina, o ácido **acetilsalicílico**, porque la broma le podría salir cara.

Hay algunas personas con el carácter tan **avinagrado** que parece que siempre están hablando con **acritud**, con su pizquita de **acrimonia**, y caiga quien caiga. Por eso nuestro expresidente Felipe González, al comenzar alguno de sus discursos, solía advertir a la oposición, que era considerada a veces como un enemigo **acérrimo**, que iba a hablar “zin acritú”, frase que quedó grabada en los oídos de todos los españoles de los ochenta.

Al sabor amargo, áspero al gusto, lo llamamos **acerbo**, pero también **acre**. Y pasando de nuevo al terreno metafórico, algún hecho o alguna persona a quien se le haya **agriado** el carácter puede **exacerbarnos** o llevarnos al ‘paroxismo’ (< gr. *paroxysmós*) que, dicho sea de paso, es un calco semántico procedente de su hermano el griego (*oxýs*, ‘agudo’), es decir, puede irritarnos, causarnos grave enfado o enojo. Saben herirnos. Sus palabras se introducen en nosotros como hierro **acerado** (< *ferrum aciarium*, derivado de *acies*, filo), que más tarde evolucionará en **acero**, ‘hierro mezclado con carbono’ que, según su tratamiento, adquiere especial elasticidad, dureza o resistencia. Su boca parece una **acerería**, o fábrica de fundición del acero. Es cierto, hay relaciones que nos dejan un sabor **agridulce**, conservamos de ellas los mejores recuerdos y otros que querríamos borrar de nuestra memoria, aunque no podamos; son los ‘sinsabores’, palabra paradójica en este juego de gustos que estamos manejando, porque vaya si tienen sabor.

Lo **agudo** es lo extremo, por ello la palabra con el acento en su última sílaba es **aguda**; o bien esos ángulos de pocos grados donde las líneas aparecen tan juntas, **acutángulos**; o el hombre que con su chispa, su **agudeza** mental, nos estimula como si de un agujón se tratase, también comentamos de él que es agudo. En el Siglo de Oro se decía de estos que tenían fino **acumen**, y desde finales del siglo XVIII se está empleando por confusión “cacumen” (que significa ‘cumbre’) incorrectamente con el mismo sentido.

Hasta aquí hemos llegado y no quiera ya buscar una aguja en un pajar, que no merece la pena. Dejamos aparte a los químicos con todo su vocabulario específico de **acetato**, **acetileno**, **acetímetro**, **acetona**, etc., y pasamos ya al capítulo siguiente de forma **acuciante**.



LA BICI A LA ENCICLOPEDIA

(cýclos, circus)

La rueda. Hay inventos a cuyos anónimos autores nunca les estaremos suficientemente agradecidos, aunque siempre seamos sus deudores. Parece que los griegos no inventaron la rueda, pero conocían perfectamente el giro, la idea de vuelta, y habían acuñado la palabra *kýklos*, ‘círculo’; habían observado el carácter circular de la vida, como el sucederse de los días y de las noches, el sucederse de las estaciones creando un eterno retorno, un anillo, es decir, un año. Es el movimiento **cíclico** de las cosas, sometidas a los **ciclos** naturales.

La raíz ha sido de gran productividad tanto en griego como en latín (*circus*). Y así tenemos no solo el **ciclón**, viento huracanado que forma grandes círculos en su evolución, y el **anticiclón** o área donde la presión barométrica es mucho mayor que en las circundantes, sino la bici y la moto, palabras truncadas de **bicicleta** (‘dos ruedas’) y **motocicleta** (bicicleta con motor), sin olvidar el **ciclomotor**, que darán lugar a su vez a deportes como el **ciclismo** o el **motociclismo**, tan populares en nuestros días. ¿Qué sería de nuestras tardes

de verano sin la posibilidad de seguir a nuestros héroes **ciclistas** en el Tour de Francia, el Giro de Italia o la Vuelta a España, que —por cierto, ya lo ven— los tres significan lo mismo, el círculo, la vuelta a un país?

Seguro que en algún momento de nuestra vida hemos oído hablar de los **ciclopes** o **cíclopes** (aquellos seres de tamaño gigantesco que tenían un solo ‘ojo circular’ en la frente; el más famoso de ellos fue Polifemo, a quien Ulises engañó y cegó haciendo uso de su astucia; a un grupo de ciclopes se atribuye la construcción de determinadas murallas como las de Micenas o Tirinte, que por el tamaño de sus piedras solo ellos pudieron mover, legándonos unas construcciones **ciclópeas**). Este círculo griego sirvió asimismo para dar nombre a dos inventos que fueron novedosos en su momento, aunque hoy ya han quedado desfasados: el **ciclostil**, aparato copiador en que, sobre un cilindro que gira, y con un estilete, se imprime en una plancha gelatinosa; y el **ciclorama**, vista panorámica en forma de cilindro, en cuyo interior había una plataforma para los espectadores. Los biólogos podrían hablarnos también de los **ciclóstomos**, o peces de cuerpo alargado y ‘boca circular’ en forma de ventosa, como la anguila; y los físicos podrían disertar sobre el **ciclotrón**, “aparato que, mediante fuerzas magnéticas, imprime a determinadas partículas un movimiento en espiral y luego las hace avanzar a gran velocidad para que actúen como proyectiles con que bombardear el núcleo que se pretende desintegrar”.

Si vamos de viaje a Grecia, es casi seguro que la agencia nos habrá preparado un periplo por ese grupo de islas llamadas **Cícladas** por disponerse en el mar Egeo en forma de círculo, de las que algunas son casi de visita obligada para los turistas como Míconos, Paros, Delos o Naxos; **cíclada** llamaban asimismo los griegos a cierta prenda que usaban las mujeres, y tenía forma circular.

Pero mucho más interesantes son aquellas palabras en las que la raíz parece estar oculta, como **enciclopedia**, es decir la reunión de ‘niños sentados en círculo’ (*en-kýklo-paideía*) para aprender todo tipo de saberes. Así se dice que enseñaban Sócrates y algunos sofistas en Grecia. De ahí vendría más tarde el saber **enciclopédico**, que sabe de todo, y la célebre *Enciclopedia* de Diderot y D’Alambert, con información sobre todos los saberes de la época, realizada en XVII volúmenes más XI de ilustraciones, que tanto influyó en su

momento. Hoy día, nos hemos quedado tan solo con el final de la palabra, y consultamos nuestras dudas en Wikipedia. O **encíclica**, es decir, la carta que envía alguien (hoy se aplica casi exclusivamente a los papas) destinada no a un particular, sino para que **circule** por las distintas comunidades o grupos de personas, es decir, el antecedente de las **circulares** que mandan hoy las empresas y los organismos públicos para todos los que dependen de ellos.

A veces seguimos los debates políticos que se llevan a cabo en el **hemiciclo** del Congreso, es decir, el espacio **semicircular** donde se reúnen nuestros diputados. Así era también la forma de los teatros romanos. El arco de herradura, en cambio, ese que vemos en tantos edificios visigodos o árabes, se define como **extrasemicircular**, es decir, de algo más de 180 grados, como la *cavea* o graderío para los espectadores del teatro griego.

Pero si abandonamos el griego y nos vamos a su hermano el latín, el resultado no es menos fecundo. De *circus* tenemos **circo** en todas sus acepciones, desde los bellísimos circos glaciares, hasta el lugar donde se celebraban carreras de caballos en Roma, o el lugar de espectáculos variados, que por la forma de su recinto denominamos **circenses**. Su característica peculiar siempre es la misma, el diseño circular del espacio. ¿Recuerdan que en Roma llegaron a ser tan populares que Juvenal habla de “pan y circo” para contentar al pueblo? Pero hay más aún, porque del carro (*currus*) que corre por el circo se creará en latín vulgar *currale*, circo de carreras, de donde vamos a tener en español **corro**, **corral** (cercado grande donde se tiene ganado) y **acorrallar**, que es precisamente **cercar** (poner **cercos**) a un animal o a una persona, un delincuente por ejemplo, conservando todos estos términos el carácter circular.

El diminutivo **círculo** es más usado, bien conocido como figura geométrica o como reunión de personas, a partir de la forma en que se sientan. En latín existe el verbo *circular* con el sentido de ‘murmurar, charlar’, cuyo primer significado es “formar corrillos, círculos para hablar”, un significado que en español se ha conservado en la expresión “**circular** un rumor, una habladuría”. Y más ahora, en que los móviles y las redes sociales permiten que cualquier noticia circule a la velocidad del rayo. ¿No será que muchos

jóvenes necesitan la comunicación constante por ser víctimas de la **ciclotimia**, ese estado mental caracterizado por alternativas de exaltación y depresión del ánimo?

Tenemos también la idea de **acercar** algo o a alguien a mi vida o a mis intereses; y **cerca** o **cerca de** para aquello que está **cercano** a mí, que me rodea, y que lo distingo del prójimo (es decir, ‘próximo’). Usamos con frecuencia los transportes de **cercanías**, tan necesarios en las proximidades de las grandes ciudades. Precioso el **cercado** como vallado, como aprisco circular u oval de ovejas, donde la forma geométrica no es en absoluto caprichosa. Así los vemos todavía en la montaña, hechos de piedra. Los pastores sabían que es más fácil de construir, y más consistente, pero además en un redil cuadrado, caso de que llegue el lobo, las ovejas se atascan en los ángulos, y el lobo se ceba con ellas, matando por sed de sangre a más de las necesarias. En los espacios circulares las ovejas siguen corriendo, y el lobo mata solo aquella que precisa para saciar su hambre.

Para llevar a cabo el círculo perfecto los latinos inventaron un instrumento que llamaron *circinus*, el ‘compás’ con que lo señalaban y marcaban en la piedra o en otras superficies. De ahí derivó **cercenar**, cortar una superficie por medio de un compás o en círculo, y cortar algo **a cercén**, que es ‘enteramente y en círculo’.

Mantenemos el **circuito**, sea cerrado o no; y el cultismo menos conocido **circuir**, estar alrededor de una cosa (“una aureola **circuye** la cabeza de la Virgen”). Si entramos en los compuestos de *circum-* nos perdemos, desde las **circunvalaciones** de las ciudades para evitar atascos en la **circulación** de los vehículos, hasta la **circuncisión** (“acción de cortar circularmente una porción de prepucio”), pasando por la **circunferencia**, nos ahogamos en un verdadero océano de palabras que presentan *circum-* como preverbo, siempre con el sentido de ‘alrededor de’, como las regiones **circumpolares** son aquellas que están alrededor de los polos. Ortega era él y su **circunstancia**, claro que sí, es decir, todo aquello que se sitúa alrededor de él; algo que los alumnos aprenden en las primeras gramatiquerías con el complemento **circunstancial**.

Hasta aquí ha sido más o menos fácil de trazar el étimo de estas palabras, pero podemos rastrearlo también en otras donde es menos evidente, como **zarcillo** (< *circellius*, ‘círculo pequeño’), que no es sino un pendiente en forma

de aro; o **cercha** (de un supuesto ‘cercho’, a partir del latín *circulus*), que es la armadura semicircular que sirve de soporte a un arco o bóveda mientras se construye; y **cerchearse**, o combarse las vigas que sostienen una carga. Pero esto es ya para especialistas.

Nosotros seguimos ahora circulando por el diccionario con gran **circunspección** (cualidad del hombre reservado que ‘mira a su alrededor’ antes de hablar), y dando vueltas a otras familias léxicas sin necesidad de **circunloquios**, no sea que por quedarnos aquí entremos en un **círculo vicioso**.



LO OBVIO A LO TRIVIAL

(via)

Cuando queremos ponderar la labor civilizadora del Imperio romano en todos los países que ocupó y culturizó durante siglos, solemos hablar de su labor constructora: templos, teatros, acueductos, termas... Normalmente nos olvidamos de obras menos espectaculares, menos vistosas, pero mucho más prácticas como son las vías, las calzadas, esas obras de ingeniería que han permitido desde hace más de dos mil años atravesar los Alpes y los principales puertos de montaña, pero por las que también atravesaron el norte de África y el desierto del Sáhara desde Marruecos hasta el Mar Rojo. Los romanos nos legaron una red de más de 85.000 kilómetros de vías principales, amén de las secundarias, de las que muchos tramos se conservan aún hoy.

Pero no solo nos dejaron la red, nos legaron también la palabra **vía**, que ahora nos aparece en cualquier mapa de nuestra vida, porque resulta **obvio** aquello que nos sale al encuentro en cualquier rincón del camino, aquello que es natural y evidente, que no debemos buscarlo. Y resulta **trivial** aquello que aparece en una encrucijada de tres caminos, un lugar muy frecuentado. Y

¿quién no ha jugado alguna vez al **Trivial Pursuit**, juego de mesa que lleva entreteniéndolo a miles de personas desde que se lanzó al mercado en 1981? El final de la partida se establece en una encrucijada de seis caminos.

Caminar por las calzadas era sumamente importante; en invierno, con los campos nevados o anegados por las lluvias, sus losetas permitían andar con mayor facilidad. No se sabía además qué podía ocurrir fuera de los caminos establecidos, donde podían asomar salteadores y bandoleros, o podían llevarnos a una ciudad equivocada, es decir, no es bueno **desviarse** ni **extraviarse**, ‘marchar fuera del camino’. Este camino que pasó a ser también inmaterial, simbólico, el camino de la vida por ejemplo, entendiendo la vida como un trayecto entre dos puntos, nacimiento y muerte. Así, san Agustín, cuando quiere puntualizar que grandes hazañas, pero fuera de la voluntad de Dios, no van a ninguna parte, dirá que se trata de *magni gressus extra viam* (“grandes pasos fuera del camino”). Y cualquier aficionado al bel canto podría decirnos que la ópera cumbre de Verdi es *La Traviata*, que narra la historia de Violetta, una cortesana, mujer **extraviada** (‘fuera de la vía’, aunque paradójicamente trabaje siempre en ella), que se enamora de Alfredo, al que su padre no le permite continuar la relación; argumento recreado en el musical *Moulin Rouge*, película dirigida en 2001 por Baz Luhrmann.

El **viandante**, es decir, el **viajero**, se preparaba para hacer el camino, o sea, se **aviaba**, hacía el hatillo con lo necesario para salir de **viaje**. Y nosotros mantenemos la expresión “¡pues sí que estamos **aviados!**”, usada cuando algo sale mal, cuando nos llevamos un chasco: “estás aviada si crees que tu jefe está enamorado de ti”. Por cierto, que caminante en latín se dice *viator*, que ha llegado a nosotros tal cual en la figura de un santo de Lyon del siglo IV, san **Viator**, que ha dado nombre a una congregación dedicada a la enseñanza fundada en Francia por Luis Querbes en 1839. También en teología existe el concepto de **viador**, es decir, el hombre, el transeúnte, considerado en esta vida como de paso para la otra. Una variante de esta palabra, **viajante**, nos recuerda a esos comerciales que hacen viajes para negociar ventas o compras. Imposible olvidar el trágico final de Willy Loman en *La muerte de un viajante* de Arthur Miller, interpretado magistralmente en el cine por Dustin Hoffman.

A veces no salía uno de viaje por voluntad propia, sino que era **enviado**, o introducido en la vía. Pero si la expedición era peligrosa o portaba algún objeto o documento de valor el emisario podía ir acompañado, es decir, caminaba con un **convoy** (del latín vulgar *conviare*, ‘acompañar en el viaje’), galicismo que entra en nuestra lengua con ese sentido de “escolta de soldados o navíos”. Es posible también que alguien nos preceda para prepararnos el camino, es decir, sea **previo** a nosotros. Existe un **antuviarse** con este mismo sentido, ‘anticiparse’, hoy ya desusado pero presente en nuestro Siglo de Oro. Esto suele ocurrir con grandes personalidades. Y ojo a los **enviones** o empujones para echarnos de algún lugar.

A los soldados de las legiones romanas se les daba una ración de comida para el viaje los días que tenían que caminar, que era llamada *viatium*. Posteriormente la Iglesia católica ha denominado con **viático** la última comunión, aquella que se hace con la muerte ya cercana, comunión que sirve como alimento y provisión para el viaje al Más Allá. Inolvidable aquel cuadro de Goya, *El viático de san José de Calasanz*, que se encuentra en la residencia de los Escolapios en la calle Gaztambide de Madrid.

En la Alta Edad Media, antes del nacimiento de la Universidad, los primeros estudios de un joven se iniciaban con un programa denominado **trívium**, o ‘tres vías’, que suponía el estudio de la gramática, la retórica y la dialéctica. Cuando el alumno había consolidado ya estos conocimientos, comenzaba con el **cuadrívium**, o ‘cuatro vías’ (lo mencionamos de pasada en el capítulo 4), que eran desde época pitagórica cuatro disciplinas relacionadas con las matemáticas, a saber: aritmética, geometría, música y astronomía. Todas ellas formaban en conjunto las siete artes liberales. Desde el siglo VI en adelante, el sistema medieval de estudios académicos se corresponderá con el esquema doble de los contenidos del *trívium* y el *cuadrívium*. Puede decirse que su empleo en las escuelas monásticas y catedralicias de la Alta Edad Media se fijó a finales del siglo VIII, cuando Alcuino de York los estableció como *currículum* educativo para la Escuela Palatina de Aquisgrán. En los estudios de filosofía en la Universidad desde mediados del siglo XIII, y para evitar posibles **desviaciones**, se estudiarán las cinco vías de santo Tomás de Aquino para demostrar la existencia de Dios por la razón natural.

Aunque tanto la carretera (por donde transitan carros y carretas) como la calzada (< *via calceata*) se han comido en el lenguaje cotidiano a la vía, y lo que consultamos antes de salir de viaje son los mapas de carreteras y el estado de la Red Nacional de Carreteras, seguimos —sin embargo— teniendo planes de educación **vial**, una red **viaria** cada vez más segura, salimos a diario a la **vía pública**, nos sabemos los mejores **desvíos** en caso de atascos, y no podríamos salvar algunos valles si no fuera por esos **viaductos**, verdaderos milagros de la ingeniería que nos ahorran muchas horas a la hora de **viajar**. Pero además, un proyecto o un negocio tienen **viabilidad** solo si cumplen con unos requisitos que permiten transitarse, es decir, que nos van a llevar a buen puerto o al destino fijado, y resultan **inviabiles** si los medios no son suficientes para cumplir los fines propuestos. Los países **en vías de** desarrollo saben muy bien lo importante que es presentar correctamente sus proyectos para que les concedan la subvención correspondiente.

Estas vías de piedra hechas por los romanos se han ido transformando a partir del siglo XIX, manteniéndose la mención al nombre en el **tranvía** (transporte sobre rieles), que se inició en 1807, y en la **ferrovía**, o medio de transporte por dos carriles de hierro paralelos. Pero más tarde el mundo del ferrocarril dio lugar a expresiones como **en vía muerta**, que es aquella que no tiene salida y sirve para apartar de la circulación vagones y máquinas. Y del mundo **ferroviario** pasó más tarde la expresión al de los negocios o al político, donde significa “situación de paralización en un proceso”. Ya a finales del siglo XX ha surgido la **autovía**, un medio de transporte del que disfrutamos los españoles, una especie de autopista sin peaje, cuya existencia no es ninguna **trivialidad**.

Pero la vía se define también como “cada uno de los conductos por donde pasan en el organismo los fluidos, los alimentos y los residuos”, y así el médico nos indicará si el fármaco se administra por **vía** oral o rectal. Fundamental es leer el prospecto del medicamento en caso de duda. Y la enfermera se preocupará de encontrar fácilmente la vía para hacernos menos daño en la extracción de sangre, por ejemplo. Complicado lo tendrá con aquellos que tengan la **vía estrecha**, expresión que se extiende a la vida cotidiana para señalar a quienes muestran una mentalidad cerrada en muchos criterios, especialmente de orden moral. Se trata de personas que pasan a

veces un verdadero **vía crucis** (¿por qué masculino?) en momentos de su vida, una expresión y práctica que se consolidó a partir de la IV Cruzada, momento en que se trajo de Jerusalén a Europa, recordando la **vía dolorosa**, o **vía sacra** como la llamaron los peregrinos, el camino que recorrió Cristo el Viernes Santo desde el pretorio hasta el Calvario.

Salir a contemplar el firmamento en verano y disfrutar en la oscuridad de una noche estrellada es un verdadero placer. Lo primero que podremos ver es la **Vía Láctea**, ese camino de gotitas de leche que surca el cielo. Dice el mito que Hércules niño quedó abandonado a la vera del camino por su madre Alcmena. Pasaban por allí Atenea, que reconoció quién era y quería protegerlo, y Hera, que estaba airada contra aquel niño por ser el fruto de los amores extraconyugales de su marido Zeus. Atenea se compadeció y le dijo a Hera que le diese el pecho al pobre niño, para que no muriese de hambre; sabía que si mamaba de una diosa alcanzaría la inmortalidad. Hera accedió pero, al mostrarle el pecho, Hércules mordió con tal fuerza el pezón, que ella lo apartó bruscamente y salió un chorro de leche que se distribuyó por todo el firmamento, convirtiéndose en reguero de estrellas que quedó bautizado por los astrónomos griegos como Vía Láctea, también llamada ‘galaxia’, que significa lo mismo pero a partir del griego. Rubens immortalizó el momento con un cuadro que puede verse en el Museo del Prado.

¿No les parece una **obviedad** dudar ahora de la importancia de esta raíz, *vía*?



AL MENTECATO

(*capio*)

Para poder subsistir el hombre primitivo debió hacer dos acciones primordiales, la de recolectar frutos y la de cazar animales. Esta segunda, ampliada semánticamente a la de “hacerse con algo que no es mío, que está fuera de mí, de mi alcance, de mis sentidos”, es la que recoge el verbo latino *capio, cepi, captum*. Y a partir del primer sentido, que reúne los significados de ‘coger, tomar, apoderarse de, conquistar’, surge todo un río de palabras en nuestra lengua.

Procedente del latín *capere* lo primero que nos llega es **cabere**; aún decimos en nuestro lenguaje cotidiano: “ese paquete no coge en el maletero”, cosa lógica si no es suficientemente **capaz**; por eso los coches los hacen cada vez con más **capacidad** y amplitud. Procede también el **cupo**, es decir, la “parte proporcional que corresponde a un pueblo o a un particular en un impuesto”. De pequeño, recuerdo que íbamos a recoger la fruta, que metíamos en **capazos** o **capachos** de esparto.

Pero podemos tomar a alguien por la fuerza, es decir, **capturar**lo. Y quien es así tomado es **cautivo**, tanto si lo es de amor, como proclaman nuestros romances medievales, como si lo es en una lóbrega cárcel. El comportamiento del prisionero no siempre es modélico y, por ello, la palabra correspondiente

en italiano, *cattivo*, significa ‘malvado’. Hoy día ha surgido otro tipo de **cautiverio**, el que elige uno voluntariamente entrando en una empresa que lo explota, en un trabajo propiciado por un neoliberalismo salvaje, sin horarios, sin vacaciones... Ese tipo de empleos no debiera de tener **cabida** en nuestra sociedad.

A su vez, si lo que queremos es coger un animal, lo que hacemos es **cazarlo** (< *captiare*). Otras veces lo que pretendemos realmente es “tratar de percibir por los sentidos”, **captar**, que puede ser especialmente por el gusto, asimilar un sabor, es decir, **catar**, y ello llega a tales sofisticaciones que hay concursos de **cata** de vinos, cata de miel, etc. Para ello se pedirá dictamen a un experto **catador**, que será **catavinos** en su caso, y deberá hacer uso en su trabajo de un **catalicores**, pipeta larga para extraer el líquido del **receptáculo**, pero mucho cuidado con la cata: “se huele pero no se prueba”, porque el término es también sinónimo de ‘borracho’ en el habla coloquial. Finalmente, el catador en sus concursos va catando no una, sino numerosas muestras, todas las presentadas al certamen, por lo que tenemos en español en el lenguaje coloquial **catacaldos** y **catasalsas**, como sinónimos de “persona inconstante, que emprende muchas cosas y no persevera en ninguna”.

En el lenguaje marinero existe el **cataviento**, “hilo con unas rodajas de corcho ensartadas que sirve para indicar la dirección del viento”; y desde la Edad Media se ha usado el **catalejo**, anteojo para mirar a larga distancia. Una persona **capciosa** es aquella que quiere cazarnos con sus ardides, con sus engaños. Hay alumnos que —sin saber bien lo que dicen— comentan del profesor: “ha ido a cazarnos con esas preguntas capciosas”. Captar intelectualmente lo conservamos también en el italiano *capire*, ‘comprender’.

En la **cacería**, entre la jauría de perros **cazadores** distinguimos aquellos que levantan la pieza y los **cobradores** (recogedores), como por ejemplo las razas *retriever*, que es lo que significa precisamente en inglés; son perros de caza especializados en el cobro y **captura** de la pieza y su posterior entrega al cazador sin hacerle ningún daño. Son perros que han sido seleccionados para realizar esta tarea de forma casi automática y sin tener que recibir ninguna orden. Es posible, sin embargo, que la pieza la hayamos perdido, entonces la tendremos que **recuperar** o **recobrar**.

Hay piezas, sin embargo, más difíciles de cobrar, por lo que necesitaremos no ya de un perro especializado, sino de un señor vestido de forma especial, el cobrador del frac, que ha de visitar personalmente al moroso. No debe de sentar nada bien recibirlo en casa, aunque insista en que tan solo viene a recaudar lo que debemos. Por ello, tener el dinero a buen recaudo puede no ser suficiente. Por negarnos a pagar, puede llegarnos una multa, que es una receta (< *recepta*) muy poco agradable.

La cacería es una competición, como cualquier deporte, aunque cuando no se venza se diga: “es solo un deporte, lo hacemos por divertirnos”. ¿Han visto ustedes alguna vez regatas en directo o en televisión? La palabra procede del italiano *regata*, y en Venecia *regatare* (< *recaptare*) significaba ‘rivalizar’, que era la razón por la que competían. De la misma raíz tenemos un deporte y una palabra que nos llega del mundo anglosajón, el *catch* (< *to catch*, ‘atrapar’ < *captare*), especie de lucha libre y espectáculo de masas que nos meten de vez en cuando de clavo en la programación televisiva. En el fútbol, por su parte, valoramos a los jugadores que son maestros del regate, “movimiento con que un jugador evita que otro le quite el balón”, a partir de *recaptare*, que significa también “poner una cosa de modo que no sea vista, encubrir”, por lo que el recato será sinónimo de ‘modestia, pudor’. Hacer algo sin recatarse es sinónimo de ‘abiertamente’.

Difícil lo tendrán también aquellos que pretendan desalojar a quienes hayan ocupado (< *ob + capio*) un edificio que no es suyo, porque no suelen irse por las buenas. Lo más seguro es que el dueño del inmueble se encuentre bastante preocupado al enterarse de que no va a percibir ningún beneficio y que, de propina, pueden destrozarle su vivienda (conozco a quien se lo han hecho); solo quedará despreocupado cuando lo hayan desocupado y se hayan ido. Por ello ahora los dueños de una vivienda suelen pedir un anticipo a los inquilinos, sobre todo si presentan un aspecto de mala catadura. Molestos son los que regatean el precio, esos regatones que siempre andan zigzagueando precios. A veces los dueños nos hacen partícipes de su preocupación en programas de televisión, donde las cámaras nos muestran cómo quedó el inmueble. Esos ocupas (¿okupas?) se sienten como príncipes (< *primus caps*, ‘que toma el primer puesto’) desacatando las normas de convivencia más elementales, si bien es verdad que algunos pueden ser unos pobres mentecatos

(< *mente capto*), y la policía puede mandar capturarlos. ¿Por qué no quieren **acatar** las leyes? ¿Por qué tienen que ser ellos una **excepción**? ¿Por qué no **aceptan** las normas de convivencia de la sociedad en la que viven? No lo **concebimos** desde una sociedad democrática y que marca unas pautas de conducta. Ya sabemos que estamos ahora en época de **rescate**, que hubiera sido evitable si se hubieran **anticipado** determinadas medidas, pero algunas cosas no son de **recibo**.

Espero que este capítulo no les haya **decepcionado**, sinceramente, y que puedan conservarlo en su **regazo**, ya que **regazar** (< *recaptare*, ‘recoger’) es “recoger la falda por delante formando el regazo”.



O CALCETINES?

(calx)

Aquel día comencé la clase de latín preguntando a mis alumnos si preferían usar medias o calcetines. El auditorio, compuesto mayoritaria —casi exclusivamente— por alumnas, con aire medio de extrañeza medio de curiosidad, contestó que dependiendo de para qué lugar, en qué situación, etc. “Al final de la clase lo sabréis.”

Todo comienza con *calx*, *-lcis*, término con el que los latinos designan una parte del pie, concretamente el talón. Y de ahí tenemos ya palabras como **calcáneo** o **calcaño** (< *calcaneum*) y **calcañar**. Recuerdo que de pequeños oíamos aquella maldición bíblica a la serpiente: “Ella te aplastará la cabeza y tú le morderás el calcañar” (Génesis 3,15) sin saber muy bien de qué se trataba, aunque lo veíamos en algunos cuadros de la Inmaculada. Del mismo étimo obtenemos voces quizás menos transparentes, como **coz** (< *calcem*), ‘golpe dado con el talón’, o su parte equivalente en el animal, y **cocear**, ‘tirar coces, hollar’. Es posible incluso que el animal rebelde en cuestión sea una montura **recalcitrante**, es decir, “que insiste en sus faltas o errores”, de **recalcitrar**, que es dar pasos hacia atrás con la intención de resistirse a algo. En la conversión de san Pablo, la voz que él escucha le acusa precisamente de “dar coces contra el aguijón” (*contra stimulum calcitrare*, Hech 9,5), que

sería precisamente eso, ser un recalcitrante. Ahí también dicen algunos que hubo un caballo involucrado o, al menos, así nos lo pintan en algunos cuadros. Claro que si el mismo équido sale al galope, puede ser difícil de **alcanzar**, palabra que casualmente tiene la misma raíz, pues procede de *in-calciare*, que sería algo así como “estar pisando los talones de alguien”, perseguir de cerca; tras alterar el prefijo, *a-calciare* terminó dando alcanzar. Semánticamente no es difícil ver cómo “estar a punto de tocar los pies de alguien” es alcanzarlo.

Con el talón también se puede pisar. De ahí surge el verbo *calco*, que es ‘pisotear’, y metafóricamente ‘despreciar’. Si decimos de alguien que es “calcado a su padre”, no es que lo hayan pisado, ni “apretado con el pie” — que ese sería el primer significado de **calcar**—, sino que es tan igual que parece que sea una copia hecha con una prensa, que como sabemos funciona ejerciendo presión. La misma idea subyace en **recalcar** una idea, y en las célebres **calcomanías** con que jugábamos de pequeños, es decir, aquellas estampas conseguidas presionando un modelo previo en papel, que retirábamos después. Tanto nos gustaban, que a veces los exámenes nos salían calcados.

Desde el segundo sentido de *calcare*, “despreciar”, conservamos **conculcar**, que pueden ser los derechos de una persona, por ejemplo. Siguiendo el plano metafórico nos topamos con **inculcar**, cuyo primer significado es ‘apretar una cosa contra otra’. Aunque no sea en el sentido literal, los que trabajamos en la docencia sabemos que a veces para inculcar ciertos conocimientos es preciso ejercer cierta presión sobre los alumnos.

Y del lugar donde pisamos surgen las **calzadas** (*via calceata* latina), por las que durante siglos ha caminado toda Europa, a Santiago, a Roma, a Jerusalén, a cualquier parte del viejo continente. Pero volvamos de nuevo al pie y al talón, que se cubre de alguna manera para andar más cómodamente, y surge el *calceus*, **calzado**, que llegaba hasta encima del tobillo. Como en la antigua Roma el calzado era de distinta hechura y color dependiendo de la condición social de la persona, la expresión *calceos mutare* pasó ya en latín a significar “cambiar de condición social”, no en el sentido de nuestro “cambiar de chaqueta”, sino de mejorar, ascender en la vida pública, en concreto llegar a senador.

Se comienzan a cubrir las piernas, sobre todo cuando aprieta el frío. Y ahí surgen las **calzas**, prenda que cubría en un principio la pierna y con el tiempo también los muslos. No era propiamente romana, sino que la toman de los germanos, y se documenta por primera vez hacia el año 800. Quien las llevaba iba **calzado**. Por eso, cuando santa Teresa en el siglo XVI quiso aumentar la penitencia de sus monjas, lo que hizo fue quitarse las calzas, y surgieron así las carmelitas **descalzas**, que —para asombro de quienes no conocen el significado exacto del término— siempre han llevado algún tipo de calzado en el pie (sandalias, etc.), pero que en el frío invierno castellano sufrían la ausencia de toda protección en las piernas, lo que les producía —y les sigue produciendo— hermosos sabañones.

En esta misma época surge la moda masculina de un pantalón hasta la rodilla y una calza que cubre solo la pierna llegando hasta el pantalón, es decir, las “medias calzas”. Lo hemos visto en tantos cuadros de Felipe II y de personajes de su época. Este sintagma derivará pronto en **medias** a secas (como el ‘cigarro puro’ en ‘puro’, por ejemplo), pero sorprendentemente las medias irán aumentando de tamaño, primero recogéndose por encima de la rodilla, y finalmente llegando hasta las ingles, es decir, como si fueran de nuevo las calzas completas. Un eslogan publicitario de los años veinte del siglo pasado anunciaba las ventajas de las “medias de Tolosa, que llegan hasta la cosa”. Medias, por lo tanto, serían en sentido estricto las de los futbolistas o deportistas en general, **calcetas** su diminutivo, y **calcetines** aquellas prendas que cubren solo pie y talón (como los que tantas mujeres llevan actualmente en verano para que el sol no les deje marcas), aunque hoy día algunos modelos, como los llamados de ejecutivo, lleguen hasta la rodilla. Es decir, que en los últimos años las medias se han vuelto a convertir en calzas completas y los calcetines en medias. Un lío, ya lo ven. Pero hay más. Las calzas podían ser más amplias, recogiendo también el abdomen, es decir, **calzones** (lo que en un tejido mucho más fino terminarían siendo los *pantys*, y en el ámbito deportivo las ‘mallas’). Quien no los sabe llevar, es decir, el hombre que se deja dominar por la mujer, es un **calzonazos**, o un **calzorras**, dependiendo de zonas geográficas. Más tarde aquellos se recortaron dejando solo la prenda que cubría la parte inguinal, es decir, dieron lugar al **calzoncillo**, prenda esta que pierde hoy día terreno desgraciadamente frente a anglicismos como *slip*,

bóxer, etc. Como vemos, se trata de una familia semántica de largo recorrido, porque desde el talón hemos pasado al ombligo a base de ampliaciones y recortes.

Y calzar se puede calzar un mueble con un **calzo** o cuña, y en el terreno de la jardinería podemos **recalzar**, es decir, “arrimar tierra al pie de las plantas o de los árboles”. Pasando ya al mundo de la tauromaquia, llegamos al toro **calcetero**, negro con las cuatro patas blancas, al contrario que las ovejas lachas del valle del Baztán (Navarra), que son blancas pero tienen la parte inferior de la pata negra, de modo que vistas desde lejos parece que llevan calcetines.

Espero no haber metido estas últimas palabras con **calzador** y, si así ha sido, pido disculpas.



PARA NO SER ACRIBILLADO

(*cerno*)

La subsistencia de las civilizaciones antiguas estaba basada en la agricultura; por eso no es extraño que el mundo de las labores del campo haya proporcionado a nuestro idioma raíces lingüísticas muy ricas en contenido y en palabras. Hay instrumentos de labranza que se usaban en alguna de las labores agrícolas y que luego pasaron al lenguaje de la vida cotidiana. El *cribrum*, por ejemplo, es la **criba**, cedazo o tamiz, ese cuero ordenadamente agujereado y sujeto a un aro de madera que sirve para **cribar**, para separar granos más gruesos de otros más finos, la harina del salvado, etc. **Cerner** es pasar algo por la criba o **cernedor**, dejando caer lo más fino y conservando sobre el cedazo lo más grueso. Se usaban distintos calibres para distintos quehaceres, pero siempre con un mismo movimiento de vaivén que ayudaba a separar.

Del mundo puramente material el concepto pasó más tarde al del pensamiento, y así tenemos **discernir**, que es propiamente separar los granos, pero también distinguir unas ideas de otras. Cuando se nos proponen varias posibilidades en la vida debemos hacer **discernimiento**, pasarlas por el tamiz

de la razón para ver cuál es la más conveniente. En nuestro Siglo de Oro los místicos usaban el concepto de “**discreción** de espíritus” con el mismo sentido. Tener algo **en ciernes** es estar a punto de valorarlo. Y del verbo compuesto *decerno*, ‘decidir, zanjar’, conservamos en la vida política y jurídica montones de **decretos** y la propia acción de **decretar** un asunto. Del acto de discernir un tema tenemos a su vez lo **discreto** y su contrario, lo **indiscreto**. Solo con el tiempo pasó este término a significar a aquella persona que dice o descubre cosas que no tienen por qué saberse. La separación es una **discriminación**, algo que la sensibilidad de nuestros días intenta evitar para que nadie se sienta **discriminado** en el mundo por razón de su raza, sexo, religión, etc. Todavía queda mucho camino por andar, aunque se ha comenzado a avanzar.

La observación de la naturaleza, especialmente de las aves, dio con una que se cierne en el aire cuando busca a su presa con el movimiento balanceante de un cedazo, denominada por ello **cernícalo**. A partir de ahí ‘cerner’ pasó a significar también el movimiento que hacen las aves para atacar a su presa, similar al que se efectúa con el cedazo. De ahí se extendió a cualquier ser que se mueve de esa forma; por ello nos dice la Biblia que “en presencia de Yavéh los serafines tenían seis alas, con dos se cubrían el rostro, con otras dos se cubrían los pies, y con otras dos se cernían” (Isaías 6,2). Así es precisamente como los vemos en las pinturas de los beatos y de los frontales románicos. Y de la misma raíz tenemos el más desconocido **cerneja**, o “mechón de pelo que tienen las caballerías tras el menudillo”.

Esta raíz nos **concierna**, es decir, nos atañe, derivada del sentido latino que el verbo adquiere como ‘mirar’. Lo que cae, lo que se separa del cuerpo es el **excremento** (< *excernere*, ‘separar cribando’), expulsado por el aparato **excretor**, o **secretor**, porque segrega. Las arañas, por su parte, tienen un **cribello** en el abdomen, órgano que segrega un hilo de seda por estar provisto de glándulas adecuadas para ello.

Y dentro ya del lenguaje metafórico podemos abrir muchos agujeros en algo, como hizo Don Quijote con su espada a los cueros de vino, como se hace con el cuero de las cribas, podemos dejar el cuerpo como una criba, es decir, **acribillar**. Es algo que se ve muy bien en algunas películas, como en la primera parte de *El padrino* cuando abren fuego en una encerrona contra

Sonny, el hijo mayor de Vito Corleone, con una Thompson M1, usada por los gánsters en los años veinte del siglo pasado en Estados Unidos, y al pobre y valentón héroe le dejan el cuerpo como una criba, lleno de agujeros. Si Sonny hubiera discernido la llamada que le hace su cuñado Carlo, se hubiera dado cuenta de que aquello no olía nada bien, que era una trampa, y no hubiera sido acribillado, no se hubiera cometido tan sangriento **crimen**. Esta palabra — aparentemente ajena a este campo semántico— ha tenido un largo recorrido hasta llegar al sentido actual. Significó en un principio “lo que sirve para decidir”, después “decisión”, y pasando por la lengua del derecho de ser una “decisión judicial” a “objeto sobre el que debe tomarse una decisión, inculpación” se llegó a “falsa acusación, calumnia”, y de ahí terminó designando finalmente el propio crimen, confundándose ya en latín con *scelus*, palabra que no ha dejado huellas en nuestra lengua. Alguien podrá pensar que a Sonny le ocurrió aquello por andar entre **criminales**, y le podría **recriminar** su precipitación a la hora de tomar decisiones.

Hay temas que no deben ser públicos, su información debe separarse de los oídos de la gente en general, deben ser **secretos**. En su día surgieron los **secretarios**, los hombres de confianza que guardan los secretos, que pueden ser de Estado, y por ello en algunos países a los ministros se les llama **secretarios**; también en España nos ha quedado una huella de esta terminología, porque a quienes están inmediatamente debajo de los ministros se les denomina **subsecretarios**, no subministros, palabra que no existe. Punto y aparte lo ocupa la **secretaria**, cuyo arquetipo fue cantado con gran éxito por el grupo Mocedades en los años setenta, que puede custodiar los papeles en un **secreter**, mueble con múltiples cajones para guardar documentos.

Todo esto que hemos dicho es completamente **cierto**, ‘decidido’, y lo puedo **certificar** en cualquier momento. En la Edad Media se pusieron de moda los **acertijos**, algo parecido a los enigmas que la Esfinge proponía a quienes pasaban camino de Tebas, y que solo Edipo supo **acertar**. Edipo, que poco antes había vencido en un **certamen** (‘lucha o disputa para decidir quién es el mejor’) en Corinto y que se había puesto camino de Delfos para conocer su futuro ante la **incertidumbre** de quiénes eran verdaderamente sus padres.

Nos gustaría haber estado **certeros** en este capítulo y esperamos que nadie nos **incrimine** haber cometido algún **crimen** filológico en todo lo que hemos dicho, para así alcanzar indulgencia y poder entrar en el siguiente capítulo con buen pie.



COMO DIOSES!

(theós, deus)

Desde que el hombre primitivo tomó conciencia de sí mismo y de todo aquello que le rodeaba, desde que se quedó contemplando boquiabierto los fenómenos atmosféricos que no era capaz de explicar, quiso crear la imagen de alguien a quien consideró superior, a quien pudiera pedir ayuda en caso de necesidad y a quien pudiera culpar de los males de la colectividad; y le concedió un nombre (o varios, que llamamos **teónimos**), que en cada cultura es distinto, pero cuyo concepto existe en todas. Los griegos acuñaron el nombre de *theós* para la divinidad, que dependiendo del artículo que le preceda puede ser ‘el dios’ o ‘la diosa’. Los latinos utilizaron las palabras *deus/dea*.

Estos pueblos de la antigüedad fueron casi todos **politeístas**. Cada actividad humana era presidida por una divinidad distinta, a la que rendían culto y de la que elaboraron toda una historia, un mito, e incluso un origen, nacimiento y génesis, la **Teogonía**, de la que el poeta Hesíodo nos legó un cumplido relato en el siglo VIII a.C. para el mundo griego. Tan solo el judaísmo fue **monoteísta**, proclamando la necesidad de adorar a un solo **Dios**; más tarde lo serían asimismo el cristianismo y el islam. Sin embargo, con el tiempo y el surgir de la razón, se levantaron voces **ateas**, que consideraban una patraña que pudiera haber dioses. A Anaxágoras lo acusaron en Atenas en el

siglo V a.C. de **ateísmo** por decir que “el sol era un pedrusco incandescente un poco mayor que el Peloponeso”. Y con el tiempo sobrevinieron los **antiteos**, que no solo niegan sino que se oponen violentamente a la idea de Dios en una auténtica **teomaquia**, ‘lucha contra Dios’. Incluso en el siglo XIX Nietzsche dijo que “Dios ha muerto” (Hegel ya lo había dicho un poco antes), concepto para el que no existe un término específico, aunque exista desde la antigüedad griega la palabra **teofobia** como “odio sacrílego a Dios”. Hay regímenes políticos que son auténticas **teocracias**, donde el gobierno coincide con los líderes de la religión dominante (conservamos hoy día todavía unas cuantas), y sin embargo existió un pueblo al que siempre se le ha denominado **deicida**, que no aceptó a Jesucristo, hijo de Dios, y provocó su muerte en la cruz.

Claro que la mitología nos enseña que hubo incluso algunos héroes, o **semidioses**, que lograron la **apoteosis**, es decir, que fueron hijos de un dios y una mortal, como Hércules o Dionisos, pero sufrieron el proceso de conversión en dios, la **divinización**. Hoy día la palabra ha perdido su primer valor y equivale a algo muy bueno, de gran calidad. Así Iker Casillas puede hacer una parada **apoteósica** en un partido de fútbol, o Plácido Domingo tener una tarde apoteósica en la Scala de Milán. Evidentemente, algo de cierto hay, porque la fama y los sueldos son casi de **dioses**, o quizás habría que decir que son **divinos**, o quizás eso es precisamente en lo que ellos pueden caer, en **divos** y **divas**. Y, si no, que se lo pregunten a María Callas, así apodada quizás por el comienzo de la famosa aria de *Norma*, “Casta diva”, con la que se dirige a la luna. Si a usted le gustan este tipo de espectáculos, lo pasará **divinamente**.

En su origen indoeuropeo la raíz que significaba ‘dios’ indicó primeramente ‘brillar, luz’, por lo que vemos cómo en latín *deus* y *dies*, el **día**, proceden de la misma raíz. Y así, el padre de los dioses es **Júpiter** (< *diesppiter*), padre del día, a quien se le dedicará el principal de los planetas, y el día central de la semana, el *Iovis dies* > **jueves**. Quien está bajo su signo es una persona **jovial**, porque su protección solo bienes le puede traer. Del día en su doble acepción, es decir, parte de la jornada que tiene luz (¡ya es de día!), y segmento de la semana de 24 horas, tendremos una montaña de palabras desde lo **cotidiano**, hasta las actividades **diurnas**, el **triduo**, el **diario**, la **diana** (‘toque militar del alba’ que suena al clarear el día), el día de **hoy** (<

hoc die) o el **mediodía**; y como las doce del mediodía señalan el momento en el que el sol se dirige hacia el sur, esta palabra indicará más tarde ‘sureño’, como el *Midi* en francés, lo **meridional** (< *medidies*) en español, y el **meridiano**, que por hacer alusión a algo a plena luz del día, pasa a significar asimismo ‘con toda claridad’ (una verdad meridiana es una verdad de la que no hay ninguna duda). De *diurnum* a su vez tendremos **jornada**, y el **jornal**, que era la cantidad de dinero o de objetos en especie que cobraba un **jornalero**, contratado para trabajar por un día, al acabar su quehacer por la tarde.

Marco Agripa, yerno de Augusto, mandó erigir en Roma un templo dedicado a todos los dioses, es decir, un *Pantheon*. Arruinado tras varios incendios, Adriano levantó hacia el año 130 d.C. otro con la misma advocación y en el mismo solar. Ahora bien, los diccionarios no nos explican por qué un templo dedicado a todos los dioses terminó significando un lugar de enterramiento colectivo. El **Panteón** mantuvo la función para la que había sido construido hasta la decadencia de Roma en el siglo V, y permaneció en un discreto abandono durante dos siglos más hasta que en el año 609 el emperador bizantino Focas le regaló el templo al papa Bonifacio IV, que decidió convertirlo en iglesia martirial. Por ello, el 13 de mayo de ese año se trasladaron solemnemente las reliquias de los mártires desde las catacumbas al Panteón, consagrándolo el Papa a la Virgen María, la **Deípara** o Madre de Dios, y convirtiéndose en la iglesia de Santa María y de los Mártires, presidida hoy por un icono de la **Theótokos**, Madre de Dios. A partir del Renacimiento el Panteón pasa a ser sede de la Academia de los Virtuosos de Roma, y es entonces cuando comienza a servir de sepulcro a grandes artistas italianos. Así, a comienzos del siglo XVI el pintor Rafael Sanzio (1483-1520) solicita al papa León X poder ser enterrado en un lateral del Panteón. Allí es llevado a su muerte en 1520. Una vez abierta la veda, habrá un montón de peticiones para reposar allí, y poco a poco los laterales se irán llenando con las cenizas o los huesos de los grandes artistas del Renacimiento italiano, desde Pierino del Vaga (1501-1547) hasta Annibale Carracci (1560-1609) pasando por el arquitecto Jacopo Vignola (1507-1573) o el compositor A. Corelli (1653-1713). Cuando a finales del siglo XIX la dinastía de los Saboya decida usarlo como enterramiento, el Panteón con mayúscula ya se había

convertido en un **panteón**. Y la idea, ser enterrado en un edificio con cierto empaque, fue imitada por numerosas personas ilustres o simplemente adineradas.

La Edad Media fue un momento en que muchos hijos no deseados, por proceder de relaciones extramatrimoniales, se dejaban abandonados a las puertas de las iglesias. Los recogía el párroco que, al no saber el origen del niño, solía darles el nombre del titular de la parroquia y a veces el apellido **Diosdado**, ‘dado por Dios’. Las iglesias se convirtieron en centros de beneficencia y de caridad, y a sus puertas se acercaban muchos mendigos a solicitar una limosna o un mendrugo de pan “por el amor de Dios” o simplemente “por Dios”, de donde surgieron los **pordioseros**. Saber el futuro es algo que todo hombre ha deseado siempre, pero solo aquellas personas conectadas con la **divinidad**, los **adivinos** (‘divinos’ aún en Nebrija), han podido saberlo y desvelar —a veces a cambio de grandes sumas— al resto de los hombres.

En esta Edad Media, en la que surgen las Universidades, se hace más oficial el estudio de Dios como verdad revelada, y se inicia la **teología**, y con ella los **teólogos**. Se estudia también a Dios no solo como palabra revelada, sino que se intenta llegar a Él solo por la razón, es decir, que se abre paso la **teodicea** o teología natural, término creado por Leibniz en el siglo XVIII. Más adelante surgirá un sistema filosófico que piensa que el universo entero, la naturaleza y Dios son equivalentes, son las doctrinas **panteístas**. Y veremos nacer también el **deísmo**, postura filosófica que acepta la existencia y la naturaleza de Dios a través de la razón y la experiencia personal, en lugar de hacerlo a través de los elementos comunes de las religiones **teístas** como la revelación directa, la fe o la tradición. Durante el período jacobino (1793-1794) de la Revolución Francesa, Robespierre decretó el **deísta** “Culto al Ser Supremo” frente al ateo “Culto a la Razón” de los anticlericales. En 1796 se fundó en París la Sociedad de la **Teofilantropía**, que se reducía al deísmo en lo metafísico, y al amor a Dios y a los hombres en lo moral; fue disuelta a principios del XIX. Más tarde vendrá la interpretación filosófico-religiosa del mundo, del hombre, de Dios y de la vida de ultratumba, es decir, la **teosofía**. El movimiento **teosófico** fue impulsado por Helena Blavatsky a partir de 1875.

Los griegos deseaban unirse a los dioses, especialmente a Baco, para lo que ingerían cantidades de vino suficientes como para lograr percibir esa unión; a este estado se le llamó **entusiasmo** (< *enthousiasmós*), o **endiosamiento**. Quien lo practicaba, el **entusiasta**, estaba imbuido del numen divino. Ahora ya entienden ustedes por qué en nuestros días tantos jóvenes se muestran tan **entusiasmados** al filo de la medianoche. Y algunas, con su puntito, **divinas de la muerte**.

En estos últimos años ha crecido el número de personas que ingieren sustancias **enteógenas** (la ayahuasca, por ejemplo) con propiedades psicotrópicas, para provocar estados modificados de conciencia y sentir como si la divinidad los poseyese. Pero no siempre la iniciativa de esa unión parte del hombre. La divinidad a veces se hace presente a los humanos; tanto la mitología clásica como el mundo bíblico están llenos de estas apariciones; son las **teofanías** o epifanías. La Iglesia católica conserva precisamente una festividad con ese nombre, Epifanía, la que popularmente se conoce como fiesta de los Reyes Magos, celebrada en la liturgia romana el 6 de enero. En el teatro griego, a su vez, existe una parte de la escena llamada *theologeion*, que es donde los dioses aparecen o hablan.

A veces no se trata ya de la bebida, sino de la misma comida. Cuando los españoles descubrieron el cacao, alimento que ya tomaban los mayas desde el año 2500 a.C., se encontró un alcaloide, al que se denominó **teobromina**, o ‘manjar de los dioses’. El propio cacao se denomina con el nombre de **teobroma**. Curiosamente, en muchas comunidades religiosas estuvo durante siglos prohibido porque fue considerado un afrodisíaco.

Los nombres propios con esta raíz son innumerables, desde **Doroteo** y **Teodoro**, ‘don de Dios’, hasta **Teófilo**, ‘querido de Dios’, pasando por **Teodosio**, ‘el que da a Dios’, o **Teócrito**, ‘juez de las diosas’, epíteto de Paris, príncipe troyano que fue escogido por Zeus para dirimir en el juicio que lleva su nombre qué diosa era la más bella, y nombre que luego llevó uno de los mejores poetas bucólicos. Uno de los amigos y discípulos de san Agustín, con quien este intercambió correspondencia a comienzos del siglo V, fue **Quodvultdeus**, es decir, ‘lo que Dios quiere’.

Ya lo ven. Hasta en los nombres. Comprenden ustedes ahora mucho mejor ese secreto deseo de ser dioses, de **deificarse**, que han mantenido hombres de todas las generaciones, aunque se destaque el caso de Alejandro Magno o de Julio César, por ejemplo. En el comienzo del Génesis ya se nos dice que la serpiente tentó a Adán y Eva instándoles a comer del árbol prohibido porque “¡seréis como dioses!” (Génesis 3,4). Algunos, sin embargo, no tienen ningún reparo en confesar que lo han conseguido, los **teomaníacos**, que padecen **teomanía**, patología consistente en creerse Dios. Paris Hilton, por ejemplo, ha declarado: «Cada época tiene su icono, su dios o diosa, y yo soy la de nuestros tiempos».

Bueno, **adiós**, no me entretengo ya más, nos vemos en el siguiente capítulo.



HACIENDA HEMOS TOPADO

(facio)

Dedicamos este capítulo a una de las actividades que mejor distinguen al hombre, la de hacer. Desde el comienzo de la historia, el hombre ha trabajado para subsistir y para perfeccionar todo lo que le rodeaba, y así hablamos del *Homo faber*, “el hombre que hace cosas”, frente al *Homo sapiens*, “el hombre que sabe”. El verbo latino *facio, feci, factum* nos ha legado un sinfín de palabras como veremos a continuación.

Lo primero de todo es el **hacer**, evidentemente, y la **hacienda**, que con ese sufijo (-*enda*) viene a significar “las cosas que han de hacerse”, y que evolucionó en catalán a ‘faena’, que pasó más tarde a nuestro léxico de forma muy especializada, la **faena** del maestro en la plaza de toros, la del marinero en alta mar, etc., de modo que **faenar** tiene un sentido muy de pescadores. El Ministerio de **Hacienda** como tal surge en España con la reforma de la administración borbónica a comienzos del siglo XVIII. Podríamos decir que este ministerio, que tan antipático nos resulta en ciertos momentos del año, vendría a ser el organismo que se encarga de recaudar el dinero para llevar a cabo “las cosas que se han de hacer” en el país. Tememos sus **facturas**, que nos llegan como consecuencia de las **hechuras**, o sea, por lo que nos han realizado.

Aquello que puede hacerse es **factible**; lo que se hace con muy poco esfuerzo es **fácil**, frente a lo que cuesta mucho trabajo y esfuerzo, lo **difícil**. El hombre ha logrado con su dedicación y trabajo a mano, las **manufacturas**, mejorar la naturaleza. Hoy vemos en las etiquetas de tantos productos el célebre *made in...*, un anglicismo completamente prescindible, pero en su día solíamos ver “hecho a mano” o manufactura. Si el trabajo va mal, si el **fabricante** se ve obligado a prescindir de algunos obreros porque la **fábrica** apunta a la quiebra y ya no da **beneficios**, aún se puede reflotar mediante la donación voluntaria de fondos por parte de algunos **bienhechores**, esos **benefactores** que gentil y generosamente ayudan con su dinero a gente menesterosa, y que realizan verdaderas **hazañas**, no como los caballeros medievales en sus cantares de gesta, sino con sencillos gestos, que **fazañas** son denominadas aún en *Don Quijote* o en el *Cid*, de quien se dice que era “largo para fazellas, corto para narrallas”. En esa misma Edad Media surgió en Castilla el concepto de **behetría** (< *benefactoria*, a través de *benefetria*). Siguiendo a Joan Corominas, se puede decir que behetría era “una población cuyos vecinos tenían derecho a elegir a su señor”, pudiendo escoger a quien les hiciera mayores beneficios.

Siglos antes, allá por el VIII, que también existió por oscuro que lo consideren algunos, se cambió el nombre a Winfrido, el apóstol de los germanos, evangelizador de buena parte de las actuales tierras de Alemania, por el de **Bonifacio**, el “que hace el bien”. Fue este martirizado por una **facción** de frisonos el 5 de junio del año 754, parece que hendiéndole un hacha en la cabeza. Dicen que se la cubrió con un códice de san Isidoro que se conserva hoy en la abadía de Fulda, pero en este caso la cultura no fue suficiente protección contra los salvajes. Quizás nosotros nos hayamos encontrado también en la vida con algún **malhechor**, que es quien hace **fechorías**, auténticos **facinerosos** que cometen acciones criminales.

En esta Edad Media y hasta bien entrado el siglo XVIII, en que aún no había un servicio postal organizado, diario o periódico, de recogida y entrega de cartas y paquetes, al final de la carta se escribía *facta*, que indicaba qué día había sido **hecha**, escrita. Pero era muy posible que el barco que debía llevarla a su destino no pudiera zarpar por falta de vientos, o que el correo terrestre contratado retrasase su salida, por lo que tras *facta*, se colocaba *data*

(‘dada, entregada’) tal día. Si todavía había tiempo para añadir alguna noticia por un nuevo retraso en la posta, aún se podía escribir alguna cosa tras un P. D. (*postdata*) o P. S. (*post scripta*), algo que cuando se escribe hoy a ordenador no tiene ya mucho sentido, aunque se siga haciendo, porque puede integrarse en cualquier lugar del mensaje. De esta práctica surgieron en nuestra lengua, frente a otras lenguas modernas, dos palabras casi sinónimas, la *data* y la *fecha*, si bien esta última le comió el terreno a la *data*. Conservamos, con todo, los ‘datos’, que son las fechas importantes concernientes a una persona (fecha de nacimiento, etc.), y la datación de los acontecimientos.

De una *facies* (‘hechura, aspecto, forma, rostro, cara’) procede la *faz* (la hoja tiene *haz* y envés, estudiábamos de pequeños). Los arqueólogos que trabajan en Atapuerca nos enseñan entusiasmados las *bifaces* que encuentran en cada campaña de excavaciones. Las han llevado a un congreso de paleontología, que ha tenido diversas *facetas* o aspectos. El aspecto externo de una persona es la *facha* (“su facha no me gusta ni un pelo”, que no debe confundirse con quien practica el fascismo, claro), y hay personas que pueden convertirse en el *hazmerreír* de los demás, precisamente por su porte externo. Cuando solo mostramos esa apariencia externa y nos cerramos interiormente, somos hombres solo de *fachada*. Obrar así indica que somos *superficiales*, mostramos tan solo la *superficie*, el aspecto externo, lo que está ‘sobre la faz’.

Quien va *hacia* (< *face a*) un lugar, va cara a, del mismo modo que los vientos pueden venir cara a nosotros, o podemos tener una circunstancia de cara; también nos podemos cruzar con alguien en una *acera* (< *facera*), que primero significó fachada, y luego ‘cada una de las filas de casas que hay a los dos lados de una calle o a los cuatro lados de una plaza’, y finalmente ‘la orilla de la calle junto a estas filas de casas’. Y allí alguien puede tener la *desfachatez*, o descaro, de decirnos algo que no nos gusta, que nos hiera. Nos pueden dar ganas de partirle la cara, aunque se llame *Fabricio*, pero nos aguantamos para que no tenga que hacerse la cirugía *facial*, aquella que arregla nuestro aspecto externo, especialmente el de la cara, o para que no termine *contrahecho*. En esas circunstancias no podría ir a la *oficina* (< *opificina*, ‘lugar donde se trabaja’), ni cumplir su *oficio*, ‘deber’.

Hoy día hay mucha afición al **fetichismo**; los **fetiches** (< *facticius*) son los ídolos a los que se atribuye poderes sobrehumanos, especialmente entre los pueblos primitivos; pues que no nos hagan un **maleficio**, que no está el horno para bollos. Que no nos pongan como a un **acerico** (< *faciarius*), ya saben, la almohadilla que se usó primero para apoyar la cara y más tarde para clavar los alfileres.

Si nos vamos a los compuestos del verbo *facere*, los términos se nos multiplican. Una obra puede ser **perfecta**, es decir, ‘terminada del todo’, o incluso **pluscuamperfecta**, ‘más-que-perfecta’, como algunos tiempos verbales. O bien puede ser **defectuosa**, con **defectos**, que no está acabada. Lástima si en nuestra casa tenemos **desperfectos**, porque por pequeños que sean nos costará un ojo de la cara arreglarlos. Y si su cuenta corriente tiene demasiado **déficit**, quizás deba vivir de la **beneficencia**. Unos y otros pueden unirse para realizar algo en común, es decir, **confeccionar** un plan, pero que tengan cuidado para no incurrir en **cohecho**, porque este sería ya **factor** suficiente para denunciarlos. Claro, si el negocio de poner una **confitería**, por ejemplo, les sale bien, podrán lanzar **confeti** al aire.

Cuando hemos desgastado demasiadas fuerzas, cuando después de toda una mañana de trabajo llegamos **deshechos** a casa, tenemos que **rehacer** nuestro cuerpo, y para ello nada mejor que una buena **refección**. La palabra se ha perdido en la vida ordinaria, pero no el lugar donde lo hacían los monjes en la Edad Media, el **refectorio**. La hemos sustituido por galicismos como ‘restaurante’ y ‘restauración’, que significan lo mismo porque de restaurar fuerzas se trata, pero nos suponen un desembolso mayor. (Dicho sea de paso, hay que ver la **facilidad** que hay para introducir extranjerismos en nuestra lengua, cuando podríamos valernos **perfectamente** de nuestra lengua madre.) En esos monasterios había preciosos códices miniados, sus escritorios eran auténticas **factorías** de cultura; hoy, sin embargo, nos conformamos con ver un **facsímil**, copia que, por muy semejante que sea al original, no deja de ser solo una copia.

En algunas casas podemos encontrar quizá un **factótum**, precioso latinismo sin ninguna evolución al español, que indica la “persona que desempeña en una casa o dependencia todos los menesteres”, quien lo hace todo, vamos, un chico o chica para todo; que si no lo viéramos como una

persona normal pensaríamos que es un **hechicero**. Esas son personas ideales para trabajar al servicio de un **prefecto**, que es “quien está al frente de los que hacen”. Estas personas nos son de gran **provecho** (< *profectum*).

Bueno, pues **dicho y hecho**, ya hemos terminado este nuevo **quehacer** encomendado y, aunque sea **perfectible**, creo que por hoy es **suficiente**. No es **perfecto**, lo sé, pero mi intención era **facilitarles** con este capítulo la **facultad** de poder adentrarse en una raíz tan polivalente y jugosa. Pido, por ello, al sumo **Hacedor** su indulgencia y comprensión, si no he sabido cumplir.



DIGAS LO INEFABLE

(fari)

Quizás la actividad que mejor distingue al hombre del resto de los animales, además de la del raciocinio, es la de hablar. Dentro ya del léxico relacionado con la facultad de hablar, contamos con numerosos verbos, cada uno con su propio matiz: hablar, decir, expresar, conversar, murmurar, predecir... El latín dispuso de un verbo base, *for, fari, fatus sum*, que sembró las lenguas romances de palabras derivadas.

La capacidad de expresarse por la palabra era tan importante en el mundo latino, que al niño en sus primeros años —desprovisto aún de habla— se le denominó con un término especial, *infans*, el ‘que aún no puede hablar’. Equivale al bebé, al que balbucea, palabras estas que expresan lo que no es todavía un habla articulada y coherente. Lo propio de un niño es lo **infantil**. La **infancia** es la etapa propia de los niños, aunque hoy sea más amplia que aquella de 0 a 2 años que cubría en Roma. Cuando vemos reacciones de mayores que no se corresponden con una persona de su edad, sino que parecen propias de niños, hablamos de **infantilismos**.

No todos los niños eran queridos, uniones extraconyugales provocaban niños que había que ocultar, o hacer desaparecer. El **infanticidio** —como el aborto— fue un crimen terrible, abominable, **nefando**, del que “no puede

hablarse”. **Infanticidas** famosos como Herodes, que ordenó la matanza de los inocentes, los niños menores de dos años, en Belén y alrededores y, por lo tanto, infantes, han pasado a la historia. Un cambio semántico en el siglo XII hizo que el **infante** pasase a ser el hijo heredero de la corona, y hoy lo sigue siendo en la monarquía española, aunque haya crecido... Fue Sancho III el Deseado (1134-1158), hijo de Alfonso VII, el primero al que se le dio este título en Castilla. Surgió más tarde el **infantazgo**, señorío atribuido a un infante o hijo de rey, y los **infanzones**, “hombres correspondientes a la segunda clase de la nobleza, superior a los hidalgos e inferior a los ricoshombres”. La **infantería** era el cuerpo del ejército de los más jóvenes, aquellos que no podían pagarse un caballo y todo su equipamiento, elite que formaba la caballería. Con el tiempo la infantería, por su gran movilidad en el campo de batalla y sus meritorias acciones, pasó a ser la parte más importante de cuantas formaban el ejército de tierra.

Pero el niño comienza a hablar, a adquirir vocabulario y a organizar sus frases. Se va haciendo adulto. Entre estos, hay personas que hablan muy bien, que tienen el don de la oratoria, o al menos el de la palabra, gozan de **facundia**, son elocuentes. Y junto a **Facundo** tenemos a **Eufemia**, con un significado muy parecido al de Eulalia y Eulogio (derivados estos del griego), que ‘hablan bien’ o que ‘se habla bien’ de ellos. Y, ya puestos, hemos de hablar de ese interesante hagiotopónimo que es **Sahagún**, pueblo de la provincia de León surgido en torno al monasterio benedictino de San Facún.

Hay otras personas, sin embargo, de las que —aunque hablen poco— sí se habla mucho de ellas, son **famosas**; aunque a veces lo que se dice de alguien, la **fama**, puede no ser tan bueno como esperábamos; porque se puede **difamar** a un personaje **famoso** (interesante la contradicción) o bien injuriarle con **infamias**, o con **blasfemias**, término especializado más tarde en el terreno religioso. Y es que hay delitos **infames**, que ‘no se pueden decir’, como tantos asesinatos en el ámbito doméstico, como la muerte de los dos hijos a manos de su madre Medea; o el descuartizamiento de Itis por su madre Procne, su posterior guiso y su ingesta por parte de su padre Tereo. Así lo podemos ver en el famoso cuadro de Rubens en el Museo del Prado. Hay temas que no deben decirse por respeto a la fama del otro, aunque los **malhablados** los

propalen a los cuatro vientos. Los programas de **famoseo** en televisión — principalmente, aunque no solo— no tienen en cuenta en ocasiones el derecho a la intimidad, y descubren precisamente lo **inefable**, ‘que no debe decirse’.

Afabilidad en el trato y las relaciones humanas es lo que hoy se necesita y no chismorreos. Resultan **difamatorios** y, a veces, los perjudicados llevan a los periodistas a juicio y ganan, tras **confesar** estos que no era totalmente verdad lo declarado. Algunos chismorreos no deben decirse precisamente porque no han existido, son simples **fábulas**, comidillas, **hablillas**, “se dice que...”, y los personajes de fábula son **fabulosos** en su doble sentido, el de no haber existido y el de ser extraordinarios. Si nos preguntan un domingo por la tarde qué tal la película que acabamos de ver y decimos que **fabulosa**, podría interpretarse que era de ficción o bien que era extraordinariamente buena. El cambio semántico es fácilmente aplicable.

Quien escribe fábulas es **fabulista**, como el famoso Esopo en griego, Fedro en latín, Félix Samaniego y Tomás de Iriarte en nuestra lengua. Y la fábula es de lo que se habla. **Hablar** es la evolución natural en español del verbo *fabulari*, y aquello de lo que se habla son ni más ni menos que **habladurías**. En un programa de televisión pueden a veces unirse varios contra un personaje determinado, simplemente se **confabulan** y el otro está perdido. Hace unos años se hablaba mucho en nuestro país de la **confabulación** judeomasónica.

Derivado del francés *fantoche* tenemos **fantoche**, que en su origen es el títere que habla, y del diminutivo italiano *fanciullo* (< *fante*) heredamos el **chulo**, es decir, el jovencito. A partir de su actitud tendremos luego los aires chulescos y otros significados peyorativos, que no podemos aquí escribir porque hemos de andarnos con **eufemismos**, ya me entienden. Delante de los tratados tenemos el **prefacio**, ‘lo que se dice antes’, algo que los **profesores**, quienes nos dedicamos a enseñar por la palabra, estamos acostumbrados a leer con detenimiento. La Iglesia católica llama **confesores** a quienes han hecho **profesión** de fe, como son los santos que sellaron su existencia con una vida heroica llevando la fe a los demás.

Desde el Antiguo Testamento ha habido personas escogidas para decir lo que iba a ocurrir en el futuro, eran capaces de **profetizar**, son los **profetas**, algunos tan denostados y perseguidos porque las verdades que decían escocían

al pueblo. Sus **profecías** han movido y conmovido a pueblos enteros haciéndoles cambiar de vida. Los profetas, anunciando y denunciando, tuvieron un papel primordial en el mundo antiguo.

También el hombre griego y romano estuvo siempre preocupado por el *fatum*, es decir, el destino, ‘lo que se dice que ha de ocurrir’, el **hado**; y se puede **hadar**, pronosticar, el destino. El destino regía la vida no solo de los hombres sino de los mismos dioses, y por ello era tan importante acudir a Delfos, a Dodona y a los demás santuarios oraculares para conocer el futuro reservado a cada uno. El **hada** (< *fata*), a la que Nebrija define como “diosa del hado, parca”, se convierte con el tiempo en ese ser fantástico con figura de mujer maravillosa que hace beneficios a sus elegidos, el hada madrina de los cuentos y de las películas de la factoría Disney.

En la antigüedad siempre encontraban objetos que podían ser la causa de que el destino se cumpliera, es decir, objetos **fatales**, como aquel cabello de Orestes depositado en la tumba de Agamenón que encuentra su hermana Electra. En su origen, **fatal** no tuvo ninguna connotación negativa, pero con el tiempo se convirtió en sinónimo de catastrófico. Hoy el cambio semántico ha hecho que algo fatal sea muy malo. Cuando un alumno sale de un examen, le preguntan qué tal y dice que ‘fatal’, es posible que le haya salido mal, pero quizás también que se haya cumplido el destino, dadas las horas (¿horas?, quizás minutos) que había estudiado. Y por ello aquel día D del examen puede convertirse para él en día F de **fatídico**. Algo que estaba marcado por el destino negativamente era **nefasto**, prohibido, frente a los días fastos en que era lícito, **fasto**, realizar algo. Y de allí **fausto**, feliz, y **fastuoso**. Por ello, los días **feriados** en los que se permitía celebrar algún acontecimiento eran **fiesta**, y se consideraban **festivos**. Solo mucho más tarde vendrían los **festivales**, aquello que se organiza en día de fiesta.

Está claro que el contenido negativo del destino es el que se transmite a nuestro lenguaje, porque de hado nos llega **malhadado**, ‘predestinado a un mal’, y **malvado** (< *malifatus*), pero es que un término tan castizo como **fario**, muy propio de Andalucía, que casi siempre va acompañado de mal (tener mal fario), procede del portugués *fadario* (en español tenemos también **hadario**). Y cuando a uno le han predicho el mal fario, lo propio es que esté **enfadado**. No es extraño, por ello, que el **fado** sea una canción tan melancólica y triste.

Escuchen a Dulce Pontes, por favor, y se les pondrá la carne de gallina. Y aunque parezca raro, **fandango** y **fandanguillo** proceden de fado, canciones en las que —en sus principios— se comentaba el futuro de una persona.

Al menos entre los latinos *fanum* —santuario, lugar consagrado— era el lugar donde se pronunciaban los hados, y las palabras divinas, y se pone en relación con *fari*. Así parece deducirse de un pasaje de Tito Livio. Quien se quedaba fuera del templo, delante, sin entrar en él, era el **profano**, aunque curiosamente **profanar** un templo pasó a ser más tarde “tratar una cosa sagrada sin el debido respeto”, para lo que era necesario entrar en él. El **fanático** sería aquel que es “partidario exaltado e intolerante de una creencia”. Desgraciadamente los sigue habiendo en algunas religiones costándole a la humanidad miles de vidas todos los años.

Es probable que este artículo dé mucho que hablar, ya lo verán.



LA CONFIANZA A LA PERFIDIA

(fido)

La vida en sociedad no se puede articular si no es basada en pilares de convivencia muy firmes. Uno de ellos es la fe en el otro, la confianza que se establece en las relaciones humanas. Deposito el dinero en un banco y me fío de que está en el lugar adecuado; me fío de la carne que me vende el carnicero y del peso que me da; me fío del colegio que enseña a mis hijos y por eso mismo los llevo allí; de que mi mujer o mi marido no me engañan... Una sociedad donde a diario debiéramos de comprobar, pesar, medir, controlar toda acción y movimiento de los demás produciría una atmósfera irrespirable, sería insufrible. Por ello nos molestan los celosos, los **desconfiados**, aquellos que nos miran de soslayo, en los que reina siempre la sospecha; se nos hacen personas molestas.

El latín tenía un término, *fides*, que es más amplio semánticamente que el que nosotros traducimos por **fe**, palabra muy vinculada a la religión en nuestro país, y que como todo término de la esfera de lo no material no es fácil de

traducir con total exactitud. *Fides* es ‘fe, lealtad, garantía’, pero es mucho más...

Porque tengo fe en el otro, le soy **fiel** (< *fidelis*). Por ello me **confío** a él cuando tengo inquietudes y problemas, y me surge de forma espontánea hacerle determinadas **confidencias**, porque entiendo que no serán nunca traicionadas. Pero no es fácil **fiarse** de otro, la **confianza** hay que ganársela a pulso. Y quizás, tras muchos años de acciones positivas que han ido **afianzando** una relación, un simple resbalón, un despiste, un desaire pueden echar al traste toda una relación de amistad y generar **desconfianza**. Podemos incluso convertirnos en **pérfidos**. Y si insistimos, si hay contumacia, **porfia** (< *porfidia*), haremos que esta desconfianza pueda desembocar en enemistad. ¿Quién no ha cantado o tarareado alguna vez aquella letra: “Mujer, si puedes tú con Dios hablar”, de la canción *Perfidia*? La primera vez que la oí fue de niño, cuando mis hermanos compraron un equipo en **hi-fi**, que solo mucho más tarde supe que era de *High Fidelity* (alta fidelidad), pero que mejoraba mucho la calidad de la audición.

Una de las palabras que más se oye en nuestros días entre matrimonios y en la relación de pareja es precisamente la de **fidelidad** o **infidelidad**. Puede oírse en distintos programas de televisión: “¿Sería usted capaz de perdonar a su pareja si sabe que le ha sido **infiel**?”. En determinados momentos de la vida las relaciones personales son un **desafío** constante, sobre todo cuando una persona es **fementida** (falsa, embustera) y la otra actúa **de buena fe**.

Cuando tenemos fe en alguien no hay ningún problema en salir **fiador** de esa persona, en **fiarle** cuanto pida, porque nos **fiamos** de ella, si bien una de las sentencias de los siete sabios de Grecia, atribuida a Tales de Mileto, era precisamente “daños para quien fia”. En un abanico que había en mi casa estaba escrito lo siguiente: “No te acuerdas más de hoy, si te doy. / Y aventuras lo que es mío, si te fío. / Al pagar pones mal gesto, si te presto. / Pues para librarme de esto sin perjuicio del bolsillo, / yo estampo este letrerillo: / ‘ni doy ni fío ni presto’”. Pero también es verdad que puede llegar un momento en que no todas las señales de confianza dadas hayan sido respondidas de igual manera, perdemos entonces la confianza y la persona puede quedar **desahuciada** (< ant. *ahuciar* < *afuzar*, ‘dar confianza’), e incluso tendrá que devolver la **fianza** depositada.

Tenemos fe en alguien y, si lo consideramos **fidedigno** o **fehaciente** porque hace o da señales que promueven en mí la fe en él, buscamos un **fedatario** o notario que dé fe pública de algo, y firme un **fideicomiso** o “disposición por la que el testador deja su hacienda o parte de ella encomendada a la buena fe de alguien para que, en caso y tiempo determinados, la transmita a otra persona o la invierta del modo que se le señala”. En ese caso habrá un **fiduciario**, “heredero o legatario a quien el testador manda transmitir los bienes a otra u otras personas, o darles determinada inversión”.

De la relación de credibilidad entre distintos pueblos surgía en la antigüedad un pacto llamado *foedus*. En virtud de él tendremos más tarde la realidad de un gobierno **federal**, sistema político basado en el **federalismo**, doctrina en la que el gobierno se reparte entre el poder central y los estados asociados, que actualmente vemos en algunos estados como la República Federal de Alemania, o los Estados Unidos de América, que es una **federación** de estados. A veces estas federaciones se unen en agrupaciones más grandes, las **confederaciones**. Cuando en las películas de polis vemos a los agentes del **FBI**, ¿somos capaces de reconocer bajo esas letras al Federal Bureau of Investigation, principal rama de investigación del Departamento de Justicia de los Estados Unidos? Hasta allí nos llegamos con esta serie de palabras.

Existe además el plano de las relaciones del hombre con Dios, donde la fe se define como una “virtud por la que se cree aquello en lo que uno no ve”. Y tenemos buena parte del vocabulario ya visto, pero con otro sentido distinto. Salta a la vista la creación del nombre personal **Fidel** a partir de inscripciones paleocristianas en las que se decía de algunos fallecidos —normalmente esclavos con un solo nombre personal— que eran *fidelis* o *fidelis Christi*. Los misioneros durante siglos han ido a evangelizar países llamados de **infieles** (conservamos asimismo en nuestra lengua **infidente** e **infidencia** con este mismo sentido); y surgió el **fideísmo**, doctrina según la cual se llega a las verdades fundamentales por la fe y no por la razón. Y podemos hablar de nuevo de la confianza, y del **desconfiado**. Tirso de Molina escribió en 1635 un drama teológico, *El condenado por desconfiado*, en el que nos presenta a dos personas contrapuestas. Paulo es un monje piadoso que termina condenándose por su temeridad, al exigir a Dios una respuesta a los arcanos del destino en la

religión cristiana y **desconfiar** de su piedad, mientras que Enrico es un criminal que **confía** plenamente en la misericordia de Dios y se arrepiente antes de ser ejecutado, con lo que se salva.

Si me he equivocado en la presentación de alguna etimología, no duden de que incluiré al final del libro una **fe de erratas**, y les aseguro de que no lo he hecho **de mala fe**. Y es que en esto de las etimologías hay que tener mucho cuidado, porque algunas obras que nos parecen totalmente **fiabiles**, no lo son; por ejemplo, no he hablado del fiel de la balanza, porque “la aguja que con su verticalidad indica que los pesos de ambos platillos son iguales” proviene de *filum* y, por lo tanto, no es de esta raíz (aunque el *DRAE* y el *Diccionario de uso* de María Moliner incluyen bajo la misma entrada las dos acepciones). Derivados de este segundo ‘fiel’, tenemos el ‘fielato’ o ‘fielazgo’, la oficina instalada a la entrada de las poblaciones en la que se recaudaba el impuesto por consumos. Ya ven, no es de aquí, aunque semánticamente lo parezca.

De momento pasamos al capítulo siguiente sabiendo que algunas de las cosas que hemos escrito en este capítulo deben quedar entre nosotros, son **confidenciales**. Con esa seguridad y porque me fío de ustedes, sigo adelante. Espero no haber perdido **fiabilidad** en este capítulo.



ANTENERSE
EN FORMA
PARA ESTAR HERMOSA

(forma)

El deporte, los gimnasios, el cultivo del cuerpo, sentirse mejor con una bella figura, lo externo, el reino de la apariencia, la operación bikini veraniega... Los anglicismos han entrado a saco en nuestra lengua para invitarnos a estar en forma: *gym, fitness, aeróbic, health, jogging, spinning, stretching*, etc. ¿Podríamos hacer hoy deporte sin decir un solo palabra en inglés, por ejemplo, correr, saltar, etc.? Hoy día la preocupación por adquirir unas bellas formas, y conservarlas una vez adquiridas, ha crecido de forma desmesurada; en mujeres y hombres, en personas de la tercera edad. Y hay quien hace el negocio a costa de todo ese mundo ligado al culto al cuerpo.

En la antigüedad los latinos distinguían la belleza (*pulchritudo*) de la hermosura (*forma*), hoy se tienen casi como dos palabras sinónimas. La **forma** hace alusión a la figura y disposición de un cuerpo. En plural la admite el *DRAE* como “configuración del cuerpo humano, especialmente los pechos y las caderas de la mujer”. A quien logra tener unas bellas formas se le considera **hermoso**. Cuando los portugueses a comienzos del siglo XVI llegaron a una isla cercana a la costa china, que les pareció un paraíso por su belleza externa extraordinaria, la llamaron **Formosa**, nombre que aún se conserva hoy,

aunque es más conocida por Taiwán. Quien tuvo esas bellas formas y las perdió pasa a ser **deforme**, y nos imaginamos a Quasimodo, el jorobado de Nuestra Señora, o a la bestia del cuento *La bella y la bestia*, pero no hay que llegar a casos extremos. Basta perderlas. A quien nunca las ha tenido, sin embargo, lo conocemos por su raíz hermana, procedente del griego, es un ser **amorfo**. El adjetivo se usa fundamentalmente para rocas, para objetos que no tienen una forma geométrica concreta, pero también se aplica —según la clasificación caracterológica de René Le Senne— a personas no activas, no emotivas y primarias.

Nos asusta la **deformidad**, si ha sido por ejemplo por culpa de un accidente, pero no hay por qué ser **conformistas**, podemos recurrir a la cirugía estética; hablamos, sin embargo, con toda naturalidad de **deformación**, palabra que usamos en contextos como “yo, por deformación profesional...”. Y nos quedamos tan campantes.

En la antigüedad se usaban algunos instrumentos en distintas profesiones para dar forma o **formar** algunos objetos. Así los carpinteros para trabajar la madera hacen uso del **formón**, que es semejante al escoplo pero más ancho de boca y menos grueso. Los zapateros usaban un banco especial con la **horma** para hacer zapatos, y los sombrereros la usan para dar forma a la copa de los sombreros. El **hormazo** (< *formaceus*) es la tapia o pared de tierra, a la que se da forma. En la provincia de Burgos existe un pequeño pueblo, **Huérmece**, del que algunos autores dan esta misma etimología.

Hay niños rebeldes o asilvestrados, sin ninguna **formación**, que en el maestro experto encuentran la horma de su zapato. Por ello, los grandes maestros son tan importantes en los procesos **formativos** iniciales. Esta labor en la escuela es similar a la del escultor o artesano, que de una materia **informe** logra sacar una obra maestra. A veces el **uniforme** en algunos colegios contribuye a **conformar** mejor el carácter de los niños, porque sirve para evitar que destaquen o presuman por el porte externo, y deban sacar lo mejor de dentro. Y es que no hay nada peor en un joven que la falta de educación, la **informalidad**. Aunque a mí al menos los excesivamente **formalistas** reconozco que me ponen algo nervioso.

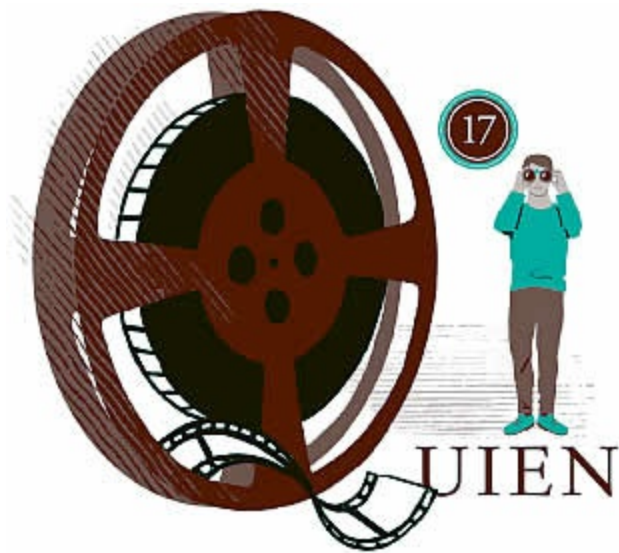
Forma es también el molde que nos permite dar la figura que deseamos a algo que no la tiene. En la Iglesia católica, por ejemplo, se llama **forma** a la hostia de pan ácimo que se consagra y sirve para comulgar. En la antigüedad en que la leche solo la tomaban los niños, se aprovechaba esta para la elaboración de productos lácteos, especialmente queso y mantequilla, que permitía mejor conservación y mejor asimilación de la lactosa por parte del cuerpo. En un molde de esparto se vertía la leche con el cuajo, de donde se obtenía pasado un tiempo el *caseus formaceus*. El español tomó la primera parte de la palabra, y obtuvimos el ‘queso’, pero franceses e italianos tomaron la segunda y tienen *fromage* y *formaggio* respectivamente. Supongo que es pura casualidad que de una mujer de bellas formas se dice que “está como un queso”. Algo muy castizo y desde Carlos Arniches muy popular.

Una vez perdidas las bellas formas, no hay que desesperarse, porque aún podemos **reformular** nuestra vida. La palabra se refiere al terreno moral especialmente, aunque no olvida la cirugía estética. A los niños y adolescentes delincuentes los metían antiguamente en el **reformatorio**. Allí se operaban verdaderas **transformaciones** de vida. Que nada tenían que ver con las de los **transformistas**, cuyo cambio de forma es momentáneo, por exigencias de su profesión. Para las transformaciones físicas se recurre de nuevo al griego, se trata de **metamorfosis**, personas que modifican su **morfología**. Ovidio nos contó de forma poética, a comienzos del siglo I, las que se operaron en la mitología clásica, y cómo héroes, ninfas y villanos fueron **transformados** en distintos árboles, plantas o animales; obra clásica la suya que ha atravesado veinte siglos de cultura, porque pintores como Rubens dedicaron algunos de sus mejores cuadros a plasmar estas metamorfosis. Más recientemente (1915) Franz Kafka nos ha narrado la metamorfosis de Gregor Samsa, aquel comerciante de telas que una mañana se vio transformado en un gran insecto. En geología se estudian las rocas **metamórficas**, que son aquellas que han sufrido algún **metamorfismo**, como el mármol, las pizarras, las cuarcitas, etc. Y hablando de mármoles, en el arte románico se estudian los arcos **formerros**, que junto con los fajones, sostienen la bóveda de cañón del arte románico.

Una pequeña forma es una **fórmula**. Puede ser matemática, y allí se concentra en muy pocos números y letras todo el saber sobre un tema de ciencia; pero puede ser joven y se refiere a un tipo de moda o de costumbres.

También se extiende al mundo de los automóviles de competición, cuyos niveles se designan por numerales, siendo la Fórmula 1 la más célebre; y la Fórmula V, un grupo musical de los años ochenta y noventa del siglo pasado.

Les recuerdo que si alguna etimología no la ven claramente, lo último que deben hacer es **formatear** el disco duro. Bueno, creo que ya les he **informado** suficientemente de este tema y, si no, vean los **informativos**, los antiguos telediarios, y más antiguos partes.



AVISA ES PORQUE LO HA VISTO

(video)

Cinco sentidos tenemos para captar todas las realidades externas e interiorizarlas. El hombre las recibe, almacena, reordena, procesa, saca conclusiones, y desde ellas actúa. Su vida depende y evoluciona en una dirección o en otra con arreglo a lo que continuamente ve y oye. Los cinco son importantes, pero de ellos quizás el que más apreciamos cuando nos falta es el de la vista. Griegos y latinos establecieron en su lenguaje, y nosotros la hemos heredado, toda una gama de matices para concretar las variaciones e intencionalidades del sentido de la vista. Sabemos que no es lo mismo ver que mirar, observar, escudriñar, intuir, inspeccionar, divisar, otear, contemplar, etc.

El latín dispone de un verbo base, general, que es *video, vidi, visum*, con un significado amplio de **ver**. El verbo tal cual, sin evolución, lo tenemos en un método moderno para ver (o **visionar**, como dicen algunos) películas e imágenes, el **vídeo**, y en un topónimo, **Montevideo**, capital de Uruguay. Este topónimo parece provenir del *Diario de Navegación* del contraalmirante Francisco de Albo, miembro de la expedición de Fernando de Magallanes, quien escribió: “Martes del dicho (mes de enero de 1520) estábamos en

derecho del Cabo de Santa María (actual Punta del Este); de allí corre la costa este oeste i la tierra es arenosa i en derecho del cabo ai (*sic*) una montaña hecha como un sombrero al cual pusimos nombre Montevidi”.

Hay quien es **prudente** (< *providens*), como aquel titán de la mitología griega que robó el fuego y engañó al padre de los dioses Zeus, Prometeo, es decir, ‘el que ve con antelación’, y por ello puede precaverse. Durante siglos en las zonas frías de Centroeuropa, desde el mes de noviembre el hombre se procuraba alimentos antes de las grandes nevadas y heladas, sabiendo que no podría salir de casa en una larga temporada, es decir, se **proveía** de lo necesario y aquellas **provisiones** de comida y leña le salvaban cada invierno; hoy día el prudente sale con suficiente tiempo un fin de semana en que son **previsibles** grandes caravanas y retenciones en las carreteras, para evitarlas. Solo el **imprudente**, como el hermano de aquel, Epimeteo, que ‘piensa las cosas después de hacerlas’, fracasa en sus proyectos. Imprudente, por ejemplo, es quien emprende un viaje sin **visado** a un país que lo requiere para entrar en él, o quien tiene la **visa** caducada, o bien se va de viaje confiando en su tarjeta **Visa**, pero no la ha metido en la cartera; o quien acude a una **entrevista** de trabajo sin haberla preparado previamente, porque en ese **vis a vis** (del fr. *vis-à-vis*, mirándose, frente a frente) con el **entrevistador**, aunque conviene ser natural, nos será útil llevar las baterías bien cargadas. Lo contrario, amigos, es tener poca **vista**. **Entrever** las preguntas que me harán puede suponer obtener un jugoso empleo, y mucho más práctico que acudir **de improviso**. **Providente** por antonomasia es Dios, **evidentemente**, que en su **providencia** divina tiene conocimiento previo de las cosas, por eso se reserva el nombre con mayúscula para Él.

El interés por conocer el futuro hace que cada vez haya más gente imprudente que consulte a los **videntes** (antiguamente **veyentes**), esa especie de adivinos que dicen ver el futuro y se ganan la vida diciendo cosas muy **evidentes**, tanto que saltan a la **vista** y no tienen discusión, pero que su cumplimiento es bastante incierto. Muchas cadenas de **televisión** emiten sin cesar este medio de sacar dinero a ingenuos **televidentes** que pican. Es curioso que a ellos se les crea y se les pague, mientras que a los **visionarios** no: cuestión de lenguaje y de palabras. Otro cantar es el de los **invidentes**, que no son los que no ven el futuro, sino aquellos que no pueden ver el presente, los

ciegos, que por mucho que desarrollen los demás sentidos, se ven privados de este tan valioso. Resulta interesante cómo en la antigua Grecia los videntes como Tiresias o Fineo, por ejemplo, estaban desprovistos de la vista, eran ciegos, pero eran capaces de ver y predecir el pasado y el futuro. Impresionante resulta así el diálogo entre Edipo y Tiresias en el *Edipo rey* de Sófocles. Edipo ve el presente, la peste que asola a la ciudad de Tebas, pero no ve —aunque lo desea— el pasado (la causa de la peste) y el futuro (el castigo para él, como causante indirecto de las desgracias de la ciudad). Tiresias, por el contrario, no puede ver el presente por ser ciego, pero con gran **clarividencia**, es capaz de decirle a Edipo que él es el asesino que está buscando y cómo acabará sus días. En efecto, cuando la luz se haga ya en la conciencia de Edipo y llegue a comprender que él es el asesino del rey Layo (su propio padre), deberá cumplir la promesa que ha hecho como castigo para el asesino, que es sacarle los ojos; se sacará él mismo los ojos con la fibula del peplo de su madre, y deberá exiliarse ciego.

Y ya que hemos hablado de **televisores** y de la televisión, en un momento dado se dio lugar a las retransmisiones para todo el continente europeo, conexiones por **Eurovisión**, palabra quizás asociada en nuestra mente a unos deplorables festivales de la canción que nos persiguen desde 1956, o **Mundovisión**, sistema de retransmisión de grandes acontecimientos para todo el mundo.

Para poder ver mejor, los días de mucha luz nos colocamos una **visera** en nuestra gorra, para que nos filtre el sol y no nos deslumbre tanto. Cuando nos falta nos colocamos una mano en la frente para poder divisar (¡jojo!, que no va en azul porque no es de la misma raíz, sino de *dividere*, ‘distinguir’) mejor a quienes están lejos. Y para que no nos vean desde el exterior cuando estamos en casa, para preservar la intimidad del hogar, ponemos **visillos** en las ventanas, esas “cortinas pequeñas que se colocan en la parte interior de los cristales para resguardarse del sol o impedir la vista desde fuera”. Evitamos así que alguien nos haga **visajes**, gestos con el rostro, al pasar.

Los aparatos de gran precisión como telescopios, microscopios, etc., tienen un **visor**, que nos facilita una **visión** de gran exactitud. Cuando el vigía está haciendo la ronda y ve que alguien viene de lejos lo está **avistando**, y por

ello **avisa** al mando correspondiente, porque puede tratarse de un peligro, o bien de alguien que porta un mensaje positivo. Eso es estar ojo **avizor** (< francés *aviseur*), y **avizar** algo.

El mundo de las telecomunicaciones ha avanzado muchísimo en este campo (**véase** cualquier revista de tecnología de nuestros días), y hoy las casas inteligentes suelen contar ya con **videoteléfono**; podemos seguir a un ponente que está disertando a miles de kilómetros y participar en el coloquio que se establezca tras su intervención mediante la **videoconferencia**; nos hemos acostumbrado a la emisión de **videoclips**, grabación de un vídeo promotor de una canción; y podemos ver cómo los adolescentes están enganchados cada vez más a los **videojuegos**.

Durante siglos ha existido en España la figura del **veedor**, término culto que además de designar en otra época lo que hoy llamamos mirón o *voyeur*, era también un inspector, un jefe militar cuyas funciones eran semejantes a las de los modernos inspectores y directores generales.

En ocasiones habremos jugado al amigo **invisible**, donde en un grupo numeroso de personas cada miembro escribe su nombre en un papel que alguien toma al azar, y más tarde cada uno ha de hacer un regalo a alguien que a su vez desconoce quién se lo va a regalar. El sistema funciona, y a veces hay regalos de lo más **vistosos**.

Del verbo latino *visito*, frequentativo de *viso*, es decir, ir a ver con cierta frecuencia, ver a menudo, tenemos **visitar** y **visita**, que en el caso del médico se hizo proverbial su brevedad, y se cumple su etimología, porque cuando hay un enfermo va a verlo con cierta frecuencia. En las órdenes religiosas, especialmente en las contemplativas, existe la figura del **visitador**, religioso que pasa por los monasterios o conventos para ver cómo funciona la comunidad y su observancia.

Cuando algo nos gusta mucho, fotos, películas, etc., lo volvemos a ver. Existe el verbo **rever** con este sentido, muy poco usado, y por supuesto **revisar**, y la **revista**, que es un examen hecho con cuidado y diligencia, y por ello la inspección que un jefe, especialmente un jefe militar, hace de las personas o cosas sometidas a su autoridad. Aunque es verdad que en las grandes empresas hay un **supervisor**, que controla desde arriba, que somete a **revisión** el trabajo de los demás.

Los ojos, esas ventanas del alma por la que nos entra toda la información, son tan importantes que en la antigüedad había quien se intentaba adueñar de la voluntad de los más débiles, especialmente los niños, mediante la mirada. Por ello, se echaba el mal de ojo, el aojamiento o *invidia*, que dio lugar a la palabra **envidia**. Hoy día sigue vigente la expresión, sobre todo aplicada a los niños porque, como dicen algunas madres, “estos niños son unos **envidiosos**, no se pueden ni ver”, que tiene un sentido figurado, evidentemente, no porque esos niños sean ciegos.

Y dicho lo cual, queda este tema ya visto para sentencia, y pasamos al siguiente.



VENENOS PARA EL AMOR

(Venus)

Los amores, el amor y el mal de amores. Dos temas han movido siempre a la humanidad: el amor y la muerte. Dos fuentes permanentes de inspiración en la literatura y las artes plásticas. Desde que el hombre toma conciencia de sí mismo, comienza a hablar de ello. Griegos y latinos lo elevaron a una categoría superior y establecieron a una diosa para presidir el amor, el cortejo, la sutil seducción, las relaciones sexuales... Afrodita para los griegos, asimilada con Venus por los romanos, nos ha legado buen número de palabras, que son algo más que meros términos, son conceptos que nos señalan una forma de entender este tema. ¿Quién no ha sufrido alguna vez por culpa del amor? En una inscripción de Pompeya puede leerse: “Quiero romperle las costillas a Venus y destrozar la espalda de esta diosa a garrotazos. Si ella puede golpear mi delicado pecho, ¿por qué no voy a poder yo romperle la cabeza con un palo?”

Pero quizás haya que comenzar por donde empezamos todos los mortales, por el nacimiento, que en el caso de la diosa no fue nada rutinario. Porque, puestos a imaginar, seguramente a ninguno de nosotros se nos hubiera ocurrido nacer de la espuma del mar. Y menos si esta espuma se ha formado con el semen de un dios caído al océano. Gea (Tierra) estaba ya un poco harta de que Urano (Cielo) bajara todas las noches a cubrirla, y encargó a su hijo menor

Saturno que le segara los genitales cuando bajara esa noche a yacer con ella. Del semen divino caído al mar se formó una espuma (*afrós* en griego) de la que nació Afrodita, aunque se suele decir que nace de una concha, como vemos en el cuadro de Sandro Botticelli, y ahí tenemos ya nuestra primera palabra, **venera**. Como esta se usaba por los peregrinos en el Camino de Santiago, en Galicia surgió la **vieira**, y naturalmente tenemos ‘concha’ en el lenguaje coloquial de algunos países de habla hispana para señalar los órganos genitales femeninos, que no anda muy lejos biológicamente del **monte de Venus** o pubis de la mujer. Con una concha se cubre precisamente los genitales alguna de las Venus del arte, como la del Museo del Prado que lleva ese nombre, la Venus de la Concha. En el sentido de diosa de la fecundidad, cuando comenzaron a aparecer estatuillas paleolíticas con los pechos prominentes y las formas femeninas muy marcadas se les dio asimismo el nombre general de **venus**, de las que la más significativa es la de Willendorf, que se halla en el Museo de Historia Natural de Viena.

A esta diosa del amor se le daba verdadero culto para alcanzar los favores de la amada. Ello dio lugar a **venerar**, verbo que en nuestros días es equívoco respecto a su etimología, porque imagínense a unas ancianitas venerando con su velo en la cabeza a la Virgen del Carmen; no sé si equívoco, pero sí distante de su primer sentido. Claro que las personas ancianas son dignas de respeto y **veneración**, por eso son llamadas **venerables**. Incluso desde la Edad Media se conoce con el nombre de **venerables** a los sacerdotes ancianos, y en la Iglesia católica se llama así también a quienes en su día se les incoó el proceso de beatificación, pero ha quedado interrumpido o se ha malogrado por falta de pruebas.

Diosa del amor tan bella que seguimos diciendo de una mujer despampanante que nos parece una **venus**, como hace dos mil años (“muchacho, si sintieras las llamas del amor, no tardarías tanto en ver a tu venus”, leemos en un grafito de Pompeya), o que es **venusta**, o **venusina**; y ante tanta belleza surge por parte de algunos hombres la **venustofobia**, temor morboso al encuentro o a la relación con una mujer muy bella. Bueno, como dijo El Gallo, “hay gente pa tó”.

Pero **venus** es también sinónimo de coito. Acudimos de nuevo a Pompeya, donde leemos una breve inscripción en verso que nos advierte: *Balnea, vina, Venus, corrumpunt corpora nostra, / sed vitam faciunt, balnea, vina, Venus* (“Baños, vinos y amores corrompen nuestros cuerpos; pero nos dan la vida, baños, vinos y amores”). Puede haber problemas con una sexualidad muy activa y promiscua, y contraer por ello enfermedades **venéreas**; o lo contrario, no poder tener relaciones normales bien por **anafrodisia** (falta de apetito sexual), por enfermedad o por impotencia senil, y tomar entonces un **veneno**, es decir, una pócima para poder desarrollar el acto sexual. El rey Fernando el Católico, al morir la reina Isabel, se casó con Germana de Foix, una adolescente de dieciocho años. Al fin de sus días, con sus sesenta y cuatro años, a Fernando no le iban bien las cosas, no había nuevo embarazo, vaya, condición necesaria en este caso para que el rey aragonés tuviera los derechos dinásticos sobre el reino de Nápoles; por ello, una criada de Germana tuvo la idea de proporcionarle un **afrodisíaco**, preparado con semen de toro como principal ingrediente (¡tela marinera!), que lo llevó a la tumba **envenenado**, es decir, que aquel ‘filtro’ (palabra procedente del verbo griego *filéo*, amar, significa exactamente lo mismo) resultó para él un auténtico **veneno**.

Se dice además que la diosa Venus llevaba un cinturón, *cestus* en latín, que aumentaba su atractivo y la hacía irresistible. Por eso, cuando una mujer tiene mucho éxito en este terreno se dice que parece llevar el **cinturón de Afrodita**. Y ahora un guiño a los biólogos, porque existen unas lombrices de mar de unos treinta centímetros y forma parecida a un cinturón, a las que se denomina **cinturón de Venus** o ‘cesto’. También llaman **ombbligo de Venus** (*Umbilicus rupestris*) a una planta de hojas carnosas y flores amarillas en pequeñas espigas colgantes. Y en el mundillo de la alquimia se conoce como **espíritu de Venus** al ácido acético.

Es posible que algún año hayamos ido de vacaciones a la Costa Bermeja, en el Languedoc-Rosellón, al sur de Francia. En ese caso quizás hayamos pernoctado en **Port-Vendres** (< *Portus Veneris*), que recibió el nombre a partir de un templo que había dedicado a Venus junto a la costa. Aunque el mar no es el mejor lugar para ver estrellas, quizás hayamos salido a contemplar el cielo allí o en otro lugar. ¡Ah!, la importancia de los astros y de las noches estrelladas. En la antigüedad solo se veían a simple vista cinco planetas que,

junto con el sol y la luna, completaban el número siete, que indica plenitud. A uno de esos planetas se le denominó **Venus** por la belleza de su resplandor y, como cada día de la semana estaba bajo la influencia de un planeta, hubo un *dies veneris* que dio nuestro **viernes**; y en la liturgia cristiana se llama **reviernes** a cada uno de los siete que siguen a la Pascua de Resurrección. Todavía algo más: cada uno de estos planetas se asoció con uno de los metales primarios, correspondiendo el cobre con Venus, por lo que en alquimia **venus** es también sinónimo de cobre.

De la misma raíz de Venus tenemos en latín el verbo *venor* (‘cazar’), de donde nos ha quedado el **venado**, que propiamente significa ‘cazado’, aunque con esa palabra nos referimos hoy especialmente al ciervo, es decir, un “mamífero con cuernos...”; nos ha quedado también el **venablo** o jabalina con que podemos cazar un buen trofeo; y el arte **venatoria** o de la caza. Ya lo ven, parece como si nada hubiera cambiado en tantos siglos, porque hoy los jóvenes parecen adiestrados desde edad temprana para el arte de la caza en el terreno amatorio, y al ver la vestimenta y las actitudes de algunas/os jóvenes un fin de semana (y las frentes de nuestros venados) bien podrían decir “estamos cazando, o estamos rindiendo culto a Venus”; y a veces, cuando nada consiguen, les oímos **echar venablos** por la boca. Nada nuevo bajo el sol.

Tras leernos, cruzamos los dedos para que nadie tenga que acudir al **venereólogo**, y para que alcance **venia**, favor y gracia de los dioses. En el siglo I a.C. Venus se convirtió para Roma en la *venia* celeste que le aseguraba a la ciudad la grandeza y prosperidad en la historia. Hoy, cuando el abogado pide permiso al juez para hablar, inclina la cabeza levemente mientras dice “**con la venia**” (lo habremos visto en algunas películas, si no en la vida real), por lo que **venia** ha pasado asimismo al lenguaje con el sentido de leve inclinación de cabeza, y **venial** aquello que puede perdonarse.



(*verto*)

Sin duda, una de las grandes actividades económicas de la civilización romana fue la agricultura. En la tenencia y cultivo de tierras se escondía la riqueza, y por extensión el poder. La mayoría de los senadores romanos basaba su potencia económica en su capacidad de terratenientes. Muchas actividades relacionadas con el cultivo de la tierra tienen que ver con el verbo *verto*, *verti*, *versum*, que en un principio es ‘girar’, hacer girar el arado, dar la vuelta a algo, volver, cambiar...

De este modo tenemos la **vertedera**, que es la parte del arado en forma de orejera que sirve para voltear y extender la tierra levantada por el arado; pero también el **vértice**, que era la piedra al final del surco sobre la que giraba la yunta de bueyes al arar la tierra, y los **versos** o surcos que iba dejando el arado. La denominación poética de versos, frente a la prosa —que se escribe toda seguida, hasta final de renglón—, proviene de la forma en que la tinta quedaba sobre los papiros, a la manera en que los bueyes dejan la tierra arada, aunque —todo hay que decirlo— la **prosa** (< *prorsa* < *pro-versa*) procede de la misma raíz y hace alusión a lo que está derecho, a lo recto. En la Edad Media para mejor memorizar y citar los textos de la Biblia, se subdividió esta en capítulos, y estos a su vez en pequeños **versículos**. Y nacieron las letras

versales y **versalitas**, que eran las que se usaban a comienzo de verso y marcaron más tarde un tipo específico en la tipografía, todavía usado hoy por las imprentas.

Dentro de la agricultura tenemos aún la **besana** (¡ay!, esas vacilaciones b/v, que tantos quebraderos de cabeza causan a algunos), que no es sino la labor de surcos paralelos que se hace con el arado, pero también el primer surco que se abre en la tierra cuando se comienza a arar. Y ya puestos, hablemos de la **basura** (< *versura*), que es aquello que se voltea, que se arroja girando el recipiente. (A modo de paréntesis diremos que *versura*, que en el latín de la agricultura era la extremidad del surco, era también el alero sobresaliente de los teatros, que situado sobre la escena hacía que la voz rebotase y volviese hacia abajo, lo que en los púlpitos se llamó ‘tornavoz’.) Y si quiere encontrar algún objeto **vertido** a la basura por descuido, quizás deba acudir al **vertedero** municipal para hallarlo. En la Roma antigua mientras el hombre labraba la tierra, era muy común que la mujer estuviera metida entre los telares, y por ello sabían muy bien lo que es el **vertello**, o “bola de madera que se pone como peso al huso para hacerlo girar mejor”.

Pero **vértice** (< *vertex*) es también el punto más elevado de la cabeza humana, y el polo en torno al que gira el cielo, de donde la **vertical** es la línea que cae directamente desde arriba, o sea, **verticalmente**, y el **vértigo** el movimiento de rotación, que con el tiempo pasará a ser la sensación que tiene el hombre de que todo gira a su alrededor, algo así como un mareo. Y el plano físico nos lleva al metafórico porque podemos leer en un periódico que “fulanita tiene un cuerpo de vértigo”, sobre todo si se trata del certamen anual de Miss **Universo** (‘que gira de forma unitaria’), donde compiten las reinas de la belleza de cada país. Es posible que la ganadora, para hacerse con la corona, tenga que hacerle algún conjuro especial a Venus **Verticordia**, ‘la que hace girar los corazones’, diosa de la que Gabriel Dante Rossetti nos dejó un precioso cuadro prerrafaelita. De allí obtendremos más tarde lo **vertiginoso**, con el sentido de ‘movimiento muy rápido’, por ejemplo el de una montaña rusa, o el de la Bolsa en determinados momentos del año.

Cuando hubo que poner nombre a los huesos que permiten la articulación giratoria, se les dio el nombre de **vértebras**, elemento del cuerpo tan característico que distingue a los animales en **vertebrados** e **invertebrados**. A

comienzos de los años veinte del siglo pasado, cuando Ortega y Gasset quiso definir a España, habló de *La España invertebrada* (1921), diagnóstico político de la situación de la España de inicios del siglo XX, aquejada por algunos fantasmas como el particularismo y la desintegración.

Y si la preposición *versus* es ‘en dirección a, hacia’, *adversus* será ‘enfrente de’, de donde tendremos el **adversario**, y **adversidad** lo que me viene de frente. Si se tiene mucha **aversión** hacia alguien, tiene uno el peligro de ser **avieso**, inclinado a hacer daño, maligno. *Sursum* (< *subs-vorsum*) ‘hacia arriba’ será origen de **susodicho**, ‘lo citado más arriba’, y de **suso**. En La Rioja podemos visitar el monasterio de San Millán de Suso, monasterio de arriba, y a muy pocos kilómetros San Millán de **Yuso** (< *de-vorsum*), o de abajo, ambos hoy Patrimonio de la Humanidad, y lugares de nacimiento y hoy estudio de la lengua castellana. La toponimia de nuestra península nos ha regalado numerosos pueblos y lugares en que se hace esa distribución suso/yuso, formando la palabra a veces parte del propio topónimo, como en **Barriosuso** (Burgos).

En la Edad Media se hablaba mucho —especialmente en algunos tiempos litúrgicos como la cuaresma— de **conversión**, es decir, de dar un giro a la vida que se llevaba, y volver sobre sus pasos, cambiar de dirección en definitiva. Aunque no fueran unos **pervertidos** ni **perversos**, tras la correspondiente penitencia, podían quedar **convertidos**. Sin embargo, algunos judíos o musulmanes —al bautizarse— eran conocidos con el nombre de **conversos**. Los monasterios tenían un grupo de monjes que eran sacerdotes (padres), y otro al que llamaban de **conversos**, que no eran sino hermanos, sin obligación de coro y encargados de todas las labores domésticas desde el cultivo de la huerta hasta la cocina. Con su trabajo manual facilitaban a los padres el coro, el estudio y la atención al *scriptorium*, formando así la columna **vertebral** del monasterio. Eran como dos comunidades distintas en un único monasterio. Uno de los padres, el **versiculario**, estaba encargado de la **versícula**, lugar de la iglesia donde se guardaban los libros del coro. En estos códices la escritura, en lengua latina o griega, era **dextrorsa**, es decir, que se dirige siempre de izquierda a derecha; pero generalmente estos monasterios, para el estudio de la Biblia, solían tener algún texto en hebreo o en alguna lengua semítica, que estaba presentado en escritura **sinistrórsum**, es decir,

“hacia la izquierda”. Como curiosidad diremos que algunas lenguas como el sánscrito, y algunas inscripciones arcaicas en griego y latín, se presentaban en escritura bustrofédica, literalmente “al modo en que los bueyes aran la tierra”, es decir, una línea hacia la derecha y la siguiente hacia la izquierda, palabra con la que hemos girado de nuevo al mundo de la agricultura.

Del verbo *diverto*, volverse en direcciones opuestas, separarse, tendremos no solo **divertirse**, que se mantiene aún en santa Teresa con el primer sentido de ‘distraerse’, apartarse del tema principal, sino **divorcio** y **divorciarse**. Y si a ese delicado momento se llega, porque en toda vida se **atraviesan** épocas complicadas, hay que tener cuidado de no haber **malversado** fondos, o de haberlos **invertido** en negocios poco seguros, y mucho menos **subversivos**. Si se ha quedado sin blanca, ya sabe, tendrá que llamar a cobro **revertido**. La situación no le será nada **divertida**, y constituirá en esa maltrecha relación la gota que viene a **rebosar** (< *reversare*) el vaso y que —de tanto **verter** agua— se está ya derramando, constituyendo un auténtico **revés**. Antes de comenzar el proceso piénselo muy bien, porque luego ya no hay **retroversión**, vuelta atrás. Desde luego evite siempre las **controversias**, ‘discusiones, confrontaciones’, que de nada sirven, y la **animadversión**; esta actitud positiva le **revertirá** muchas ventajas. Preste mucha atención para que la otra parte no **tergiverse** (‘gire la espalda’, y por ello ‘dé la vuelta’) los hechos, sobre todo si usted sabe que es **versátil**, que cambia o gira con mucha facilidad, o está **versada** en hacer creer a los demás lo que no es cierto, porque entonces dará la **versión** de los hechos que más le convenga. Usted podrá **advertir** en todo momento a su abogado para que no se fíe demasiado de su **conversación**. Y usted, que cuando conoció a su pareja admiró el **anverso** de una moneda apetecible, ahora, con los años, ha podido contemplar —en medio de una vida **prosaica** y rutinaria— su amargo **reverso** (lo que en botánica llaman en las hojas el **envés** < *inversum*), algo que hubiera preferido no experimentar en cabeza propia, sino ajena. Debo hacerle una **advertencia** final: tenga mucho cuidado con los disgustos prolongados, para que no le salgan **diviesos** (‘tumor inflamatorio y doloroso’ a partir de *diversum*, ‘separado, hostil’, en el sentido de tumor maligno. Como curiosidad etimológica, le diré que divieso es sinónimo de furúnculo, ‘ladronzuelo’, porque estos aparecen como bultos o tallos secundarios en la vid, robando la

savia del tallo principal). En estas situaciones generalmente los **introvertidos** suelen pasarlo mucho peor que los **extrovertidos**, porque contarlos, hacer que gire todo hacia el exterior, nos libera de una pesada carga.

Espero que este capítulo, que ha **versado** sobre una raíz de tan gran rendimiento, no les haya parecido en absoluto **controvertido** ni **enrevesado**, a pesar de haberme lanzado en algunos momentos **vertiente** abajo, en auténtica **versión** española, aunque con tintes **universales**. A mí me ha parecido **vertiginoso**. Me hubiera gustado dedicar unos versos a los extrovertidos, compuestos a bote pronto como los **versolaris**, tal y como prometí en el título, pero ya no me queda más espacio.



LA INFLACIÓN AL FALLO

(flo)

En la antigüedad los griegos concibieron los cuatro elementos clásicos: *tierra, agua, fuego y aire*, para explicar los patrones en la naturaleza. Sus primeras argumentaciones datan de los tiempos presocráticos (siglo VI a.C.) y perduraron a través de toda la Edad Media hasta el Renacimiento, influyendo profundamente en la cultura y el pensamiento europeo. Los cuatro tuvieron gran importancia, pero nosotros vamos a fijarnos ahora en el aire, el viento, el soplo, ese mismo al que los griegos consagraron un dios general (Éolo) y varios particulares (dependiendo de la dirección desde dónde soplara: norte, sur, etc.); ese que cesó en el puerto de Áulide para que las naves griegas no pudieran zarpar hacia Troya; ese mismo que hoy resulta fundamental en algunos deportes como la vela, el *windsurf*, el ala delta, el parapente, el vuelo sin motor, etc.

El verbo latino *flo, flare, flatum* significa ‘soplar’. Indica la acción propia del viento. Si salimos un día a correr y no tenemos mucha costumbre, es muy posible que sintamos un fuerte dolor en el estómago que nos obliga a pararnos y tomar aire. Siempre habrá algún experto en el tema, o que se las da de tal, que te dirá: “Te ha dado el **flato**”, que no es sino una acumulación

molesta de gases en el tubo digestivo. Peor es otro tipo de soplo o viento, sobre todo cuando estamos en una reunión pública porque puede comprometernos, las **flatulencias** o ventosidades; meteorismo lo llaman los médicos. Para evitarlo, nos recomendarán no tomar legumbres u otros alimentos **flatulentos**. Se suele decir que Pitágoras prohibía en su secta filosófica comer habas, precisamente por este motivo, aunque parece más probable que fuera por la forma que tiene el haba, que recuerda a un feto humano.

Del soplo del viento en una dirección determinada tendremos en latín *afflare*, ‘rozar algo con el aliento’, y de ahí ‘oler la pista de algo’. Esta es la acción del perro cuando está siguiendo una pista concreta, sobre todo los adiestrados para la caza, o los sabuesos, que se dejan llevar por el soplido del viento en su sutil rastreo. Con inversión de las letras de la primera sílaba, tendremos **fallar**, y de ahí **hallar**. El perro que sigue a su presa termina hallando la pieza que persigue. La misma idea la conservamos en algunas expresiones como “este ni las huele”, que equivale a “no sabe ni por dónde le da el aire”. Y relacionado con ello descubrimos aquí un precioso **fallo**, en el sentido de la sentencia de un jurado en un certamen. Es decir, cuando oímos que este año el jurado del premio Planeta “ha fallado en favor de” no es que se haya equivocado, como pueden pensar algunos, sino que los miembros del jurado, rastreando quién es el mejor, se han dejado llevar por el olfato para premiar tal o cual novela.

Pero el viento puede introducirse en un espacio concreto, o golpear una superficie como la lona del velamen de una nave, y así tendremos **inflar**, con su gemelo **hinchar** (con h a partir de la aspiración de la f), aunque en el lenguaje coloquial estos dos verbos no sean intercambiables en todos los contextos, porque “se nos hinchan las narices” por una injusticia, pero “inflamos las cifras” de los resultados de las encuestas para convencer al pueblo. Y lo mismo pasa con los sustantivos, porque la **inflación** se utiliza casi exclusivamente en el panorama de la economía, mientras que la **hinchazón** suele ser de algún miembro del cuerpo, los pies, los tobillos (acuérdense de Edipo, o léanlo en el cap. 31), etc., y puede uno estar **hinchado** (en el sentido de engreído) e incluso tenerle **hincha** a alguien —odio, aversión, enemistad—, que puede soltarnos cuando menos lo esperemos un **sofión** (< it. *soffione*) o

reprimenda, que equivale a bufido, si es que se le hinchan realmente las narices u otros órganos corporales más sensibles. Por ello, lo más loable es la actitud positiva por la que siempre estamos **insuflando**, soplando adentro, ánimos a los demás.

Y de otro compuesto, *sufflare*, soplar desde abajo, vamos a tener precisamente **soplar** y **resoplar**. Lo conservamos incluso en la acepción coloquial de ‘beber’ o ‘emborracharse’, por el **resoplido** típico del borracho tras la bebida, que “sopla la berza” y lo que haga falta. Los amantes de la cocina francesa sabrán muy bien qué es un **soufflé**, galicismo que se aplica a aquellos alimentos preparados de manera que queden inflados. Los típicos son los preparados con claras de huevo a punto de nieve y cocidos luego en el horno para que adquirieran una consistencia esponjosa.

El fuego de la chimenea lo aireamos con el **soplillo**, también llamado **soplador**, que suele ser un objeto de forma circular hecho de esparto o palma con un mango. Usamos el **soplete** en actividades y chapuzas domésticas, y ya san Juan de la Cruz habla del **soplo** del espíritu, ese mismo soplo que la Biblia nos cita en su primera página para detallarnos cómo creó Yavéh el mundo, la misma suave brisa que sintió Elías en el monte Carmelo. En la literatura castellana de la Edad Media existe un **sollar** (“*sollar como fuelles: sufflo*”, escribe Nebrija), que se conservará en nuestra lengua en el compuesto **resollar**. En el lenguaje estudiantil, y no solo, existe el **soplón**, delator o chismoso, que puede meternos el **resuello** en el cuerpo, es decir, intimidarnos.

En la antigüedad en las zonas más calurosas, como Egipto o Mesopotamia, se usaban instrumentos para ventilar o producir sensación de alivio con una corriente de aire frío; eran los abanicos de la época que no suelen faltar en las películas de tema egipcio, especialmente en los numerosos filmes sobre Cleopatra. Ese gran abanico formado por un largo mango era el **flabelo**; normalmente suelen aparecer dos manejados por sendos **flabelíferos**, raíz que se ha conservado en las plantas de hojas **flabeliformes** y en los insectos **flabelicornios**, con antenas en forma de abanico.

Seguro que en este capítulo hemos podido hacer interesantes **hallazgos** en cuanto a la etimología, pero no podemos **desinflarnos** ni quedarnos aquí, hemos de pasar al siguiente.



PARA INTRANSIGENTES

(ago)

El hombre no ha permanecido nunca quieto en el lugar en que nace. Se dice que Immanuel Kant no se trasladó nunca de su Königsberg natal, pero fue un caso aparte, un poco raro, según dicen; lo normal es que se mueva, viaje, lleve consigo... El latín contó en su lengua con un verbo de enorme rendimiento, *ago, egi, actum*, que desde la acción fundamental de ‘llevar, llevar hacia delante’, empujar (es la acción del boyero aguijoneando desde atrás a la manada), pasa a ‘conducir, guiar, acompañar’; y solo más tarde ‘llevar a cabo’ y, por ello mismo, ‘realizar’. Un verbo **pródigo** que ha dejado no solo en latín sino en nuestra lengua un largo rastro de términos, cuya generosidad y **prodigalidad** hay que descubrir a veces con espíritu de sabueso. En esta labor de guiar, conducir, tenemos todas esas palabras terminadas en *-ago, -ogo*, como **pedagogo**, que en un principio era el esclavo que llevaba o acompañaba al niño de la familia patricia hasta la escuela, no quien teorizaba sobre la enseñanza; **mistagogo**, quien explica los misterios sagrados; **sinagoga**, reunión religiosa de judíos y, a partir de ahí, el lugar donde se reúnen; **paragoge**, fenómeno por el que se añade un fonema al final de palabra, como ‘felice’ por ‘feliz’; etc.

En nuestros días se ha creado la **agenda**, es decir, el instrumento donde se apuntan “las cosas que han de llevarse”, que es lo que significa propiamente (igual que la ‘merienda’ indica “lo que ha de merecerse”, que se la ganaba el obrero en especie al final de la tarde tras haber trabajado desde la mañana). Aunque ni Steve Jobs ni nadie que lleve hoy un iPod sospeche el latinísimo origen de una herramienta que ha invadido en muy poco tiempo el mercado, a los **activos** e **hiperactivos** el invento les ha venido de perlas para programar las múltiples **actividades** de su ajetreada vida.

Y también tenemos **agencias** de viajes, de modelos y de tantas cosas; y **agentes**, que pueden ir desde los que actúan en la Bolsa hasta James Bond, el famoso agente 007, y tienen mucho más que ver con el hacer que con el llevar, es decir, están más cerca de las gestorías y gestores, pero estos pertenecen ya a otra raíz. Algunos se han elevado incluso a **superagentes**, como aquel superagente 86 de la pequeña pantalla, o Cody Banks de la grande.

Quien se mueve con rapidez es **ágil**, y muestra su **agilidad** en los distintos movimientos. Y si se va con mucha frecuencia a un lugar, el verbo *ago* se convierte en *agito*, y así vemos la **agitación** y el **agitarse**, tan propios de la alocada vida **actual**. Hace años tan solo agitábamos la medicina antes de usarla, porque quedaba la sustancia en el fondo del envase. Hoy, sin embargo, las grandes concentraciones de masas necesitan de **agitadores** para que aquello funcione. Sin **activistas** que jaleen, la gente que ha ido a ver, gritar y ser conducida, no sabría cómo **actuar**. A veces incluso **coaccionan** a los asistentes, y les **exigen** un tipo de **actuación** arriesgada y un compromiso que ellos no están dispuestos a llevar a cabo. En medio de esa masa a veces hay **sobeos**, sí, algunos aprovechan el barullo para **sobar** (< *subigere*, ‘obligar’), porque es inevitable por la proximidad. Si ha habido violencia, la policía lo que hace es seguir las huellas de los instigadores, sigue su rastro, es decir, **indaga**. Es posible que haya **reacciones** contra la policía, y que esta se vea obligada a levantar **acta** de todo lo ocurrido, y que al final haya sanciones con carácter **retroactivo**. Los imputados tendrán que dar cuenta de lo que acaeció el día de **autos**.

El verbo tuvo desde sus orígenes una extensión semántica, llegando al mundo del teatro. Y allí vemos la obra dividida en **actos**, y a unos señores que interpretan la vida de otros, que son los **actores**, solo muchos siglos más tarde

aparecerán las **actrices**, porque en Grecia no se permitía a las mujeres que representaran teatro. (A modo de curiosidad diremos que existen también las **actoras**, pero poco o nada tienen que ver con el mundo del espectáculo, ya que su nombre se aplica en derecho a la parte demandante de un juicio.) Su **actuación** suele ser valorada **en el acto** por medio del aplauso; y en el caso del cine con la concesión de distintos premios en los festivales de turno o en los Oscar. Estas obras tienen una **acción** principal; Aristóteles dejó escrito que la buena obra debía estar sometida a la triple unidad de tiempo, espacio y acción. Un ejemplo de esta triple unidad sería *Edipo rey* de Sófocles, obra clásica por excelencia. Era común en el **entreacto** aprovechar para establecer relaciones personales. En la Edad Media, época en la que aún no se había reiniciado el teatro como tal, interrumpido a finales del siglo IV d.C., se ponían en escena **autos** sacramentales, “composición dramática de carácter bíblico o alegórico”, que se usó como sinónimo de actos. Si pasamos al cine, en la filmación de películas, el grito de ‘**¡acción!**’ sirve para advertir a actores y técnicos que en aquel momento comienza una toma. Al **accionar** un dispositivo todo se pone en marcha.

¡Ah!, la vida de los actores, siempre interpretando, siempre desarrollando un papel. En griego clásico actor era denominado *hypocrités*, que ha dado en español ‘hipócrita’, aquel que vive y habla parapetado tras una máscara. Es verdad que en ocasiones nos encontramos con personas **ambiguas**, personas que no saben hacia dónde tirar, y lo que más nos perturba es su **ambigüedad**, quizás porque se andan con **ambages**, ‘rodeos’. De la misma raíz tenemos **ambigü**, palabra proveniente del francés que hace relación a la cena nocturna en la que se sirven de una vez manjares fríos y calientes, es decir, de un tipo y de otro.

En el mundo de la agricultura esta raíz nos ha legado un precioso **barbecho** (< *vervactum*), es decir, aquella tierra que se araba en primavera (*ver*), en una segunda sementera, que más tarde pasará a ser aquella que no se siembra, que se deja descansar durante una temporada para que al año siguiente dé más fruto. Esta es una forma de **cuidar** (< *cogitare* < *cum* + *agito*) la tierra. El **descuido** de las labores del campo puede hacer que la tierra se convierta en un verdadero erial. Por el contrario, el **cuidado** de la ganadería

nos ofrece el **cuajo** (< *coactum*, ‘concentrado, reunido’) y el **coágulo** con sus respectivos verbos **cuajar** y **coagular**, que tienen el mismo significado, pero solo varían por la materia a la que se refieren, leche o sangre.

Es posible que atravesemos la vida, es decir, **transijamos**, porque **transigir** es llevar a cabo, pactar, pasar el tiempo o la vida. Y se puede ser un **intransigente**, que no pasa una, que amarga a los que están a su alrededor, pero espero que ustedes no lo sean conmigo y me permitan pasar al siguiente capítulo.



PÉNDULO AL CONTRAPESO

(pendo)

Una actividad fundamental en las relaciones y transacciones comerciales del mundo antiguo fue el peso de las mercancías. Fundamental para el comprador para no ser víctima de engaños. En la sociedad romana había un cargo municipal formado por dos magistrados, los ediles, que se encargaban precisamente de la vigilancia en los mercados del sistema de pesas y medidas. Eso significa el verbo latino *pendo, pependi, pensum*, ‘colgar, suspender algo’ de algún sitio (recordemos que la balanza romana funcionaba colocando la mercancía sobre un platillo que colgaba de un gancho y estableciendo un contrapeso). De una acción primera de pender, van a derivar dos aparentemente muy distintas, una física: **pesar**, y otra de carácter espiritual: **pensar**.

De *pendo* tenemos un primer verbo bastante transparente como es **pender**, y lo que cuelga, que es el **péndulo**, sea de un reloj de pared, sea de Foucault. Este tiene un movimiento de balanceo muy característico, que origina el **pendular**, el que tiene el tren Talgo en España, por ejemplo. En Italia existe un tren de alta velocidad, *il pendolino*, que ofrece también ese pequeño balanceo, gracias al cual logra mayor velocidad. Y tenemos la **péndola**, o péndulo de

reloj, y un precioso **peneque**, que se usa especialmente en Andalucía para referirse al borracho, y que propiamente significa ‘que se balancea o tambalea’, es decir, que sus piernas y su cuerpo imitan el movimiento del péndulo. Y qué decir de la **pendanga** o **pindonga**, como metáforas de la prostituta, cuyos contoneos pueden recordar al péndulo. Y ya dentro del cuerpo todos albergamos el **apéndice** cecal, esa “prolongación delgada y cerrada situada en la parte final del intestino ciego del hombre”, que cuelga, y que solo sabemos que la tenemos esa noche que un familiar cercano nos lleva a urgencias, para salir a los dos días del hospital sin él, operados de **apendicitis**. El cecal no es nuestro único apéndice, tenemos también el nasal, y algunos bien prominente, como nos lo asegura con humor Quevedo de “Ovidio Nasón más narizado”. Pero mucho cuidado, siguiendo con el cuerpo, no piense que ‘pendejo’ procede de la misma raíz, porque yerra, tiene relación con el peine. ¡Cosas de la lengua!

En la antigüedad se usaba en la construcción un instrumento de trabajo que también cuelga, el *perpendicularum*, que —por ser habitualmente de plomo para lograr mejor la verticalidad— en español lo llamamos ‘plomada’. De su verticalidad y su cruce con las líneas horizontales, tenemos las líneas **perpendiculares**. También en las grandes naves industriales cerradas con sus cerchas triangulares habremos visto ese madero que cuelga, el **pendolón**. Y **pendil** llamamos al manto de la mujer. Como cultismo poco utilizado en nuestros días tenemos el **pensil**, o ‘jardín colgante’. A partir del latín vulgar *pendicare* surge el catalán *penjar*, y de este el castellano **pinjar**. De ahí tenemos ya un culto **pinjado** para ahorcado, totalmente desusado en nuestros días, pero que Juan de Valdés cita en el *Diálogo de la lengua* (64.19): “O rico o pinjado, o muerto o descalabrado”; y un más conocido **pinjante**, o joya que cuelga. Y mucho más usual, tanto en la lengua como en la vida ordinaria, son los **pendientes**, de uso generalizado entre las mujeres y que cada vez vemos más entre los jóvenes. Y viene el **pingar**, que es colgar en general, y en particular quedar el borde de una prenda de un vestido o falda más largo por una parte que por otra, y podemos estar hechos un **pingajo**, es decir, con los harapos colgando.

Lo que cuelga está **suspendido** o **suspense**; por eso los alumnos suelen decir indistintamente que les han dejado ‘colgando’ equis asignaturas, o que tienen tantas materias **pendientes** para septiembre (para junio con los nuevos planes), o simplemente que están **suspensas**. No son cabezas **pensantes**, que esas aprueban a la primera, ni aparecen concentradas como *El Pensador* de Rodin, de bellísima factura. Una película de **suspense**, aquellas que veíamos hace años de Alfred Hitchcock y de las que hoy hay auténticos maestros, es aquella que nos tiene pendientes de la acción hasta el final.

Aunque en el foro de Pompeya podemos ver aún hoy una *mensa ponderaria*, con sus distintas medidas, es decir, una mesa con aberturas para echar los áridos y así comprobar la capacidad exacta, antecedente de lo que en el siglo XIX se establecería cerca de París, en la Oficina de Pesas y Medidas de Sèvres, en un principio este peritaje estuvo relacionado con la acción de colgar. En efecto, antiguamente para pesar había que depositar los objetos de los que queríamos saber su peso en una *statera* o romana. Se colocaban en su único platillo, mientras que un brazo metálico en el que se habían practicado pequeñas muescas y un **contrapeso** nos daba el peso exacto. Y de ahí **pesar** y **contrapesar**. Pero junto a la romana de un solo platillo, los romanos usaron también la balanza, es decir, la de dos platillos (< *bi-lancia*). De ahí tenemos ya el **sopesar**, es decir, el salto del mundo comercial al del **pensamiento**: colocar los pros y contras en dos platillos para ver qué es lo mejor, y ya dentro de ese ámbito intelectual tenemos dos verbos: **pensar** y **ponderar**. Se usa **equiponderar** para indicar que una cosa es igual a otra en su peso, y **kilopondio** como unidad de fuerza que equivale al peso de un kilogramo sometido a la gravedad normal.

La ración de comida pesada que se daba a los animales era el **pienso** (< *pensum*, lo pesado), que era también la tarea que los maestros ponían a sus alumnos en la escuela, los deberes tasados. No es difícil ver el paso del mundo del peso al del pensamiento. Tenemos otra raíz latina que nos lo muestra claramente; y así vemos cómo de *libra* (‘balanza, nivel’, palabra que conservamos en el signo zodiacal, formado por una balanza de dos platillos) tenemos ‘deliberar’, que es pesar con la mente, pensar; ‘equilibrio’, que alude también a los dos terrenos; y una persona ‘equilibrada’, que es una persona **ponderada**.

Digamos que este peso puede ser físico y mensurable, o bien metafísico, espiritual. Por ello, bajo un peso moral podemos estar **apesadumbrados**, o **pesarosos** ante un negocio que va a pique, vivir una auténtica **pesadilla** por una tercera persona que se ha colado en nuestro matrimonio, o ante la muerte de un amigo dar el **pésame**.

En un mundo de trampas mercantiles donde reinaba la trapacería y se denunciaban los sistemas de pesas y medidas, era muy importante que las monedas tuvieran la cantidad de metal que decían tener. Por ello, surgió una moneda que era el **peso**, vigente aún en siete países de América y en Islas Filipinas y, por supuesto, nuestra célebre **peseta**, que ha funcionado en España desde octubre de 1868 hasta el 31 de diciembre de 2001, fecha en que el euro inició su curso legal. En Roma antigua la unidad de peso era la libra, *pondus*, que pesaba 328 gramos. Esta tenía todo tipo de divisiones y subdivisiones. Con el tiempo *pondus* pasó a ser sinónimo de libra, y así no nos extraña que en Inglaterra la libra esterlina se conozca como **pound**, el peso. En este mundillo hay personas que **propenden**, están inclinadas por su natural, al engaño. Ahora bien, es cierto que si a alguien se le defrauda en el peso y se comprueba, se le puede más tarde **compensar**, que en un principio es “pesar una cosa con otra”, e incluso **recompensar** a quien descubra el fraude cometido.

El lenguaje comercial nos lleva también a **expende** y a la **expendeduría**. Podemos hacer un gran **dispendio** en el arreglo de nuestra casa, procedente de *dispendo*, ‘distribuir, administrar algo pesándolo’. En ella no puede faltar una buena **despensa**, almacén donde los objetos están pesados, controlados, aunque puedan ser sisados, y un **despensero**, que se preocupará de que no desaparezcan por las buenas.

Un buen día nos vamos con nuestras pesetas ahorradas a vivir fuera del hogar familiar, a una casa donde debemos pagar. La *pensio* significa propiamente ‘pesada’, y da en español **pensión**. Existen los **pensionados**, donde tantos niños huérfanos han pasado su niñez. Y los **pensionistas**, ya jubilados, que reciben una paga como fruto de su cotización durante muchos años de trabajo.

Queda ya bastante claro qué es eso de un señor que **depende** de alguien, y qué es un **dependiente** respecto a su jefe o dueño. Y del ansia lógica de libertad entendemos el ansia lógica de **independencia**, de los adolescentes respecto de sus padres, de los esclavos respecto de sus dueños, de los países sometidos al colonialismo respecto de los grandes imperios. En nuestro país vivimos una guerra de la Independencia, así con mayúsculas, a comienzos del siglo XIX.

Pienso que quizás este capítulo podría haber sido anticipado, y podría haber hecho aquí tan solo un **compendio**, que de “dinero que se reúne” en latín pasa a ser economía de un momento determinado, y finalmente ‘reducción o abreviación’; de esa forma hubiera evitado lanzarme **pendiente** abajo. Pero por distintas razones **imponderables** no ha sido así, y he visto finalmente que su inclusión era **indispensable**, puntos **suspensivos**...



ÓNDE
ESTÁ EL CUADERNO
DE BITÁCORA?

(habeo)

“Tengo, tengo, tengo, / tú no tienes nada, / tengo tres ovejas / en una cabaña [...]” Así aprendíamos de pequeños, con canciones rítmicas y pegadizas, fáciles de memorizar, jugando, cantando...

“¿Cuántos años tienes?” Y el nene intentaba abrir tres dedos, que mostraba torpemente. ‘Tener’, la idea de posesión, quizás el primer concepto que adquiere con firmeza el hombre, lo mío, lo que tengo: mis juguetes, mis habilidades, mi chupete, mi simpatía para conseguir lo que deseo... El adjetivo posesivo mí o mío, tu o tuyo... Cuando llegó la hora de memorizarlo en la escuela, lo teníamos ya plenamente asimilado en nuestra vida; teníamos un territorio lleno de pequeñas posesiones. Los latinos tuvieron dos formas de expresar —no intercambiables— la idea de posesión. En español hemos heredado tan solo una, la que ellos expresaban con el verbo *habere*, que ha sido generosa legándonos una verdadera montaña de palabras y expresiones.

Lo conservamos en el verbo **haber**, que significa ‘tener’ propiamente, y en el **deber** (*de + habere*), que es propiamente ‘tener alguien en su poder algo de otro’, y por ello expresa la idea de la **deuda** (< *debita*). En los libros de

contabilidad podemos ver el ‘debe’ y el ‘haber’, es decir, lo que tengo de otro (deudas), lo que **adeudo**, y lo que tengo mío.

Quien tiene algo, especialmente unas condiciones, unas aptitudes para alguna cosa determinada, físicas o mentales, es **hábil**, y quien no las tiene es **débil** (*de + habilis*). Cuando hacia 1962 se descubrieron en Tanzania instrumentos líticos probablemente confeccionados por un hombre, se dio a ese homínido, que vivió en un período entre 1,9-1,6 millones de años antes de nuestra era, el título de *Homo habilis*.

A alguien que ha abusado de sus **habilidades**, que se ha pasado de listo diríamos, se le puede **inhabilitar** en el cargo, en su profesión, en su quehacer, aunque pasado un tiempo exista la posibilidad de su **rehabilitación**, palabra que se aplica sobre todo a la recuperación de unas condiciones físicas que se poseían tras haberlas perdido, especialmente tras un accidente, una **debilidad** o una enfermedad.

Del verbo latino *habeo* deriva el frecuentativo *habito*, ‘ocupar un lugar, vivir en él’, de donde vamos a tener no solo **habitar**, la **habitación** y el **hábitat**, sino un pequeño recinto donde se guarda algo concreto, el **habitáculo**. En los barcos había una especie de caja fuerte donde se guardaba el cuaderno en el que el capitán iba apuntando las rutas, las novedades, las incidencias, el diario de navegación, algo que no podía perderse ni podía ir de mano en mano. Dada su importancia para llegar a buen puerto se custodiaba en aquel habitáculo, y se conserva aún en textos medievales la palabra ‘bitácula’, que dio con el tiempo la expresión “cuaderno de **bitácora**”.

El ganado o conjunto de animales domésticos constituía propiamente en algunas partes de España los bienes del hombre del campo, todo lo que tenía, y recibía el nombre de **haberío**. Ello le daba posibilidades de cierto bienestar, por lo que **haberoso** es un adjetivo hoy ya desusado para indicar al rico. Corominas nos dice que en Galicia por *haber* se entiende aún la ‘res vacuna’, y por *abere* en vasco las ‘ovejas’.

Y tendremos el **hábito** como ‘manera de ser, costumbre’, que derivará en el sentido de ‘aspecto externo’, y de ahí en el de porte o ‘vestimenta’ que se lleva. Ya sabemos que “el hábito no hace al monje”, pero puede ayudarle en algún momento, sobre todo si lo lleva **habitualmente**. Otro gallo canta, evidentemente, cuando “cuelga los hábitos” y se aleja de esa vida. Algunos

clérigos, sin embargo, no los dejaban por ser **prebendados**, por haber conseguido una **prebenda** (< *praebenda* < *praehabenda*) o beneficio eclesiástico, una canonjía. Aunque a veces pudo haber abusos, parece que nadie podía **prohibir**les gozar del cargo. La desamortización de Mendizábal (1835) quitó sus posesiones a las órdenes monásticas y expulsó a los monjes, en consecuencia los monasterios quedaron **deshabitados**. Con el tiempo fueron de nuevo llenándose de **habitantes**, de monjes que provenían de Francia principalmente. En esa nueva repoblación surgieron algunos místicos a finales del siglo XIX que hablan de la **inhabitación** de Dios en el alma. Palabras mayores, una gracia especial, no es lo **habitual**.

Hay personas que conviven con otras, mientras que algunas simplemente **cohabitan**, que sería algo así como compartir techo pero no vida íntima, lo que pueden hacer los inquilinos de una pensión, por ejemplo, aunque desgraciadamente la **cohabitación** se esté extendiendo al entorno familiar. Uno de los problemas que tienen hoy las grandes ciudades es que conservan gran número de casas **deshabitadas** en el centro, mientras que la población se desplaza a la periferia. ¿La razón? Los precios **prohibitivos** de las habitaciones en el centro histórico.

Lo que tengo, lo mío personal, puedo ponerlo a la vista de todos, es decir, puedo **exhibirlo**, y en ese caso seré un **exhibicionista**, nombre que suele darse principalmente a quien **exhibe** en público lo más personal e íntimo que posee, sus órganos genitales; o bien puedo **inhibirme**, es decir, ‘tener dentro, reprimir’. Hay gente tan tímida que en espacios abiertos o reuniones sociales se **cohíbe**, es decir, se encierra en su habitación interior, se reprime.

Los jóvenes hoy día se sublevan con verbos como el que acabamos de ver, y razones “haberlas haylas”, porque —como hemos visto— ha conservado salvo muy contadas palabras esa hache intercalada que les puede afean cualquier examen; grafía sobre la que habría que dictar una **prohibición** formal para conseguir una escritura fonética donde escribamos lo que pronunciamos; la hache, una letra llamada “innecesaria” por Miguel de Unamuno y “signo ortográfico ocioso” por la Real Academia Española.



VETERANÍA ES UN GRADO

(gradus)

Ninguna actividad deportiva es tan connatural al hombre como la de caminar, pasear, dar pasos. Los romanos tenían una medida de longitud que era el *passus* (equivalente a cinco pies romanos, es decir, 1,478 m), y en las calzadas señalaban con una piedra miliar los *millia passuum*, distancia que dio origen a la milla romana (1.478 m), que no debe confundirse con la actual milla terrestre (1.609 m) ni con la milla marina (1.852 m). Cuando hablamos de estas dimensiones, alguien puede pensar en lo gigantescos que tenían que ser los pasos de los romanos, pero hay que considerar que para ellos *gradus* (73,90 cm, dos pies y medio) era lo equivalente a nuestro paso, y en realidad el *passus* equivalía a dos *gradus*, es decir, dos pasos, colocar el pie izquierdo de nuevo en la posición de avanzar.

Este paso o avance lo conservamos aún en **retrógrado**, el que ‘camina hacia atrás’, especialmente si es en una línea ideológica o cultural, frente al **progresista** (de *progredior*), que es quien avanza hacia adelante, quien **progresa**. *Gradus* es un paso hacia adelante, pero también hacia arriba,

peldaño, escalón, de donde tenemos las gradas de un estadio, el graderío de un teatro... Una gradilla es una escalerilla portátil, y una herramienta de los laboratorios químicos para sostener los tubos de ensayo.

Pero el término entró también en el ámbito de las profesiones como un rango o dignidad, en que uno va avanzando y a la vez subiendo, escalando posiciones (hablamos precisamente de ‘escalafón’ profesional); y así, en el plano académico el estudiante va subiendo grados. Al culminar el escalón superior desde el punto de vista académico será graduado, término que conserva el inglés y que nos dejó una película inolvidable protagonizada por Dustin Hoffman en 1967. La última reforma universitaria en España ha suprimido las licenciaturas para dar lugar a los grados. Por ello, en las facultades universitarias suele conservarse aún el aula de grados, un espacio reservado a defender las tesinas (o trabajos equivalentes) y las tesis doctorales que permiten al estudiante obtener los distintos grados académicos. Por cierto, que en la Edad Media al terminar el grado medio, que era el grado por antonomasia, los alumnos eran coronados como símbolo de su victoria sobre las distintas materias y profesores —emulando a los generales victoriosos de la antigua Roma— con una corona de laurel, cuyo fruto es la baya, de donde el alumno que lo acababa con éxito era *baccalaureatus* (‘laureado con bayas’) de donde hemos conservado ‘bachillerato’ y ‘bachiller’, así como la propia palabra ‘laureado’. Más tarde, de quienes habían logrado un grado universitario, el de licenciado por la *licentia docendi* que obtenían, y no lo ejercían se dijo que “dormían en los laureles”. Hoy estamos volviendo en la Universidad española a realizar los actos de graduación, esos que son tan habituales en otros países donde terminan arrojando el birrete al cielo, como nos muestran las películas.

En algunas Universidades como la de Salamanca el último grado (doctor) lo obtenían no en el aula de grados, sino en la capilla de Santa Bárbara de la vieja catedral, en la que la víspera de defender su tesis ante el tribunal los doctorandos debían encerrarse durante un día entero para pedir la iluminación al Espíritu Santo. Allí debían prepararse en completa soledad, pues incluso la comida les era pasada por un pequeño ventanuco. En dicha capilla están los escaños de los profesores. En la cabecera de una tumba de mármol, con la figura yacente del obispo Juan Lucero en relieve, está la silla del doctorando.

Los estudiantes, para inspirarse, apoyaban sus pies en los de la estatua y así pasaban la noche meditando (o dormitando). Hoy día los pies de la figura yacente están desgastados por los de centenares de estudiantes que así buscaron su inspiración. De aquí viene la expresión “estar en capilla” para significar que se está en vísperas de algo en la vida. En la Universidad de Alcalá nacieron otras dos expresiones relacionadas; se puso de moda “sacar por la puerta grande” del patio a quien salía vencedor de todas las materias, de donde siglos más tarde pasó al mundo taurino. Y a quien suspendía lo manteaban, de donde se extendió la expresión “ser un manta”.

También en el ejército existen los grados, y un militar —que va ascendiendo **gradualmente**— puede ser **degradado**, es decir, rebajado de su grado a partir de una acción que se considera indigna de su rango y, por ello, punible. En este ambiente militar es donde surge la expresión la “veteranía es un grado”, para indicar y traducir al lenguaje castrense no tanto que “más sabe el diablo por viejo que por diablo”, como que los años le hacen a uno acreedor de un rango que en realidad no ha conseguido, pero a quien hay que respetar por la experiencia acumulada.

Este avanzar subiendo lo observamos todavía en la temperatura, independientemente de que se trate de la escala Celsius, Kelvin o Fahrenheit, siempre en grados, o en las bebidas alcohólicas. Muchos elementos en la vida ordinaria presentan esta división, pues hasta las gafas están graduadas. **Gradiente**, propiamente ‘el que anda’, nos recuerda Corominas que en la acepción de ‘declive en una línea de ferrocarril’, es un anglicismo procedente de Hispanoamérica, aunque también es una función de tipo matemático.

A veces avanzamos distintas personas hasta un mismo lugar (*congregior*), es decir, nos congregamos para una actividad concreta. Si esa reunión es primordialmente de personas de ciencia o de Universidad estamos en un **congreso**. Y hasta allí vamos los **congresistas** para aprender y enseñar, para intercambiar conocimientos. Es posible que dentro de las actividades del congreso subamos al monte o tengamos contacto con la naturaleza, y veamos a alguien tirar materia orgánica; si le decimos algo, también es posible que nos diga: “No importa, es **biodegradable**”.

Podemos avanzar hacia alguien (*aggredior*), y esto ya desde el latín tenía un matiz belicoso, de ir con cara de pocos amigos, por lo que la **agresión** y el espíritu **agresivo** iban aparejados al verbo. Y se puede avanzar hacia alguien con la idea de entrar (*ingredior*) en su casa, en su ámbito, por lo que el **ingreso** es la entrada en un lugar, y los **ingredientes** son los componentes que entran en cualquier receta de cocina o de medicina. Si el verbo contrario es *egredior*, hoy día nombramos a los **egresados** para indicar a aquellos que salieron de la Universidad, o de una empresa de la que el trabajo es eventual. Una vez que hemos ido a casa de alguien, hemos de volver a la nuestra, hemos de **regresar**. Es posible también que nos separemos del camino ya establecido, que hagamos una **digresión**, y no solo en el plano real y físico, por ejemplo en el relato de una aventura o de una narración; pero también es posible que demos pasos al otro lado de la vía o al margen de ella (*transgredior*), por lo que **transgredir** una ley es siempre caminar al margen de la misma.

En catalán y occitano se desarrolló la acepción *grau* con el sentido de ‘puerto en la desembocadura de un río’ a partir del escalón que forma la barra. Del catalán *grau* tenemos en castellano **grao**, que se aplica como nombre propio al de Valencia y de algunas otras ciudades levantinas como Castellón de la Plana; y se encuentra asimismo como topónimo.

Espero no haber sido un **agresor** de la lengua en este campo semántico, y haber ido indicando las distintas palabras **progresivamente**.



MUEBLE AL AUTOMÓVIL

(moveo)

El verbo latino *moveo, movi, motum* encierra la idea general de ‘mover, agitar, excitar’. Ya hemos visto en la introducción del capítulo anterior (cap. 24) la velocidad a la que los romanos caminaban, si bien a caballo podían **move** con mayor rapidez. Pero gracias a la invención e incorporación del **motor** a los medios de transporte, el hombre pudo alcanzar velocidades mucho mayores que cuando la única fuerza **motriz** era la humana. Tan solo el caballo le ayudaba a recortar los tiempos de los trayectos...

En épocas medievales y hasta hace dos siglos, el hombre dependía en sus transportes del remo, de la vela y el viento, de las propias fuerzas. Pero pudo ponerle motor a la bicicleta construyendo la **motocicleta** o **ciclomotor**, con la que consigue ir tan rápido que decimos “fulano va/está como una **moto**”. Y al coche de caballos lo convirtió en **automóvil**, ‘que se mueve por sí mismo’, y siguió teniendo caballos, pero de vapor; y la barca y la nave se convirtieron en **motonaves** o en **motoras** para surcar los mares con más celeridad. Sabemos que el **movimiento** se demuestra andando, y hoy día hay campeonatos de todo tipo para ver quién es el más rápido en esas carreras, sean a pie, en **motociclismo**, **automovilismo**, etc. No siempre queda claro quién ha ganado o

si alguien ha cometido una infracción; es preciso entonces acudir a la **moviola**, aparato usado para visionar imágenes a la velocidad deseada parando la imagen o haciéndola retroceder.

De todos modos, al hablar de motor no tenemos por qué pensar necesariamente en complicados mecanismos que somos capaces de accionar, motor es todo lo que mueve o pone en movimiento, y por eso en la filosofía del bachillerato estudiábamos las cinco vías de santo Tomás de Aquino para demostrar la existencia de Dios, y aquello del primer **motor inmóvil**, del que por cierto ya habla Aristóteles en el libro XII de la *Metafísica*.

En casa, en la finca, en nuestro **inmueble**, tenemos objetos **muebles** (de nuevo la dichosa vacilación b/v), es decir **movibles**, que de hecho los cambiamos de lugar cuando tenemos que hacer una reforma, cuando queremos en definitiva. En la finca rural podemos tener **semovientes**, es decir, animales que se mueven por sí mismos, y hacer podas sistemáticas en los árboles con la **motosierra**.

En los países desarrollados prácticamente todos los hombres, incluso niños de edades tempranas, tenemos hoy ya un **móvil**, algo que hace años, cuando Agatha Christie escribía aquellas maravillosas novelas de suspense, solo los asesinos tenían. Y es que para Poirot, aquel célebre detective creado por Agatha, lo más importante era eso, encontrar los **motivos** por los que se había llevado a cabo el asesinato. Aquellas novelas, como las películas de Alfred Hitchcock y de otros maestros del suspense, tenían **momentos** (< *movimentum*, ‘instante’) especiales que cuantos hemos leído o visto en el cine podemos recordar. A mí me **conmocionaba** la sangre fría con que algunos protagonistas preparaban el crimen. Todo tan estudiado, tan calculado. Parecían tan cerebrales, tan poco **emotivos** que nos helaban la sangre. ¿Recuerdan ustedes a Ray Milland, protagonista de *Crimen perfecto*, planeando asesinar a Grace Kelly?

Hoy día, sin embargo, los niños son muy **moviditos**, y quizás por influencia de la televisión y de otros recursos electrónicos están acostumbrados a vivir desde pequeñajos **emociones** tan fuertes, que o son muy sensibleros (prueba de ello es la cantidad de **emoticones** que colocan en los mensajes) o lo contrario, parecen insensibles a toda **moción** interior. Ya nada les mueve. Para **motivarse** necesitan nuevas emociones, quizás por ello

crearon la **movida**, que en los primeros años de la Transición y hasta mediados de los ochenta tuvo el adjetivo de ‘madrileña’, pero que hoy se ha extendido por todo el país y fuera de él. Necesitaban música (quizás solo ruido, mucho ruido) que acompañaban con buena dosis de movimiento corporal. Nada tenía que ver con la música clásica, donde las sinfonías están divididas en **movimientos** (normalmente cuatro), y que algunos —como el segundo de la quinta de Beethoven— llevan tempo precisamente de *andante con moto*, es decir, “tranquilo con un poco de vivacidad”. Aquellos jóvenes duermen hoy más tranquilos porque saben que ya no hay **movilizaciones** para ir al ejército, aunque se **movilicen** contra la captura de la foca, para acudir a un gran concierto, o para una concentración de **moterros**, por ejemplo.

Pero hay otros tipos de moción, como las de censura, que son para **remover** (‘mover hacia atrás, apartar, alejar’) del cargo a un político, o a un directivo de empresa, etc., porque en cualquier sociedad u organización nadie es **inamovible** por sí mismo. Hay que ser muy cauto en política, porque “quien se mueve no sale en la foto”, dijo Alfonso Guerra en su día; y si sale, puede que la foto haya quedado **movida** y no se distingan bien las personas. Hay que precaverse también para que los **removidos** de su puesto, desde un control **remoto**, aquel que se ejerce desde lejos, no quieran venganza y preparen un **motín**. Nunca he estado a favor de las posturas **inmovilistas**, que nada bueno traen, pero de ahí a los **amotinamientos** hay un largo trecho.

Hay países que por su configuración geológica son propicios a los **terremotos**, esos movimientos de tierra que producen cientos de muertos y desgracias de todo tipo. A veces el epicentro está situado en el mar, y nos dan entonces noticias de **maremotos**. En la historia de la Península Ibérica es célebre el que ocurrió en Lisboa el 1 de noviembre de 1755. Los geólogos estiman hoy que su magnitud sería aproximadamente de 9 en la escala de Richter, con su epicentro en un lugar desconocido en algún punto del océano Atlántico a menos de 300 kilómetros de Lisboa.

Ser muy **emotivo** puede acarrear disgustos, sobre todo en la adolescencia, es como caminar sobre arenas **movedizas**, puede uno hundirse por sus impulsos. Los psicólogos tratan esos desequilibrios afectivos provocados por los continuos altibajos **emocionales**. Algunas enfermedades, o simplemente los muchos años cumplidos, nos hacen perder cierta **movilidad**, pero son peores

aquellas que nos afectan al cerebro o al sistema neurológico. Será necesario entonces que hagamos algunos ejercicios para mejorar nuestra **psicomotricidad**.

Las constructoras e **inmobiliarias** suelen tener su **promotora**, la que ‘mueve hacia adelante’, la que **promueve** la campaña de ventas, pero hay que tener cuidado porque a veces nos intentan **vender la moto**, parece que nos consideran **motolitos**, ‘bobos, fáciles de engañar’. Para vender, para conseguir colocar en el mercado los productos que generamos necesitamos **promover**. Para ello es importante cierta ética, ser un hombre de principios **inamovibles** (acuérdense de Groucho Marx que decía: “Estos son mis principios, señora, pero si no le gustan, tengo otros”), sobre todo cuando están bien asentados y la persona ha alcanzado una sólida formación, pero que estos no supongan **inmovilidad** y rigidez, sino que conlleven una sana flexibilidad.

Para terminar este capítulo quisiera decir que el tema no me ha sido impuesto por nadie, sino que lo he escogido **motu proprio**, por propia iniciativa o impulso. Después de este capítulo, espero que salgamos todos con la cabeza un poco mejor **amueblada**.



YACE AQUEL SUJETO QUE...

(iaceo)

Existen en el mundo latino tres posiciones básicas para el hombre: estante, sedente y yacente. Esta última, la de ‘estar tumbado, estar echado’, de donde se seguirá la de ‘estar abatido’ y posteriormente ‘estar muerto’, se expresa mediante el verbo *iaceo*, *iacui*, de donde tendremos **yacer**; esta es la que vamos a contemplar en este capítulo.

En escultura hablamos de postura **yacente** (y nos vienen a la cabeza esos majestuosos Cristos de Gregorio Fernández) frente a la sedente, estante u orante. El lugar donde uno está tumbado es la **yacija**, que puede entenderse tanto en el sentido de ‘cama’ (particularmente la que es muy pobre, por ejemplo la formada por un montón de paja) como en el de ‘féretro’, dependiendo del estado de quien está tumbado. De los estratos que hay en un lugar hablamos de **yacimiento**, término que normalmente se vincula al mundo de la arqueología. Para los arqueólogos es importante observar las **jacillas** (< *iacilia*) o huellas que un objeto ha dejado en la tierra sobre la que ha estado

durante algún tiempo. Excavan para ver qué **subyace** a las capas más superficiales; lo mismo que el investigador, el policía debe profundizar para ver las causas **subyacentes** o **adyacentes** a una investigación.

Junto al verbo intransitivo, que marca únicamente el estado de la persona, tenemos el transitivo, *iacio, ieci, iactum*, que es ‘lanzar, disparar, proferir’. Derivado de un verbo *iaculor* tenemos la **jaculatoria**, que es como un dardo, un **jáculo**, una plegaria que se lanza contra la divinidad para hierirla y provocar que nos escuche y atienda. Pero tenemos **eyacular** y la **eyaculación**, donde vemos claramente la idea de ‘lanzar con fuerza desde’, que aunque se refiere a cualquier líquido, el uso del término ha hecho que se especialice en la expulsión del semen; y también el menos usado **eyectar**, ‘expulsar con fuerza’, que es **echar** fuera de sí aquello que sobra, realizar la **deyección**, que aun siendo cultismos se usan en lenguajes rurales como eufemismos.

Pero también se puede ‘echar en’, es decir **inyectar**, que puede ser desde dinero en una sociedad en quiebra, hasta cemento en la base de un edificio que amenaza ruina, pasando por moral sobre un grupo desencantado, etc. Todo ello son **inyecciones**, palabra de la que quienes pasamos largos períodos de nuestra infancia en cama no tenemos buenos recuerdos. Y lo son las que se inyectan en coches con dispositivo **TDI** (*Turbodiesel Direct Injection*), tipo de motor con cámara de combustión, cuyo concepto de inyección directa se remonta al origen mismo del motor diésel, por más que el hablante medio no lo ponga en relación, sistema que se inicia en 1986. Anteriores son los aviones **jet** (< *to jeter*) o de propulsión a chorro. Y de ahí derivará más tarde la **jet set**, concepto atribuido al periodista Igor Cassini, utilizado para describir a una elite de personas ricas que participan en actividades sociales inalcanzables para el común de los mortales, y que tras largos viajes sienten el **jet lag**, trastorno físico provocado por el desfase horario entre el punto de partida y el de llegada, cosa que sí es común a todos los mortales. El término derivó del estilo de vida de este grupo exclusivo, que acostumbra a trasladarse en aviones (*jet aircrafts* en inglés). Esta gente a veces es bastante **jactanciosa**, es lo que tiene el dinero, se **jactan** de poder disponer de su tiempo, dinero, personas... sin depender de nadie.

Podemos arrojar algo hacia adelante, es decir, **proyectar**. Y eso precisamente es nuestro **proyecto** de vida, algo que tenemos ante nuestros ojos. En el armamento griego antiguo ya existían los **proyectiles**, aquellos objetos que se arrojaban con fuerza hacia adelante; pero también podemos **objetar**. En los primeros años de la democracia, quienes no querían hacer el servicio militar podían declararse **objeto**res de conciencia, y realizaban un servicio social sustitutorio por el mismo período de tiempo. Si vemos algo delante de nosotros, un **objeto** arrojado a nuestra vista sin que nos afecte directamente, podemos **conjeturar** de qué se trata.

En la Edad Media esta raíz había dado palabras como **trasechador**, ‘prestidigitador’. Del francés *jeter* vino *jeton*, que proporcionó nuestro **guitón**, ‘especie de ficha que se utilizaba en el juego’; y **gitar** como ‘echar, vomitar’.

Hay etapas de la vida en que algunas personas nos **echan** un pulso; pueden sentirse un **desecho** de la sociedad, se sienten rechazadas, **abyectas**, aunque no hayan hecho nada malo. Debemos convencerlas de que tienen un punto de vista **subjetivo**, que depende de ellos mismos, que está pendiente del **sujeto**. En esas situaciones es muy difícil ser **objetivo**; habrá que analizar la **trayectoria** que ha llevado desde antes de comenzar esa delicada situación y si le trata un especialista deberá conjeturar algún momento crítico del pasado. Un cuidadoso análisis de las **interjecciones** pronunciadas y de los **adjetivos** empleados podrá quizás dar luz para ver de dónde procede ese sentimiento de **abyección**.

De *amicio*, ‘echar alrededor’, verbo que en latín indicaba la forma de colocarse determinadas prendas rodeando a la persona, frente a la vestimenta que se introduce por la cabeza, tenemos **amito**, prenda relegada hoy al lenguaje eclesiástico, que se coloca el sacerdote alrededor del cuello, bajo el alba, como motivo higiénico.

La naturaleza de estos dos verbos no ha sido **óbice** para que hayamos terminado otro capítulo de estas etimologías encadenadas.



COPITA DE ORUJO
PARA QUIEN ME
DEVUELVA LA CARTERA

(volvo)

Hemos visto ya en otro capítulo anterior la idea del giro y de la rueda. Era la raíz de ‘ciclo’ (cap. 7). En este vamos a ver una actividad complementaria, de gran rendimiento en el mundo romano, la de ‘rodar, volver, enrollar’, que la expresaron mediante el verbo *volvo*, *volvi*, *volutum*. La diferencia está en que *volvo* expresa el giro de un objeto en torno a sí mismo, mientras que la rueda gira ella entera en una superficie externa.

Del infinitivo *volvere* tenemos el español *volver*, y la *vuelta*, que es la acción de volver. No deja de ser curioso que una marca registrada en Suecia por primera vez por SKF el 11 de mayo de 1915 con la intención de utilizarla para una serie especial de rodamientos de bolas para el mercado estadounidense tuviera el nombre de *Volvo* (‘yo ruedo’), marca sueca de automóviles bien conocida hoy día. (A modo de paréntesis y puestos con marcas latinas de coches, el nombre de la casa Audi, ‘escucha’, se debe al hijo de uno de los promotores, August Horch, que le puso como nombre el

apellido de su padre, pero en latín, porque en alemán estaba ya registrado en otra actividad. Se unieron cuatro empresarios, de donde el símbolo de los cuatro anillos enlazados).

Pero **volvamos** al tema, que me enrolló. De niño me regalaron un camión **volquete**, que duró lo que suelen durar estos artefactos en manos de un niño, quizás un poco más, que yo era niño bueno; hoy día existen medios más sofisticados para descargar la mercancía de un camión. Y sistemas **antivuelco** en los autobuses, porque en las últimas décadas varios autocares de pasajeros han **volcado** por terraplenes o arcenes de carretera, sobre todo en trazados con muchas vueltas y **revueltas**, causando numerosas víctimas. Hoy **volcamos** en un archivo informático los datos que tenemos de otro ordenador o que extraemos de Internet.

Los gimnastas, acróbatas y **volteadores** dan vueltas sobre sí mismos, **volteretas**. Y deben tener cuidado en sus entrenamientos, no sea que si dan un gran salto en ese **voltear** su cuerpo lleguen hasta las **bóvedas** (< *volvita*) del recinto donde se ejercitan y **evolucianan**, y puedan causar daños irreparables, por ejemplo golpeando o dejando marcas en las **volutas** y **contravolutas** de alguna columna o de alguna moldura. Voltean las campanas, aunque también oigamos volean, y hay quien eche campanas al vuelo. Una canción popular comienza así: “Ya volean, ya volean / las campanas de Olivares, / porque dicen que se ha muerto / la condesa de Altos Mares”. Existe todo un lenguaje con ellas y los campaneros han conseguido durante siglos que el **volteo**, con sus diferentes cadencias y tiempos, llame al pueblo a una función u otra.

Vimos en el tercer capítulo cómo griegos y romanos escribían sus obras con el cálamo, lo hacían en papiros que más tarde se enrollaban sobre sí mismos para guardarlos en los anaqueles de la pinacoteca, eran los **volúmenes**. Una obra podía ser muy larga y no caber en un solo rollo, por lo que había que dividirla en varios volúmenes, como hoy las grandes enciclopedias, vaya, que a su vez se subdividen en tomos, es decir, ‘división, corte’. Esas obras resultaban, por ello mismo, **voluminosas**. A partir de este primer significado adquiere el de grande, de mucho tamaño. Por ello dicen los expertos del arte que frente al románico, que es más volumen, como una serie de piezas que se van anexando unas a las otras, el gótico es más comprensible como espacio interior, como si fuera excavado en una cueva; el románico

tiene, por tanto, **volumetría**. Y volviendo a los papiros, para poder leerlos era necesario **desenvolverlos**, desenrollarlos, poco a poco, con un leve giro de las manos. ¿Sabían ustedes que tras la desamortización de Mendizábal (1835), esa desacertada decisión que se llevó por delante la cultura encerrada durante siglos en los monasterios españoles, hubo lugares como Sangüesa en que algunos pescaderos **envolvían** los jureles con páginas de códices miniados provenientes del monasterio de Leire? Como lo oyen.

Hemos hablado del arte románico; en geometría es fundamental la **evolvente** (palabra sin reflejo en el *DRAE*), curva plana que se obtiene cuando se desenrolla un hilo tenso de un carrete circular. El cilindro a partir del cual se crea la evolvente se denomina circunferencia base o **evoluta** de la curva en cuestión.

Personas **volubles** son difíciles de tratar porque fácilmente se pueden volver alrededor, es decir, son de carácter inconstante. A veces son muy **desenvueltas**, por lo que tienen más peligro en la conversación, porque utilizan en su hablar tácticas **envolventes**, que no te dejan reaccionar. Estas personas pueden **revolverse** en un momento determinado ante una decisión que no les ha gustado y pueden jugaros una mala pasada. Incluso, si son violentas, podrían tomar un **revólver** (< ing. *revolver*, por su cilindro giratorio) y liarse a tiros con aquellos que están alrededor, como ya ha pasado alguna vez en Estados Unidos. A veces solo quieren darse un **revolcón**, de todo hay. En ocasiones se andan con muchos rodeos o **circunvoluciones** para llegar al sitio que quieren. Normalmente, por su carácter narcisista, no se **involucran** en los problemas de los demás, pero a la hora de reclamar derechos para sí mismos, no se cortan. Incluso pueden resultar unos **revolucionarios**. Esta palabra en un principio se usó tan solo en el lenguaje astronómico para indicar la vuelta, el giro que la Tierra hace cada año en torno al Sol, y únicamente a partir de la **Revolución Francesa** (1789) comenzó a usarse haciendo alusión al giro político que unos cuantos hombres pretenden hacer. Pero hoy día las **revueltas** han **evolucionado** mucho, han dado un **vuelco** completo, se ha conseguido una milagrosa simbiosis entre burguesía y espíritu combativo, por muy indignados que se presenten en sociedad. Ya nada es lo que era. Los **revoltosos** parecen **estar de vuelta** de casi todo.

Metidos en politiqueros, es posible que en las tertulias escuchemos alguna vez la palabra **convoluto**, término que no aparece en el diccionario de la RAE. Viene a significar ‘resultado de la acción de enrollar, de envolver, embrollo’, en definitiva, corrupción. Estuvo de moda en los años noventa del siglo pasado por haberla utilizado el embajador de Alemania en España en lo que fue el canto del cisne del gobierno de Felipe González. Fue el momento en que se juntaron la Expo de Sevilla, Roldán, el Banco de España, el hermanísimo de Alfonso Guerra, el caso Filesa, etc. El embajador participó en una serie de asuntos de comisiones para conseguir favores para empresas alemanas, especialmente las licencias de obras para la ampliación de la fábrica Seat y el AVE Madrid-Sevilla con Siemens como protagonista; lo pillaron, pero murió antes del juicio. Y así, en **convolutos** andamos metidos desde hace años en todos los niveles: políticos, sociales, culturales, incluso religiosos.

La misma raíz llega al lenguaje técnico, y así, a la oruga de la vid, de cuerpo amarillo verdoso y cabeza parda, se la conoce con los nombres de **convólculo** o gusano **revoltón**, por las formas que adquiere enrollándose en círculo entre los pámpanos de la vid.

A veces elegimos para nuestras vacaciones un pintoresco **valle** (< *vallis*), aunque desconozcamos que en su raíz está la idea del lugar “hacia el que ruedan las piedras desde las montañas”. Crucemos los dedos para que no nos arrollen. Decenas de topónimos comienzan en nuestro país con Val-, incluso con Bal-, como **Balsaín**, etc. Allá nos vamos con toda la familia en nuestro **monovolumen**. Es posible que en esas vacaciones tengamos que acudir a una boda, que suele abrir su baile con un **vals** (del alemán *Waltz*, ‘baile en el que hay que girar’) —con el que tan mal lo pasan a veces los novios a pesar de sus ensayos—, que es el baile en el que hay que dar vueltas y girar. Quizás hayamos entrado al restaurante atravesando unas puertas giratorias o **valvas**, de las que ya había en Roma con ese mismo nombre; y es posible que en el banquete, como entrantes, nos hayan puesto algunos mejillones, moluscos **bivalvos**, y algún **revuelto** de setas y ajetes. Los **revoltijos** gustan mucho en la cocina actual, donde hay **avolvimiento** o mezcla de distintos ingredientes, con el huevo como protagonista. Estos actos sociales son a veces auténticas **válvulas** de escape en momentos de especial tensión en nuestra vida.

Ya termino. Lo hago con un triste recuerdo. Una vez me robaron la cartera en la Universidad, en mi propio despacho, y hubiera dado un buen vaso de **orujo** (< borujo < *voluclum*, a partir del hollejo o **envoltura** de la uva pisado y fermentado) casero, de aquel que hacía mi abuelo de unos 50 grados, para quien me la hubiera **devuelto**. Pero aunque di muchas vueltas para dar con ella y conste que **revolví** Roma con Santiago, nada conseguí.



(fero)

Dentro de la gramática latina hay verbos perfectamente regulares. Han tenido la amabilidad de ofrecernos un paradigma completamente lógico: *amo, amavi, amatum*. Hay otros, en cambio, para desesperación de los alumnos, que se parecen a esos niños que en los primeros años de la adolescencia pegaron un estirón en las piernas, pero no tanto en el cuerpo, y necesitan ahora llevar un traje no bien combinado, con la chaqueta de su talla, los pantalones de su hermano mayor, el chaleco de un amigo. Así le pasa al verbo *fero, tuli, latum*, que funcionó a base de préstamos que le fueron haciendo otros verbos. Contiene una idea general de ‘llevar, traer’, pero de “llevar una noticia” pasó a significar ‘decir’, y de “llevar un peso” adquirió también el sentido de ‘soportar, tolerar’.

Algo que lleva fruto, que produce bienes, es **fértil**, y si lleva mucho fruto es **feraz**. Algo que se lleva es el **féretro**, que adquiere la connotación especializada de “ataúd para llevar el cadáver”. Para que la tierra produzca más, es necesario que se le echen **fertilizantes** a sus debidos tiempos. Una tierra que produce entra en la esfera de la **fortuna**. Pero **Fortuna** fue siempre una diosa caprichosa, simbolizada por una mujer desnuda apoyada en una rueda que está constantemente girando. Es la “Rueda de la Fortuna”, y puede

darnos la espalda o venirnos de cara, expresiones de nuestro acervo idiomático. En los *Carmina Burana* hay varios poemas, immortalizados por los coros de Carl Orff, donde se nos habla de su volubilidad: “Oh Fortuna, como la luna, siempre creces o decreces [...]”. Por ello se dice que la fortuna es **fortuita**, azarosa, hay hombres que se enriquecen con sus golpes y muchos otros **desafortunados** que están sometidos a ese **infortunio**. Uno de los nombres típicos de esclavo en la antigua Roma es precisamente **Fortunato**, que le viene bien teniendo en cuenta que la Fortuna puede tener un signo positivo o negativo y que, montada en su rueda, puede cambiar completamente. Plinio fue el primero que habló en su *Historia Natural* de un archipiélago de islas en pleno océano Atlántico, al que llamó *Fortunatae Insulae*, **Islas Afortunadas**, que hoy conocemos como Islas Canarias.

Son muchos los que llevan alguna cosa, los podemos seguir en español rastreando el sufijo *-foro* (del griego) o *-fero* (del latín). Desde el **doríforo**, ‘el que lleva la lanza’, que estudiábamos en la historia del arte; hasta el **semáforo**, ‘que lleva una señal’ que nos regula nuestras prisas mañaneras; pasando por el **fósforo**, ‘que lleva luz’, nombre que se dio en la antigüedad al planeta Venus; desde el **melífero**, ‘que produce miel’; hasta los **turiferarios**, ‘que llevan el incienso’; pasando por los **crucíferos**, ‘los que llevan la cruz’. La lista de palabras sería interminable, pero no podemos dejar de citar a **Cristóbal** (< *Cristóforo*), “que lleva a Cristo”, que hace alusión a la leyenda medieval del gigantón que vadeaba un río pasando a la gente a hombros. Un día se le apareció un niño en la orilla que le pidió pasar a la otra ribera, pero con ser tan pequeño el gigante no podía dar ni un solo paso. “¿Por qué no puedo avanzar siendo tú tan pequeñín?”, le preguntó. “Porque yo soy Cristo y llevo sobre mis hombros los dolores, quehaceres y pecados de toda la humanidad”. Aquel gigante, que podemos ver pintado en tantas catedrales góticas, tomó el nombre de **Cristóforo**, aunque es conocido popularmente como Cristobalón.

Hay quienes **ofrecen** dones (recordemos aquella dama **oferente** del arte minoico) y quienes **ofrendan** nada menos que su vida por una causa noble; en la Iglesia hay muchas comunidades que llevan por nombre **oblatos** u **oblatas**, es decir, **ofrecidos**. Estos religiosos suelen hacer la **ofrenda** de sus votos en una parte de la misa llamada **ofertorio**, momento en que se ofrecen los dones del pan y el vino, en presencia de un **prelado** (< *praelatus*). La **oblea** es

precisamente la hoja muy fina de harina y agua con la que se hacen las hostias que luego van a comulgar. La austeridad de algunos monjes en la Edad Media hacía que acostumbraran a comer en la **hortera** (< *offeratoria*), o escudilla de madera. No era muy elegante; por ello, con el tiempo el término acabó aplicándose a algo vulgar y de mal gusto, y han surgido en nuestro siglo las **horteradas** con un sentido bastante distinto.

Del compuesto *aufero*, ‘quitar, llevar, separar’, tenemos la **ablación**, terrible en algunos casos como cuando se trata de la del clítoris, practicada aún en el mundo a millones de mujeres, pero **preferimos** hablar del caso **ablativo**, el que nos indica la separación de un lugar o de una persona. De la **circunferencia** ya hemos hablado con **antelación**, en otro capítulo dedicado al círculo (cap. 7).

Existe **referir** como sinónimo de contar, que tiene su paralelo en otro verbo surgido de la otra raíz del verbo latino, **relatar**. Nosotros no tenemos por qué **diferir** o **dilatar** ya más la idea de cómo hoy día un hombre puede ser **referente** para muchos jóvenes, pero debe evitar **interferir** en su vida personal, porque puede alejarlo de la confianza que habían depositado en él. Los jóvenes de hoy no son **indiferentes** a la **oblación**, a la entrega que los educadores hacen en su favor. El educador, sin embargo, se enfrenta hoy a uno de los grandes rasgos **diferenciadores** del joven respecto a épocas pasadas, la **indiferencia**, el pasotismo, lo cual le obliga a realizar un esfuerzo **superlativo** (< *superfero*) en la motivación. La personalidad de algunos jóvenes corre el riesgo de quedar hoy anulada con **relativa** facilidad, dejándose llevar de la moda o de la apetencia personal, pero sin un criterio sólido; viven en la **periferia**, sin adentrarse en su interior. A veces **profieren** con exigencia sus derechos, pero poco hablan de sus deberes, que los **trasladan** a los mayores: padres, educadores, gobernantes. Esto les **confiere** una falsa seguridad (cf. irresponsabilidad). Viven en un mundo de **relativismo** intelectual y moral, donde no es fácil construir; pero no seamos simplistas, no siempre la culpa la tienen los otros.

Actualmente la OMS ha llamado la atención sobre la esterilidad de los hombres en distintas **conferencias** mundiales, por lo que se están llevando a cabo programas de **fertilidad** en las parejas, pero no se fíen de algunas **ofertas**. De estos temas no hay que hablar con **metáforas**, el problema existe, y tampoco

hay que dejarse llevar por la **euforia** acerca de los métodos empleados, porque no siempre funcionan. Hay mucho **sufrimiento** (< *suffero*) en las parejas que experimentan todos esos métodos, especialmente la mujer, y esto conviene traerlo siempre a **colación**, porque corremos el riesgo de olvidarlo.

Estarán ustedes de acuerdo en que de algunos temas que la clase dirigente política nos impone, sería **preferible** hacer un **referéndum** ('lo que ha de decirse'), que es la "acción de someter a la aprobación pública por medio de una votación algún acto importante del gobierno". El despotismo encubierto se hace **insufrible**. En nuestro país el gobierno central ha ido haciendo **transferencia** de casi todas sus competencias a las comunidades autónomas.

Por mi parte, yo solo he pretendido en este capítulo **transferirles** a ustedes algunas curiosidades etimológicas. Espero haberlo conseguido.



MONUMENTO A LA MEMORIA

(mem-)

La capacidad de recordar le hace también distinto al hombre de los demás animales. Algunos de ellos, como los peces, son un ejemplo de la dificultad de recordar. Se dice que tan solo se acuerdan de aquello que han experimentado durante los tres segundos anteriores. “Tengo memoria de pez”, dicen algunos. Frente a ellos están los elefantes como paradigma de una memoria prodigiosa. Por ello G. L. Bernini levantó en Roma un monumento a la memoria histórica de la ciudad consistente en un elefante de bronce sosteniendo un obelisco egipcio. Podemos verlo delante de la iglesia de Santa Maria sopra Minerva, muy cerca del Panteón. Pretendía que Roma volviese a tener conciencia de lo que había sido en su día. “Tener memoria de elefante” sigue siendo hoy frase proverbial.

Es una de las tres facultades intelectuales del hombre: inteligencia, memoria y voluntad, pero quizás una de las menos valoradas. Por eso nos podemos encontrar con personas que jamás admitirían que son cortas de inteligencia, porque casi equivaldría a reconocer que son tontos o un poco cortitos, pero no se ruborizan nunca al decir que tienen muy mala memoria,

incluso pueden cacarearlo para justificar ciertos olvidos en llamadas telefónicas, ausencias a compromisos, faltas de detalles humanos... Ya me conoces, ¡tengo una memoria!

En latín la raíz *men-* engloba los movimientos y actividades del espíritu. Por ello, la **mente** y la actividad **mental** hacen relación a los procesos cognitivos del hombre. Hoy día, una enfermedad se ha extendido entre la población de la tercera edad, la **demencia** senil, un deterioro progresivo e irreversible de las facultades mentales que causa graves trastornos de conducta. Un **demente** es alguien que ha perdido la cabeza, y **dementar** es volver loco a alguien. Muy parecida es la **amencia**, trastorno de la razón, locura, aunque la palabra indica que la persona no la ha tenido nunca, no que la haya perdido. Muchas personas, en cambio, están en su sano juicio, pero quieren hacerlo todo muy rápido, son impetuosos, **vehementes**, y nos desquician a los que somos tranquilos de carácter, porque “las prisas siempre fueron malas consejeras”.

A veces tenemos a alguien en la mente, *in mente* que dicen algunos pedantes, y casi inconscientemente lo **mentamos**, porque nos viene así a la cabeza, es decir, lo **mencionamos**. Pero nos puede traicionar el subconsciente y decir algo que no se ajusta a la verdad, **mentir**. Y surgen esos lugares oficiales donde se habla de todo y de todos, tertulias y programas de televisión donde todo está permitido, los **mentideros**, donde periodistas e invitados acuden a **comentar** cosas. En esas **mentiras** siempre suele quedar alguien malparado, por lo que en algún momento podemos y debemos **desmentir** lo dicho. ¡Por justicia! Es interesante saber que eso es lanzar un **mentís**, sustantivo que procede directamente de la segunda persona de plural del verbo mentir.

Para recordar a alguien surgieron los **monumentos**, que no tienen por qué ser grandiosos o muy artísticos, tan solo tienen que darnos los datos o las claves que nos evoquen a alguien; por eso, y aunque a alguien le parezca extraño, las tumbas fueron en un principio los monumentos por excelencia. En ellas se nos recuerda quién yace allí, cuántos años vivió, sus familiares, etc. Estas tumbas de tiempo **inmemorial** podían ser suntuosas, podían llegar a ser de grandes dimensiones —como las pirámides— o de gran belleza artística —como algunos mausoleos (llamados así a partir de la tumba de Mausolo,

sátrapa de Caria)—, obras de arte, es decir, monumentos en el segundo sentido. Así es como la palabra se distorsionó con el tiempo, y pasó a ser una obra de grandes dimensiones o de gran belleza. El sentido funerario se mantiene cada Semana Santa cuando el día de Jueves Santo se monta en las iglesias el monumento que recuerda la tumba de Jesucristo. “El primer día de la semana María Magdalena fue al monumento...” (Jn 20, 1).

Es curioso que para los latinos la **memoria** residiera en el corazón (*cor, cordis*), por lo que algunas palabras relacionadas con esta función tienen esta misma raíz, como ‘recordar’ o ‘acordarse de’, que propiamente es hacer pasar por el corazón una noticia, un acontecimiento, un rostro... Otras lenguas modernas siguen manteniendo la expresión que nosotros traducimos por **de memoria**, con expresiones basadas en el corazón (*by heart* en inglés, *par coeur* en francés, no es otra cosa). Se cuenta en la vida de Lope de Vega, tan prolífico y feraz durante toda su carrera, que tenía un amigo a quien llamaba ‘**memorilla**’, al que mandaba a las tertulias de los poetas de la época en las que estos recitaban sus últimas creaciones, inéditas desde luego. Se dice que memorilla era capaz de recordarlas más tarde dictándoselas a Lope al pie de la letra, que las publicaba como propias antes que los demás. Hoy día a ese tipo de seres se les llama simpáticamente **memorión**, y a los que son como Lope con otra palabra que no transcribiré...

A veces hay que hacer un **memorial**, o un **memorándum** con un latinismo crudo como referéndum, de toda una actividad, o de un año de gestión en una empresa, fundación, etc. Hemos hablado de tumbas y de monumentos, y es preciso hablar de los homenajes que se hacen *in memoriam* a la muerte de alguien importante a quien queremos recordar. Esto es **conmemorar** a alguien, y se pronunciará su nombre en el **memento** de difuntos de la misa correspondiente; aunque también se puede **rememorar** (recordemos *remember* en inglés) un acontecimiento, **rememorar** las glorias pasadas, los buenos años vividos.

La raíz hermana del griego (*mne-*) nos ha dejado preciosas perlas, desde las reglas **mnemotécnicas** o **memorísticas** que nos ayudaban a **memorizar** mejor las fechas y acontecimientos mediante la relación de objetos o personas, y nos brindaron en su día buenos resultados académicos, hasta la peligrosa **amnesia**, que es una pérdida total o parcial de la memoria (¿recuerdan ustedes el

argumento de la película *Memento*, de Christopher Nolan?), y la **amnistía**, que es el olvido o perdón de los delitos, especialmente políticos. Existen varias enfermedades relacionadas con la memoria como la **paramnesia**, que nos hace reconocer lugares o situaciones nunca vistos ni visitados como ya vividos por nosotros; la **hipermnesia**, una excesiva retención de datos e ideas inútiles de momentos concretos de nuestra vida; o la **dismnesia**, disfunción del reconocimiento y de la localización del recuerdo.

Ha habido unos años en la educación en que se despreciaba la memoria, o al menos se insistía en que no había que fomentarla. Esta **mentalidad** en la pedagogía parece que ya va pasando. En la historia se daba prioridad a la “Historia de las **mentalidades**” sobre lo que llamaban despectivamente “datos fríos de fechas y nombres”. Cambian los métodos, pero vemos cómo aumenta cada año el fracaso escolar en nuestro país. Hay niños que necesitan en su educación un buen **mentor**, nombre que procede de **Mentor**, amigo de Ulises y consejero de Telémaco. Otros son tan **mentecatos** (< *mente captus*) que necesitarán de muchos si quieren sacar algún provecho.

Y tenemos de la misma raíz base **monitor**, ‘quien avisa’, y **monición**, ‘aviso, advertencia’, y un precioso **muñir**, que se define como “llamar o convocar a las juntas”. El **muñidor** es el criado de cofradía que sirve para avisar a los hermanos de las fiestas, los entierros y otros ejercicios a los que deben concurrir. Hay hechos o indicios que son **premonitorios** de lo que va a suceder, y no necesitamos de ningún **comentarista** en televisión que nos lo cuente. Cuando a alguien se le quiere advertir de algo, se le **amonesta**, palabra que ha quedado casi relegada al mundo deportivo, especialmente al fútbol con sus tarjetas amarilla y roja. En las iglesias, sin embargo, todavía podemos escuchar las **amonestaciones** matrimoniales, advertencias en las que se recuerda al pueblo que si alguien conoce algún impedimento grave para que no se realice el matrimonio anunciado tiene la obligación de decirlo.

En Roma sobre el monte Capitolino existía el templo de Juno Moneta, a quien se puso ese epíteto, la ‘avisadora’, porque se dice que los gansos que estaban junto al templo habían alertado a Roma con sus graznidos del ataque inminente de los galos en el año 390 a.C. Curiosamente, junto al templo, y bajo su protección, estuvo la primera ceca de Roma, donde se emitían esas piezas de metal que servían para los intercambios comerciales, que se

llamaban *nummus* (conservado en ‘numismática’, por ejemplo) y que con el tiempo pasaron a llamarse **monedas**, precisamente por el lugar donde se emitían. Posteriormente, y ya en español, surgirán el **monedero** para llevarlas, la **amonedación** o fabricación de las mismas, **amonedar**, que es acuñar, **monetario**, etc., términos todos muy presentes en tiempos de crisis económica. Y es el presidente del Fondo Monetario Internacional quien avisa a los distintos presidentes de Gobierno de las reformas que en materia económica deben hacer en su país.

Queríamos **mostrar** todo este campo semántico, ponerlo a la vista, enseñarlo para que ustedes lo vieran. Esto se suele hacer en los **mostradores**, pero surgió el **monstruo**, fenómeno extraordinario contra el orden regular de la naturaleza, que se nos manifiesta, el *memento mori*, ‘recuerda que has de morir’, que vemos en algunas tablillas artísticas. *Monstrare* expresa para objetos exteriores lo mismo que *monere* para las realidades interiores, morales, mentales. ‘Mostrar’ es, por lo tanto, indicar mediante signos, señalar una cosa, a fin de hacerla comprender. Y **demostrar** expresa la misma idea, pero reforzada.

Comenzamos este capítulo hablando del elefante de Bernini situado junto a Santa Maria sopra Minerva, pues bien, **Minerva** es la diosa del pensamiento, asimilada con Atenea, que nació de la cabeza de su padre Zeus. Su raíz está emparentada con mente y con todo este campo semántico. En español **de propia minerva** pasó a ser “de propia invención”, y **minerva** un tipo concreto de imprenta.

Es posible que me encuentre ahora un poco **desmemoriado**, pero ya no recuerdo muchos más términos. Y si hay más, que los tiene que haber, pues habré incurrido en un error **monumental**, que espero que ustedes y **Mnemósine**, diosa de la memoria y madre de las nueve Musas, me perdonen. Pero como para **muestra** basta un botón, creo que ya vale por hoy.



CABO LE DUELE EL BÍCEPS

(caput)

Parecía natural que eligiésemos al menos una parte del cuerpo humano para explicar toda una familia léxica de enorme fecundidad en nuestra lengua. Evidentemente, la parte más importante del cuerpo es la cabeza, sede de nuestra inteligencia y lugar donde residen los órganos que nos permiten percibir cuatro de los cinco sentidos.

Del latín *caput*, *-itis* tenemos en español **cabo**, que es en un principio la cabeza o parte primordial de algo. Puede ser también la parte más prominente de la placa continental, la cabeza que invade el mar. Y de ahí la navegación de **cabotaje**, que es la que se hace sin alejarse de los cabos, sin pernoctar en alta mar, típica de la antigüedad antes de que se conocieran bien las constelaciones, ya que los conocimientos de astronomía permitieron al marinero orientarse y poder navegar de noche. De ese primer sentido, ‘cabos’ pasó a significar lo que está al principio, de donde tenemos expresiones como **atar cabos**, o bien **de cabo a rabo** para indicar desde el comienzo hasta el final de una cosa, o **al fin y al cabo**. Por cierto, el catalán creó una palabra a finales del siglo XIX, **capicúa**, que ha pasado a nuestra lengua con este mismo sentido, es decir, ‘cabeza y cola’, para significar aquellos números o incluso palabras

(si bien aquí se denominan más bien palíndromos) que se leen igual comenzando por la cola o rabo que por el cabo, como por ejemplo “reconocer”, o bien frases como “dábale arroz a la zorra el abad”. Curiosamente, por ley psicológica de asociación por contraste ‘cabo’ pasó a significar ‘término’, de donde surgió **llevar a cabo** y más tarde **acabar** alguna cosa, por ejemplo un libro. Y del **acabose** que aparece al final de los libros, alguien puede llegar a ser ‘el acabose’, es decir, el no va más, el colmo de algo, lo último.

Pero **cabeza** procede de *capitia*, término del latín vulgar que se hablaba en Hispania. Tener la cabeza es tener toda la persona o el animal. Por eso el ganadero que tiene tantas cabezas de ganado tiene tantas reses. Y así tenemos al cabeza de familia, y los repartos de “a tantos por cabeza”, que por ser adulto y varón coincidía con “a tantos por barba”. Y por ello en economía se hablará de la renta *per cápita*, renta nacional dividida por el número de habitantes de un país. **Perder la cabeza** era perder la vida. La expresión se hizo con el tiempo metafórica, y la oímos hoy sobre todo entre los adolescentes: “fulanito está que pierde la cabeza por menganita”. Pero es que en la antigüedad no había metáforas que valieran, no se andaban con chiquitas, tras matar al enemigo se lo **decapitaba**, y se llevaba el vencedor la cabeza como trofeo colocándola a veces en un lugar público como escarmiento para quienes la vieran. Y si no, que se lo digan a Goliat, que se burló de la honda de David; a Juan Bautista, que molestaba a Herodías por cantarle las cuarenta en su adulterio; a Holofernes, víctima de Judit; a Tomás Moro en el cadalso de Londres; y a tantos otros... A veces se los **capolaba**, o hacía trozos. Más tarde se ha creado **descabezar**, pero tiene fundamentalmente un sentido figurado, y así se descabeza a una banda mafiosa, a un grupo terrorista, a un cártel de narcos, etc., atrapando a sus dirigentes. Algo más inocente es **capuzar** (< *caput* + *puteare*), que es meter a alguien de cabeza o bruscamente en el agua, zambullir, algo que hemos visto muchas veces en las películas del oeste americano.

Por ser una parte tan delicada, la cabeza hay que cubrirla y protegerla: del frío, de la lluvia, de los golpes, etc. Por eso las prendas de abrigo invernales llevan **capucha**. Cuando en 1528 una rama de los franciscanos se desgajó para formar una orden independiente, la capucha identificativa les

llevó a llamarse **capuchinos**. Ya en el siglo XX surgió en Italia un tipo de café con blanca espuma y rociado de canela, que coincidía con el color del hábito de la orden, el café capuchino (it. *cappuccino*).

O bien se tapa la cabeza por discreción. En Semana Santa nos encontramos a quienes se cubren bajo los **capirotos**. ¿Quién no ha oído alguna vez insultar a otro llamándole “tonto de capirote”? Y no solo la cabeza del hombre, sino la del caballo. Los romanos la protegían con una armadura llamada **capistro**; y la del coche, por ejemplo, con el **capó**, o la **capota**, aunque en verano sea una delicia viajar en un **descapotable**. Mala suerte si en un accidente usted tiene la desgracia de **capotar**, que es volcar un coche quedando el techo en el suelo, o bien un avión chocando en el suelo con su extremo delantero y dando la vuelta verticalmente.

El ejército ha sido siempre una institución pública que requiere una organización netamente jerárquica, es decir, necesita de cabezas que estén al mando. Imagínense a miles de hombres armados juntos sin nadie que oriente sus movimientos, avances, sus ataques... Por ello, si el **cabo** es quien está a la cabeza de un pequeño grupo de soldados, el **capitán** es ya la cabeza de una compañía. Uno y otro son **jefes** (del francés *chef*, que proviene a su vez de *caput*). Y procedente del francés penetra también en nuestra lengua en el siglo XVIII **cadete** (< fr. *capdet*). Pero los ejércitos improvisados o de insurgentes no llevaban capitanes sino **cabecillas**, a los que se solía decapitar si se les capturaba; o bien **caudillos** (< *capitellum*), que es exactamente lo mismo, pero que a veces gobiernan o **acaudillan** los destinos de un país durante muchos años, sin querer **capitular**. Si el mando es en una empresa, especialmente en trabajos agrícolas o en la construcción, se denomina **capataz**; si tiene a su cargo el ganado de labranza, lo llamamos **caporal**; si es en una banda mafiosa o grupo delictivo, es un **capo**. Pero también podemos encontrar a un **capitoste**, persona con mando o responsabilidad en una entidad. Entre los cargos eclesiásticos hallamos al **capiscoll** (< *caput scholae*), galicismo que indicaba el oficio del chantre o maestro de canto en las escuelas catedralicias.

Si pasamos al cuerpo humano, nos encontramos la palabra no solo en la cabeza, sino en múltiples músculos que, dependiendo de si tienen dos, tres o cuatro inserciones en su origen, o cabezas, son denominados **bíceps**, localizados en cada brazo, **tríceps**, que puede ser braquial o femoral, o

cuádriceps, ubicado en el muslo. También la vemos en el **occipucio**, y en esa zona **occipital** por la que se une la cabeza al cuello, esa misma que peligraba, ¡ay!, en las decapitaciones.

A veces las cosas no van bien en la vida, o no van como nosotros esperábamos; puede ser la economía, que nos hemos visto **capitidisminuidos**, o bien las relaciones laborales, o las sentimentales, etc. Esos problemas no los puede solucionar el médico de **cabecera**, desde luego. Los demás pueden vernos caminar **cabizbajos**, como un **cabestro**, y, si nos preguntan por qué, quizás les digamos que los negocios “van de cabeza”. Ojalá no seamos **cabezotas** o **cabezones** y se nos ocurra **precipitarnos**, es decir, lanzarnos al vacío con la cabeza por delante. Podemos subirnos a lo alto de un **cabezo**, incluso estar al borde del **precipicio**, pero debemos **recapacitar** a tiempo, antes de que sea tarde. En esos momentos puede haber amigos crueles que **menoscaben** nuestra actitud y esfuerzo. No son momentos de discutir, sino de **recabar** toda la información posible y la ayuda necesaria para volver a comenzar. Si logramos salir de esas situaciones, es posible que alguien nos elogie con un piropo bien castizo: “es usted una persona muy **cabal**”, es decir, que tiene la cabeza en su sitio, no sobre los hombros.

Tener dinero era (y es) muy importante, era **capital**, que en su evolución lógica desde el latín derivó en **caudal**. Por ello la **caja de caudales** es la caja fuerte donde conservamos nuestros capitales. Y quien posee un gran capital es una persona **acaudalada**, que en la Edad Media también tuvo el nombre de **caudalosa**, término utilizado hoy para una gran corriente de agua, pero no para una gran cuenta corriente, que precisamente si es grande es muy poco corriente. Y de ello el **capitalismo** tiene buena culpa, quiero decir los **capitalistas**, porque ideología y sistemas financieros no se encuentran en el aire, sino que se encarnan en personas concretas.

En arquitectura observamos las columnas, con su ensanchamiento superior, a modo de cabeza decorada, el **capitel**, y si lo que corona es una torre será **chapitel**. Del diminutivo **capítulo**, o ‘cabeza pequeña’, va a derivar el **cabildo** u órgano de gobierno de una catedral e incluso de una Comunidad Autónoma actual, como es la de las Islas Canarias. Los monjes contemplativos se reunían todos los días en una sala llamada **capitular**, denominada así porque cada día se leía allí un capítulo de la regla de la propia orden. A veces la vida

comunitaria necesitaba una corrección en público, la de aquellos errores que eran visibles a todos y muy evidentes: llegar tarde a una actividad, haber mostrado cierta voracidad en la comida, haber roto una herramienta en el trabajo, dar **cabezadas** en la oración... Tenía entonces lugar el **capítulo de faltas**, donde los implicados se acusaban y pedían perdón a la comunidad públicamente. En nuestro español conservamos todavía esa expresión de **llamar a capítulo** cuando un superior (padre, maestro, jefe de oficina, etc.) llama a un súbdito para reconvénirle en algún punto. Pero con el adjetivo **capitular** conocemos asimismo esas letras de gran tamaño que en cantorales, antifonarios, salterios compuestos en la Edad Media, inician algunos capítulos, esas que llamamos miniaturas no porque sean pequeñas como mucha gente piensa, que son las más grandes de los libros, sino porque van pintadas de minio.

En Roma, que es referencia permanente en este libro, ciudad de las siete colinas, una de ellas recibió el nombre precisamente de **Capitolio**. Varrón nos cuenta que se llamó así porque al excavar los cimientos del templo de Júpiter se encontró una cabeza humana. La causa parece inventada, la etimología no, es correcta. Lo relativo a esta colina es **capitolino**, sean templos, culto, etc. Con el tiempo, según nos cuenta Suetonio, en muchas ciudades a sus templos de tres *cellae* les concedieron este mismo apelativo por estar dedicados a la tríada **capitolina**, constituida por los dioses Júpiter, Juno y Minerva. Mucho más tarde los americanos construyeron en Washington, **capital** del país, un edificio al que le dieron el mismo nombre, **Capitolio**, con el fin de albergar las dos cámaras del Congreso de los Estados Unidos. ¿Conocían el origen de la palabra o en qué tenían puesta la cabeza para darle este nombre?

Pues bien, después de todo lo dicho, **recapitulando** sumariamente y sin querer comenzar *da capo*, como se nos advierte en el mundo musical para indicar que debe volverse al principio cuando se llega a cierta parte del trozo que se ejecuta, a estas alturas de la película se habrán dado ya ustedes cuenta de que ciertamente estudiar esta raíz que parecía **inacabable** y que no lleva ningún **encabezamiento**, era **capital**.



Algo hemos hablado ya de algunas palabras relacionadas indirectamente con el pie, como *gradus*, el paso que daban los romanos al andar (cap. 24), y también hemos desarrollado el tema de la *via* por donde caminaban (cap. 8), pero no hemos dedicado aún un capítulo explícitamente a esta parte del cuerpo, que por la ingente formación de palabras que nos ha dejado, era sin duda un concepto muy importante en la vida del romano.

El sustantivo latino *pes*, *pedis* (hablaremos también de su hermano, el griego *poús*, *podós*) evoluciona normalmente en **pie**. Quien camina a pie es el **peatón**, para quien hay reservadas zonas y calles **peatonales** en todas las ciudades. En el juego del ajedrez en vez de peatones cada jugador dispone de ocho **peones**, es decir, aquellos soldados que caminan a pie y, por lo tanto, tienen un movimiento muy limitado dentro del tablero en comparación con otras piezas; de ahí pasará al sentido figurado del trabajador de menor rango en un oficio, el peón de albañil o el peón caminero, por ejemplo. La **peonada** es el trabajo que un obrero realiza en el campo durante un día de labranza. Y de ahí pasará luego a ser una medida agraria equivalente a 3,8 áreas. A los soldados que conquistaban una nueva región, se les asignaba una porción de

tierra para que la labrasen ellos, era la **peonía**. Hubo también un tipo de soldado de a pie a quien se mandaba en avanzadilla a explorar o colonizar un país para que preparase el camino a los que habían de llegar después, eran los **pioneros**.

Cuando atravesamos hoy día un túnel o una autopista tenemos que pagar un **peaje** o **pedaje**, es decir, el “derecho de poner el pie en un lugar”, impuesto de tránsito que en su día fue para quienes caminaban a pie, hoy en automoción. La definición chusca de hombre que dio Sócrates era la de “**bípedo** implume”, algo que no lo define demasiado bien, aunque es verdad que lo singulariza frente a los **cuadrúpedos**, que en vez de pies tienen **pezuñas** (< *pedis ungula*). También llamamos a los caballos **solípedos**, propiamente ‘el de pies macizos’, como ya hacían nuestros clásicos. Por cierto, que cuando Platón le dio la definición de su maestro a Diógenes el Cínico, este desplumó un pollo y lo soltó en la Academia de Platón diciendo: “¡Te he traído a un hombre!”. Tras este incidente se añadió: “con uñas planas”.

En la catedral de El Burgo de Osma (Soria), sin embargo, se conserva un beato fechado en el año 1086 miniado por un artista llamado Martino; se trata de un códice en el que en un mapamundi que contiene las regiones de la época aparece un **unípede**, un ser con un gran pie tapándose el rostro para que no le quemase el sol, y está representando a pueblos desconocidos en el momento en que se lleva a cabo el códice.

En la antigua Roma a los presos se les ponía una traba en los pies para que no pudieran escapar. Nosotros lo llamamos cepo y lo hemos visto en tantas películas y en tantos cómics, donde el caco intenta arrastrar una bola negra para huir de la cárcel, pero no puede por su gran peso; es la *pedica*, y el verbo resultante **impedir**, pero también **empecer**, de un antiguo **empedecer**. En el mundo rural la *pedica* derivó en **pielga**, que es la “pieza de madera cerrada con una clavija que se pone en la mano del vacuno para que no pueda saltar”. Quienes tienen problemas para andar por parálisis, o cualquier otra enfermedad, reciben el nombre general de **impedidos**, que resulta sinónimo de lisiado, inválido. En ese mismo sentido el conjunto de bagajes que lleva la persona cuando se traslada es la **impedimenta**, y es que realmente el exceso de peso o de bagaje es un **impedimento** para alcanzar un destino o un fin. Por influencia del francés conservamos un precioso **empachar** (< fr. *empecher*, a

partir de *impedicare*) y su contrario **despachar**, con su evolución castellana **despejar**, en el sentido de desalojar, marcharse de un sitio los que están en él, o el más castizo **poner pies en polvorosa**.

Pero si queremos salir de viaje o de **expedición**, necesitamos justamente lo contrario, partir con el mínimo peso, ligeros de equipaje, “aparejados para el camino” decían en nuestro Siglo de Oro, **expeditos**, dejar los **trebejos** de nuestra profesión en casa. Y, si no, ya sabemos lo que hay que hacer, **expedir** todo el peso sobrante a la primera de cambio. Lo hemos visto hacer a diario a peregrinos del Camino de Santiago que incluyeron en su mochila objetos inútiles “por si acaso”. Solo cuando el peso les encorva la espalda y empiezan los problemas en las rodillas, deciden ser **expeditivos**, y enviar a casa todo el material prescindible. La vida austera del peregrino le invita a comer de vez en cuando **pencas** (< *hoja pedenca*), llamadas así por arrancar directamente del pie o tallo de la planta. Uno de los atractivos del Camino es pasar no solo por las grandes ciudades y pueblos, llenos de arte y buena gastronomía, sino por pequeñas **pedanías** llenas de encanto, por esos bosquecillos con los árboles **contrapeados**, es decir, no en hilera, sino alternados. Es posible que a lo largo de los días pasemos junto a una **cuatropea** (< *quadrupedia*), “lugar de la feria donde se vende el ganado”, pero no debemos entretenernos, la meta está más allá. Quizás tengamos que vadear algún arroyuelo si ha habido crecidas, y lo hagamos **a volapié**, es decir, “a veces pisando el fondo y a veces nadando”.

De vez en cuando hacemos un alto en el camino **apoyándonos** sobre esos bancos de piedra pegados a la pared que hay en algunos pueblecitos, los **poyos** de piedra, junto a una deliciosa fuente que nos hace recobrar fuerzas tomando un gozoso **tentempié**. Y es que el camino es largo. Al atravesar los campos debemos tener cuidado con la **peada**, o manada de ganado vacuno en marcha, porque puede arrancarse si las madres intuyen que las crías se ven amenazadas. No los provoquemos, porque podrían **responder** o **respingar** (< *re-pedinare*, ‘echar coces’) o echar un **respingo**, que propiamente es “el movimiento que hace la bestia al tirar coces” según el *Diccionario de Autoridades*. Veremos **licopodios**, planta llamada también en español ‘pie de lobo’, con sus **pecíolos** (‘**piececillos**’ literalmente), o “rabillo con el que una

hoja se une al tallo”. (Por cierto, **pezón** proviene de la misma raíz, es una especie de **piececito**, ‘pieza de un broche’, y posteriormente pezón de teta o ubre).

En el albergue de Pamplona coincidí con toda una familia de australianos, nuestros **antípodas**, y en el de Estella con una señora que hacía **podomancia**, lectura de los pies. Algunos peregrinos llevan un **podómetro** a la cintura, aparato para medir los pasos que se dan al andar y, por lo tanto, útil para saber cuánto se ha caminado en un día. A mí me lo regaló un peregrino en Logroño, al despedirse, que lamento haber perdido a la salida de Rabanal del Camino (León). Si quiere hacer buenas fotos en algunas iglesias románicas con poca luz, le será muy útil un **trípode**, y para calentar el guiso en pleno campo la **trébede**, pero ya sabe que ambos pesan y no compensan; es preferible hacer las fotos a pulso y comer de bocadillo.

Si no queremos tener ampollas, es fundamental ajustar bien el **peal**, o parte del calcetín que cubre el pie. Y si a pesar de todo nos salen, un buen **pediluvio** o ‘baño de pies’ con agua bien caliente y sales al llegar al albergue o al terminar la jornada, nos sabrá a gloria. Aun así, si los pies están bastante dañados, o sea, que nos los hemos **despeado**, quizás debamos acudir al **pedicuro**, aunque son los **podólogos** —sus hermanos griegos— quienes les han comido el terreno, y unos y otros a los pobres callistas, que hace años trabajaban igual de bien pero por menos dinero. Para evitar torceduras y esguinces es recomendable no dar pasos **a contrapié**, que ya sería mala pata. Peor aún serán los **pólipos** en la planta del pie; si le salen, deberá abandonar su andadura; mejor es abandonar que salir **con los pies por delante** por empeñarse en seguir. Como también si tiene la mala suerte de **tropezar** (< *interpediare*), es decir, chocar con alguien al mediar algo entre los pies. Con todo, un prolongado descanso nocturno en las camas del albergue, que por cierto no tienen cabecera ni **piecera**, nos dejará como nuevos. Tenga cuidado, aunque la higiene ha mejorado mucho en los últimos años, podría haber **piojos** o **pedículos**.

Vamos avanzando en nuestro camino y al entrar en Galicia, aunque no haya que seguir **al pie de la letra** las guías del Camino, parece necesario probar el **pulpo** (< *polypus*, ‘el de muchos pies’), inolvidable el de Melide, esos **octópodos** con ocho pies o tentáculos, del que la lengua inglesa expresa

su número con exactitud (*octopus*); y si llegamos a Finisterre, los calamares, **cefalópodos** de los que ya hablamos en otro capítulo y de cuya cabeza arrancan varios pies o tentáculos. Y, ya puestos, pruebe los **percebes** (< *pollicipes*) que, como algunos animales de vida sedentaria, asientan su cuerpo sobre un **pedúnculo**, que no es sino un pie constituido por la prolongación del cuerpo con el que se adhiere a los peñascos de las costas. Metidos en materia, yo prefiero las almejas, berberechos y navajas, todos ellos **pelecípodos** (< *pelequis*, ‘hacha’, y *podós*, ‘pie’), llamados así porque utilizan una especie de pie con forma de hacha para enterrarse en la arena. No se prive del orujo casero, pero insista en que no le sirvan **aguapié**, que es el que bautizan en aquellas tierras con agua. Todo ello son meras recomendaciones, está claro, pero no abuse del marisco, no sea que contraiga la **podagra** o enfermedad de los pies llamada vulgarmente ‘gota’.

Ya hemos llegado a la meta; yo entré en Santiago con un señor de **Lavapiés**, castizo **de pies a cabeza**, de quien parecía en ademanes y habla que solo había cambiado la gorra de chulapo por el sombrero de peregrino. Ya con la compostela en la mano (certificado que expide la oficina de peregrinaciones de Santiago), hacemos recuento de nuestro bagaje, todo en orden. Pero es posible que a lo largo de los días haciendo y deshaciendo su mochila, haya perdido algún objeto; debe saber entonces que la devoción popular reza a un san **Expedito**, cuya vida desconocemos y la Iglesia no reconoce, pero cuyo atributo popular es —evidentemente— el de acoger las causas urgentes. En el Camino no suele haber carteristas ni manos largas, pero si encuentra alguno, un **puntapié** bien dado a tiempo no le vendrá nada mal. A estos, o se les **para los pies** al comienzo o, si no, estamos perdidos.

Yo me hice el Camino desde Roncesvalles a Santiago en 25 días, pero si usted considera que no tiene tiempo suficiente para hacerse el Camino **a pie**, ya sabe que existen otras posibilidades como la bicicleta. Sí, cuando el hombre a comienzos del siglo XIX no se conformaba con la velocidad de las simples carreras **pedestres**, e inventó una máquina con dos ruedas que llamó **velocípedo** (‘pies veloces’), tuvo que ajustarle unos **pedales** para que los pies pudieran hacer girar mejor el engranaje de las ruedas. Pero estos artefactos no son para estar subidos a ellos todo el día, una vez terminada la carrera o el

paseo hay que **apearse**, sobre todo si el **pedaleo** ha sido fuerte. ¿Quiere saber en cuántos días puede completar el Camino en bici? Pues depende de la cadencia de su **pedalada**, amigo, y de las horas que pase al día **pedaleando**.

Y si en vez de hacer el Camino de Santiago, usted prefiere viajar al norte de Italia, podrá gozar de unas estupendas vacaciones en el **Piamonte**, viendo el paisaje y el arte de su capital, Turín, aunque desconozca que su nombre procede de su situación “al pie del monte”, porque se encuentra en las estribaciones de los Alpes occidentales. No deje de acudir al Lago Mayor, que hace frontera con Lombardía, o a cualquiera de los pequeños lagos **piamonteses** para practicar deporte mañanero en el **podoscafo**, “barco movido con pedales”. Y recuerde que a muchas urbanizaciones y campings puede llevar a su perro, especialmente si tiene **pedigrí**, anglicismo a partir del francés *ped de grue*, “pata de grulla”, expresión con la que los franceses se referían a las marcas rectas con forma de pata de grulla que los primeros criadores ingleses de caballos utilizaban a modo de árbol genealógico para seleccionarlos. La pronunciación inglesa de *ped de grue* acabó siendo *pedigree*, castellanizándose luego en ‘pedigrí’.

De bebés tuvimos una época en que **cuatropeábamos**, es decir, andábamos a gatas, con aquellos **peúcos** que nos ponían nuestras madres para que no se nos enfriasen los **piececitos**. Años después, ya de niños, jugábamos al **peón** y la **peonza**, que es muy parecida a aquel pero desprovista de púa metálica en el vértice, nombres creados probablemente a partir de la comparación con el movimiento que tiene un soldado de a pie. Incluso matábamos la tarde con el **pedicoj**, ese juego en el que se salta a la pata coja. En ocasiones nos entreteníamos persiguiendo a los **ciempiés** que, como todos los insectos y los **miriápodos**, son **artrópodos**.

A veces queremos ensalzar, elevar algo o a alguien, física o metafóricamente. Necesitaremos para ello un **pedestal**, es decir, un soporte que sirva de pie, y que a veces está protegido por un zócalo o **rodapié** de madera o de otro material. También nos puede servir una **peana** o **peaña**, pero es más pequeña y por ello sostiene estatuillas de menor tamaño; incluso el mismo **podio**, largo pedestal de donde arrancan las columnas de un templo, y que en el ámbito deportivo sirve para elevar a los ganadores de la competición y es conocido con el cultismo **pódium**.

Lo que se coloca bajo los pies se **supedita**. Y así, algo que se inicia en época romana en el plano físico, a los crucificados por ejemplo se les solía colocar un **apoyo** para los pies, el **supedáneo**, para retardar su muerte, como tantos pintores han recreado en cuadros de Cristo crucificado (recordemos el célebre de Velázquez), pasa luego al terreno laboral o de las relaciones humanas. Vemos así a gente completamente **supeditada**, son esos señores que durante su vida han dicho de palabra o bien con su carácter y actitud un “a sus pies, señor Rodríguez”, “a sus pies, señora duquesa”. En la Edad Media existió también el verbo **soppear**, dominar o tener sometido a alguien, hollar o pisar, “vocablo viejo que en Castilla [es usado] por hombres que con soberbia quieren subjuzgar a otros, y es tanto como traer so los pies, lat. *subpeditar*”, dice Covarrubias en su *Diccionario*. Quizás esta última cita, más culta, debiera de haberla puesto en nota **a pie de página**, pero es que sería la única del libro y no pegaba.

Es posible que alguna vez se haya encontrado usted con alguien que tenía “complejo de **Edipo**”. En realidad Edipo, “el de los pies hinchados”, fue aquel niño sobre el que el oráculo de Delfos había dictado un terrible hado antes de nacer, ya que estaba destinado a matar a su padre y casarse con su madre, cumpliendo así los dos crímenes más abominables en la sociedad griega, como son el parricidio y el incesto. Para evitarlo, nada más nacer el niño, su padre Layo se lo dio a un siervo para que lo matase; pero este, al escuchar sus vagidos, se apiadó de él y, al no querer matarlo sino solo deshacerse del niño, le perforó los tobillos y lo depositó en un árbol para que allí muriera, aunque un criado del rey de Corinto lo recogió y se lo llevó a su señor. Más tarde, cerca ya de Tebas, tiene lugar su encuentro con la Esfinge y el enigma del pie que le propone: “¿Cuál es el animal que tiene cuatro pies al amanecer, dos a mediodía, tres al anochecer y una sola voz; aunque varíe el número de pies, cuantos más tiene es más débil?”. Edipo contestó sin titubear: “el hombre, que en la infancia anda a gatas, con dos pies cuando es adulto, y se ayuda de un bastón en la ancianidad”. Este es el comienzo de un apasionante mito que no vamos a narrar aquí; lo otro, lo del complejo, las fases **edípicas** y todo eso, es ya cosa de un señor llamado Freud.

No sé si he hecho suficiente **hincapié** en este capítulo en la importancia de la etimología, pero sea como fuere, espero —en esta larga y nutrida relación de palabras— no haber dado ningún **traspie**.

Quiero confesarles finalmente que ahora, después de terminar este capítulo y el anterior, me quedo ya mucho más tranquilo, porque nadie podrá decir que este libro **no tiene pies ni cabeza**.



(venio)

Hemos hablado ya del camino (cap. 8), de los desplazamientos, de los viajes, de los pasos que damos al andar (cap. 24), y también de los pies con los que caminar (cap. 31). Pero en la vida no solo nos desplazamos desde un punto de partida, también regresamos. Es la idea de venir, de volver al lugar de donde salimos, a la casa, a la ciudad de la que emprendimos el viaje, pero —también con un sentido inmaterial— a la idea de la que partimos...

El verbo latino *venio, veni, ventum* es el que marca esta noción básica, así que **bienvenidos** a este capítulo. Diremos en primer lugar que es el origen de nuestro **venir**, y también el de tantas idas y **venidas** en la vida. La Navidad se prepara litúrgicamente con un período de espera que la Iglesia denomina **Adviento**, o período de preparación para la venida del nacimiento del Mesías, que comienza cuatro semanas antes del 25 de diciembre. Fue precisamente Jesucristo quien enseñó las **bienaventuranzas** en el sermón del monte.

Las gitanas que se ganan la vida leyendo (¡!) en las rayas de las manos el **porvenir**, la **ventura**, nos echan la **buenaventura** con su ramita de laurel, y nos desean un **venturoso** futuro, palabra que ha quedado fosilizada en un cliché navideño, cuando en las postales del momento nos deseamos —con un lenguaje que quizás más de uno desconoce lo que significa realmente— un

“venturoso y próspero año nuevo”. Es importante no **contravenir**las mientras nos hablan, escucharlas pacientemente, y **avenirse** previamente con ellas, o sea, acordar el precio, porque caerá su maldición sobre nosotros y toda nuestra familia si nos negamos a pagarles la fortuna que piden por decirnos lo felices que seremos en el futuro. Y es que en este terreno no hay precios **convencionales**. Se lo digo para que no les pille **desprevenidos**, como a mí en cierta ocasión en el madrileño Parque del Retiro.

Prevenir es llegar a un sitio antes de que algo ocurra, es decir, adelantarse. Y es proverbial aquello de “prevenir es curar”; por eso el Ministerio de Sanidad y otros organismos no se cansan de promover campañas de **prevención** de accidentes o de ciertas enfermedades. Algo consiguen, desde luego. Pero si la enfermedad nos llega, tras la curación será posible solicitar una **subvención** o remedio, ya que **subvenir** o **subvencionar** es venir en ayuda de alguien.

Es posible que a veces vayamos o vengamos a algún lugar por una **avenida** en compañía de otras personas, es decir, que **convenimos** en algo, que es llegar todos a un punto, o ponerse de acuerdo si el lugar no es físico. Así, convenimos en una idea, en un proyecto, etc. Pero podemos llegar juntos a un lugar determinado, el **convento** si es de monjas, el **convenio** si es laboral o empresarial, la **convención** si es académico o intelectual. Es importante, por ello, que no haya **inconvenientes** de ningún tipo en el camino para llegar a esos acuerdos. Y si alguien los pone, podemos **reconvenir** a ese hombre negativo que da la nota, que casi siempre resulta el mismo. En esas convenciones puede hablarse del futuro de la organización, es decir, del **devenir** de las cosas. Suelen ser **eventos** importantes, a los que se invita a altos cargos de la Universidad, de la administración o de la empresa que lo organiza. Si todo va bien, lo lógico es que las **intervenciones** duren lo prefijado, y que no haya un **interventor**, es decir, una persona que se mezcla con, que ‘viene entre’, para fiscalizar el tiempo o el contenido. Algunos interventores, como los de Hacienda, son siempre temidos por su labor y las consecuencias para los pobres ciudadanos, mucho mejor que no tengan que **intervenir**.

Tenga mucho cuidado con las **aventuras**; las que se viven en familia o con amigos yendo de safari a África o a las cataratas del Iguazú son sin duda interesantes, pero las que se viven con un amante pueden ser peligrosas. Es

decir, que no es lo mismo tener espíritu **aventurero**, que lanzarse a un **eventual** fracaso amoroso, donde perder lo que ya se tiene y lo que se pretende, lo **adventicio**. Mire, en estos temas, **desavenencias**, las mínimas. Y es que en este terreno no hay mucho que **inventar**, por muy **malavenidos** que estemos con nuestra pareja, aunque nuestro matrimonio fuera de **conveniencia**. Los males que pueden **sobrevenirnos** son siempre mayores, aunque está claro que quien no arriesga no puede ganar.

Si la situación que vive no es la más deseable, no deje que su carácter se **revenga**. **Revenir**, en un principio ‘volver, regresar’, pasa a significar ‘encogerse, consumirse’ como nos dice Covarrubias; ‘avinagrarse’, nos recuerda el *Diccionario de Autoridades*.

Espero no haber dicho cosas poco **convenientes**; desde luego hemos **inventado** en su sentido etimológico (‘hallado’) varias, pero ninguna ha sido sacada de mi magín. Ustedes ya me entienden. Por si acaso, lo dejo aquí para pasar al siguiente capítulo, que es ya el último.



SOPONCIO A LA TEGITO

*(Influencia de la liturgia cristiana
en el lenguaje cotidiano)*

Hasta hace muy pocos años, hasta 1965 en que concluyó el Concilio Vaticano II, el latín era la lengua oficial en la que se desarrollaban los actos litúrgicos, las diversas oraciones públicas de la Iglesia católica. Ello quiere decir que durante siglos miles y miles de personas han pronunciado palabras, expresiones, frases, que les habían llegado por vía oral, sin haberlas visto quizás nunca escritas y que, por lo tanto, dependiendo de la cadena de transmisión, las han podido ir transformando en palabras parecidas o reconocibles por ellos, encadenando de este modo uno o varios errores sucesivos. A veces este latín sí se leía pero, al no entenderse, también se deformaba.

Con el tiempo, se fue acentuando la divisoria entre lo que se leía o pronunciaba y su significado real, hasta el punto de llegar a no saber qué se estaba leyendo realmente en el breviario o en los distintos libros de piedad. Prueba de ello son dos anécdotas que le escuché a Manuel Fernández-Galiano en la Fundación Pastor. La primera alude a una comunidad de monjas que en algunos oficios litúrgicos en que no debe recitarse el Gloria, leía en voz alta

la rúbrica (las rúbricas no se leen nunca, por ser meras indicaciones) *hic non dicitur gloria* (“aquí no se dice gloria”), y a continuación recitaba a dos coros con la mayor devoción: *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto, / sicut erat in principio et nunc et semper / et in saecula saeculorum. Amen.* En otra comunidad de monjas interrumpían la conversación del locutorio porque “nos vamos a rezar el candileta”. ¿Candileta? ¿Qué diablos era el candileta? Pues ni más ni menos que una deformación de las dos primeras palabras del salmo 83,2: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine!* (“¡Qué amables son tus moradas, Señor!”).

Y si esto puede decirse de monjas, resulta mucho más sorprendente lo que los fieles de a pie pueden llegar a pronunciar. En Madrid, en las letanías finales de una exposición del Santísimo, una fiel respondió al “Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito” que el sacerdote había pronunciado, con un solemne “Bendito sea el Espíritu Santo Parásito”, palabra sin duda más reconocible para la señora, porque ¿sabe el pueblo que Paráclito significa Abogado en griego? Un sacerdote me contaba que en una parroquia de Valencia, al entrar él por la tarde al rosario, oyó que desde el ambón la señora que lo dirigía musitó en las letanías en supuesto latín: “Ya no hay cielo”, preciosa deformación de *Ianua coeli* (‘puerta del cielo’) tomada al oído, a lo que el pueblo fiel contestó al unísono: *ora pro nobis* (¡!). Otro amigo me comentaba haber oído esa misma advocación mariana en un pueblo de Extremadura como “ya no está Félix”, lo cual tiene su interés desde el punto de vista fonético, porque al no pronunciarse en la zona la s/x final, al escuchar del sacerdote *coeli*, la devota lo habría asimilado probablemente con un nombre que le era familiar, Féli(x). Esa misma señora siguió impertérrita musitando: “sal del infernórum”, en lugar de *salus infirmorum* (‘salud de los enfermos’), lo cual no deja de tener gracia, que a la Virgen se le pida que salga del infierno; es decir, una serie no pequeña de dislates idiomáticos, pero que a la piedad popular le daba más o menos igual, ya que respondía invariablemente: *ora pro nobis*.

Pero es normal que en el lenguaje popular haya estas confusiones cuando las ha habido desde los albores del cristianismo. El historiador Suetonio cuenta que el emperador Claudio había expulsado a los judíos de Roma en el

año 49, porque “provocaban tumultos por culpa de un tal Cresto” (*Vida de los Doce Césares. Claudio* 25). No conocía bien el nombre y tenía una idea bastante confusa de lo que había sucedido.

Y existen también confusiones en inscripciones oficiales. Así, Ricardo García Villoslada en un estudio publicado en 1979 para demostrar que la oración *Anima Christi, sanctificame* no es original de san Ignacio, a quien se ha atribuido durante mucho tiempo, sino anterior, describe que en los Reales Alcázares de Sevilla, en la galería sur del Patio de las Doncellas, sobre la puerta de la vieja capilla de san Clemente, remodelada en el siglo XIV con yeserías mudéjares, se colocó una inscripción latina. Escrita en caracteres góticos, presenta la versión más antigua en España de la oración bajomedieval *Anima Christi*, pero contiene una curiosa variante, una perla entre las etimologías populares, oración tomada al oído, porque donde debía estar escrito *ab hoste maligno, defendeme* (“del maligno enemigo, defiéndeme”) el lapicida, a quien la frase latina no le debía evocar absolutamente nada, dejó inscrito en la piedra algo que le parecía más verosímil y en romance: *Apóstol Mandino, defendeme*.

Pero lo más interesante es que el latín, lengua oficial de la Iglesia durante tantos siglos, quizás por su uso constante, nos ha legado buen número de palabras y expresiones que requieren cierta explicación, porque a simple vista quedan bastante lejos de su origen etimológico. Palabra curiosa es el **soponcio** que a uno puede darle, procedente de la expresión *sub Pontio Pilato* que dentro del credo se recitaba cada domingo en las iglesias (“fue crucificado bajo el poder de Poncio Pilato”). El hecho de dejarle a uno bajo la jurisdicción de un juez que cuando todo se pone más y más difícil “se lava las manos” (costumbre que en la antigüedad significaba que una persona tenía las manos limpias en un asunto), producía en el hombre sencillo del pueblo un desmayo, un soponcio, palabra que tiene equivalentes semánticos en otras lenguas, pero no de la misma raíz.

En el lenguaje cotidiano decimos de una persona que va hecha un **adefesio**, sobre todo cuando lleva ropa que no va bien combinada, cuando lleva una pinta estrafalaria. Pues bien, el origen de la expresión está de nuevo

en la liturgia de la misa, cuando se leía la *epistula beati Pauli apostoli ad Ephesios*. Hablar *ad Ephesios* pasó a significar hablar a los que no nos entienden ni entendemos y, a partir de ahí, algo extravagante.

Más sugerente parece la expresión **estar más sobada que la Tegito**, referida a una mujer de vida alegre, y con origen igualmente en la liturgia. Parece que es expresión propia de la zona de Salamanca. Su origen está en el canon de la misa en latín, que comienza con aquel *Te, igitur, clementissime Pater...* (“A Ti, pues, clementísimo Padre”), cuyas palabras debía decir el sacerdote con fiel exactitud. A fin de no equivocarse, el preste acudía con sus dedos cada día a la página correspondiente del misal, que al cabo de unos años estaba ya casi negra por lo manoseada (lo he podido comprobar en algunos pueblos). El humor castellano recurrió entonces a esta figura para compararla con una mujer de vida ligera o licenciosa, más esporádicamente con algo sobado o manido. Y así, la pronunciación rápida Tegito (< *te igitur*) que el sacerdote de forma mecánica hacía, pasó en el pueblo a “estar más sobada que la Tegito”.

Y si de Salamanca nos vamos a la zona del sur de Burgos, en torno a Aranda de Duero, nos encontramos con otra perla idiomática, **tumbítulos**, para significar ruido, estruendo, barullo, voces airadas. No, no lo miren en ningún diccionario porque no viene la tal palabreja. Puede oírse en expresiones del tipo: “menudos tumbítulos que armó tal señor”; “formó unos tumbítulos que se oyeron en una legua a la redonda”, etc. Pues bien, la palabra proviene del Oficio de Tinieblas de Semana Santa. Al término del oficio se cantaba un **miserere**, cuyo último versículo es *tunc imponent super altare tuum vitulos* (Ps 51, 21) (“ofrecerán entonces sobre tu altar novillos”). Pero ¿por qué el ruido asociado a este versículo? Nos lo cuenta Manuel Rabanal. Acabado el salmo penitencial, se apagaban todas las luces de la iglesia y se iniciaba durante unos instantes un gran estrépito al que en los pueblos solía sumarse el de las carracas. Era el ruido de las tinieblas. De este modo ese final *tuum vitulos* se convirtió a oídos de las sencillas gentes burgalesas en el pistoletazo de salida de un consentido estrépito callejero.

Claro que la expresión equivale a **toletole**, que el diccionario de la RAE define como “1. Confusión y griterío popular. 2. Rumor que se va extendiendo contra alguien”. Ahora bien, ¿de dónde proviene? Pues de la expresión *Illi*

autem clamabant: tolle, tolle, crucifige eum (Jn 19,15), es decir, “entonces ellos gritaban: quita, quita, crucificalo”, frase con que los judíos insisten al gobernador Pilato vociferando para que suelte a Barrabás y condene a Cristo a la cruz, y que el pueblo llano escuchaba ensimismado cada Semana Santa.

Ocurrió en un pueblecito de Burgos, Hontoria de la Cantera, en los años setenta del siglo pasado. Me lo cuenta Vicente Picón, catedrático de latín de mi departamento. Es el Jueves Santo. Están instalando el monumento con un velo morado cubriendo el retablo, como es tradicional, y en él aparece un castillo y la inscripción SPQR. Vicente le pregunta a una señora que arregla la iglesia si sabe qué quiere decir aquello de SPQR. Le dice: “Sí, claro, está clarísimo, quiere decir: ‘Siempre Pilato quiso reinar’” (¡!). Al menos es respuesta más castiza que la humorística que los propios romanos dan hoy día: *Sono Pazzi Questi Romani*, “están locos estos romanos”.

Y puestos a ver desarrollos populares de abreviaturas, hay que hablar necesariamente del célebre IHS, que comienza a escribirse a finales del siglo II en algunas inscripciones sepulcrales de Roma para indicar que en aquella tumba yace un cristiano. No es ni más ni menos que la abreviatura de *Ihsous* en alfabeto griego, es decir, iota-eta-sigma. Lo que ocurrió es que en la Edad Media, sobre todo a partir del siglo XV en que san Bernardino de Siena populariza la abreviatura, al no comprenderse bien su significado y coincidir en su forma con las letras del alfabeto latino, se interpretó que esas letras eran i-hache-ese, y se dieron desarrollos comprensibles desde el latín como *Iesus*, *hominum Salvator*, o *Iesus Homo Salvator*, es decir, “Jesús, salvador de los hombres”, o bien “Jesús, Hombre, Salvador”. Incluso se llegó a interpretar como *I(n) H(oc) S(igno) vinces* aludiendo a la visión que Constantino tuvo antes de entrar en batalla con Majencio en el año 312. Pero son solo reinterpretaciones.

Y siguiendo con esta abreviatura, la perfecta conjunción de lo divino y lo humano la conservamos en frases como ¡hasta verte, Jesús mío! En los refectorios conventuales se daba a cada monje su ración de vino en un cuenco o tazón de barro de Talavera, en cuyo fondo solía estar pintado el escudo de la orden o generalmente IHS, abreviatura de Jesús, como hemos dicho. La frase alude a los monjes que apuraban todo el líquido hasta que no quedaba ninguna gota que les impidiera contemplar el nombre de Jesús pintado o grabado en el

fondo del cuenco. De los monasterios pasó a la vida tabernaria, donde este tipo de vasos también se usaba. Recordemos las canciones de taberna de los goliardos medievales, algunas recogidas en los *Carmina Burana*.

Y metidos ya en harina, pasamos a la cocina, donde dice santa Teresa que “también entre los pucheros anda Dios”. Todos recordaremos cómo nuestras madres decían que un huevo escalfado debía estar en agua hirviendo por espacio de un credo, mientras que un huevo pasado por agua solo por espacio de un padrenuestro. Pero claro, la medida temporal no era demasiado técnica, porque en las recetas no se especificaba a qué velocidad había que rezarlo. Dependiendo de la carrerilla o la parsimonia, el pasado por agua podía quedar escalfado, y este a su vez cocido si se le iba al cocinero el santo al cielo, porque ya nos recomienda León Felipe “que nunca recemos / como el sacristán los rezos, / ni como el cómico viejo / digamos los versos”. Sin salir de la cocina, aparte del **sanjacobo** (*cordon bleu* en francés), que parece era un alimento típico de albergues del Camino de Santiago —de donde el nombre—, preparado para los que habían hecho una gran caminata, cómo no recordar esas especialidades propias de determinadas fiestas del año, como los **huesos de santo** a primeros de noviembre, o las **yemas de santa Teresa**, o la **tarta de san Marcos**, o la de **Santiago**, por decir solo unos ejemplos. Parece que en la repostería la inclusión del santo tenía un tirón comercial considerable.

Sorprendentes, sin duda, son aquellas palabras del lenguaje cotidiano que proceden del latín litúrgico, como **lavabo**, cuyo concepto no existe en latín como tal, ya que lo más parecido, *lavacrum*, es propiamente ‘bañera’, o bien en plural (*lavacra*) ‘sala de baños’. Pero *lavabo* es una primera persona del futuro imperfecto del verbo *lavare*, y tiene su origen en la breve oración que el sacerdote hace en la misa tras el ofertorio al lavar sus dedos antes de la consagración, *lavabo inter innocentes manus meas; et circumdabo altare tuum, Domine* (Ps 25,6) (“lavaré mis manos entre los inocentes y rodearé, Señor, tu altar”). En un principio hacía alusión al conjunto formado por el recipiente en que se lavaba las manos, la toalla con que se las secaba y el lugar en que los dejaba. Más tarde pasó a significar un lavatorio cualquiera. Un ejemplo contrario, es decir, cómo un término pasa del lenguaje ordinario al litúrgico, es la palabra **misa**, que era la última que se pronunciaba en la liturgia latina. De aquel *ite, missa est* (“idos, es la despedida”) se tomó la

palabra con que desde la Edad Media se alude a toda la ceremonia, llamada hasta entonces “fracción del pan”, “cena del Señor”, etc. **Solideo** (< *solī Deo*), el casquete de tela que usan obispos y otros eclesiásticos, se nos ha conservado en dativo como un latinismo crudo, pues “para solo Dios” debe quitárselo quien lo lleva. Entre el clero se hizo popular una frase anfibológica que podía ser leída tanto en castellano, “solideo para curas”, como en latín, *solī Deo para curas*, que significa “prepara sacerdotes solo para Dios”.

O el **parce**, que era el premio escrito que daban los antiguos maestros de las escuelas de gramática a los discípulos que se distinguían y que les servía para hacerse perdonar alguna falta posterior. La palabreja, hoy ya en desuso pero conocida por nuestros padres y abuelos, procede de la segunda persona de singular del imperativo del verbo *parcere*, ‘perdonar’, y es como comienza una de las lecciones de Job, *Parce mihi, Domine, nihil enim sunt dies mei* (“Perdóname, Señor, ya que mi vida es corta”, Job 7, 16), que solía recitarse en los funerales y en el oficio de difuntos.

Etimología sorprendente, sin duda, la de la expresión **al buen tuntún**. Los latinos distinguían entre el rostro estático (*facies*) y el gesto de la cara que manifiesta una voluntad (*vultus*, del verbo *volo*, querer). Pues bien, hacer una cosa **a bulto** (< *ad vultum*) era hacerla según se viera el querer en el rostro del padre, maestro, etc., y, por lo tanto, de una forma no establecida ni fija. Y “al buen tuntún” procedente de *ad vultum tuum deprecabantur* (Ps 44, 13), es decir, según la voluntad de Dios Padre, pasó a equivaler **a la buena de Dios**.

Algo más disparatada es la expresión “la epístola de los estribos”, como se conocía hasta hace unos años en algunas zonas rurales de España la segunda lectura de la misa del 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos. A partir del capítulo 7 del *Apocalipsis*, en que se comienza a leer *ex tribu* más el nombre de cada uno de los doce hijos de Jacob, y se va repitiendo la frase hasta doce veces, los pobres aldeanos que oían repetir la locución latina *ex tribu* incansablemente (de forma relajada sonaría algo así como ‘estribo’) determinaron por llamarla la **epístola de los estribos**, que era la pronunciación que realmente percibían al oído.

Lo mismo podríamos decir de algunos topónimos como el monte **Tibidabo**, cuyo nombre hasta el siglo xv fue *Puig de l'Àliga* (Cerro del Águila). En esa época la llegada de los monjes jerónimos a Barcelona

provocó el bautizo de algunos topónimos religiosos más en la ciudad como Vall d'Hebron y El Carmelo, en recuerdo del Monte Carmelo en Palestina. *Tibi dabo*, que en latín significa “te daré”, proviene de aquel pasaje evangélico en que el diablo tienta a Cristo diciéndole desde lo alto de un monte: *haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me* (“todo esto te daré, si postrándote me adoras”, Mt 4,9). A los monjes la vista desde lo alto de aquel monte les evocó esa escena, que puede contemplarse hoy en una de las vidrieras de la iglesia construida sobre su cima. Pero lo mismo podemos decir de la isla Rapa Nui en el océano Pacífico, hallada por un navegante holandés un 5 de abril de 1722, domingo de Pascua de Resurrección, motivo que le pareció suficiente para rebautizarla con el nombre con que hoy es conocida, [isla de Pascua](#).

Y metidos en fiestas litúrgicas, no deja de ser significativo que conservemos aún una con el nombre latino tal cual, [Corpus Christi](#), fiesta eucarística que se celebra cada año sesenta días después de la Pascua de Resurrección, mientras que los nombres de las demás festividades se han traducido al castellano. En ciudades como Burgos, además, se celebra al día siguiente la fiesta del [curpillos](#), con un diminutivo castellano aplicado a un nombre latino.

Siguiendo con las fiestas, cuando llega el caluroso verano decimos: “¡Cómo aprieta (o pega) hoy el [lorenzo](#)!”. ¿De qué se trata? Lo he buscado en los diccionarios, pero no hablan de esta acepción del sol, o del calor tórrido, que procede de san Lorenzo, santo cuya fiesta se celebra el 10 de agosto, día de gran calor, unido a que se trata de un mártir muy popular que murió abrasado en una parrilla. Ese mismo día la gente sale por la noche a observar las populares [lágrimas de san Lorenzo](#), que no son sino las Perseidas, una lluvia de meteoros con su radiante en la constelación de Perseo, que aunque duran hasta el 24 de agosto, tienen en el 10 su punto culminante. En otras zonas de España como Jaén, sin embargo, se centra a finales de julio el punto álgido del verano. En el del 2000 estaba yo el 22 de julio, día de santa María Magdalena, en la zona de Úbeda, adonde había ido a leer unas inscripciones latinas con mi amigo José Miguel, sin atreverme a salir del coche por la que caía fuera, cuando por fin llegamos a la hora convenida al castillo de Jimena y nos explicó el guardia municipal: “Es que hoy es la [malena](#), el día más

caluroso por estas tierras”. Y, ¿qué decir del conocido como **veranillo de san Martín**, esos días de sorprendente aumento de temperatura en torno al 11 de noviembre, fiesta de san Martín?

Nombres comunes a partir de santos y santas. De pequeño me tocaba engrasar la **catalina**, la rueda dentada de la bici, esa que habitualmente llamamos plato o corona. Con el tiempo supe que así se llama a cualquier rueda dentada, como las que llevan los relojes, por ejemplo. ¿De dónde procede el nombre? Pues del martirio de santa Catalina de Alejandría, a comienzos del siglo IV, a la que intentaron matar haciendo pasar una rueda con afiladas cuchillas por encima de su cuerpo. Milagrosamente, la rueda se rompió y ella se salvó, pero sirvió para dar nombre posteriormente a ese tipo concreto de rueda. Magnífico el cuadro de Caravaggio describiendo la escena. Otro tanto podemos decir del **sambenito**, conocido en frases como “cargar a uno con un sambenito”. Del escapulario propio de los benedictinos pasó a significar el escapulario que se ponía a los condenados por la Inquisición, y por extensión resultó luego ser un signo de infamia.

Y dentro de la liturgia vemos cómo muchos acontecimientos se cuentan a partir del santo de turno. Por eso, **a todo cerdo le llega su sanmartín**, que se aplica hoy a políticos o cargos de la administración indicando su cese por ser pillados en algún caso de corrupción, porque los cerdos solían matarse por san Martín (11 de noviembre); la **sanmiguelada**, celebrada alrededor del día de san Miguel (29 de septiembre), en que tradicionalmente terminaban muchos contratos de arrendamiento de tierras; o la predicción del tiempo: “Por san Blas [3 de febrero] la cigüeña verás y, si no la vieres, año de nieves”, etc.

En muchos pueblos de Castilla y León, donde durante el invierno la temperatura baja de cero grados con demasiada facilidad, la estructura de la casa se articulaba en torno a una estancia más grande que se calentaba por debajo con un sistema de *hipocaustum*, como las termas romanas. Allí se hacía la vida, y allí se **estaba en la gloria**; la estancia pasó a llamarse por ello **gloria**.

Pero qué decir de todas esas expresiones de la vida cotidiana, que recogen la liturgia de la Semana Santa desde el Domingo de Ramos. Así, desde **llevarle [o traerle] a uno en palmas o palmitas**, que nada tiene que ver con las manos, sino con la forma en la que entró Jesucristo en Jerusalén el

Domingo de Ramos (*dominica in palmis* litúrgicamente), entre aclamaciones y halagos rodeado de ramos y palmas; lo contrario de **traerle a uno por la calle de la amargura**, recordando la célebre subida por Jerusalén desde la torre Antonia hasta el Calvario el Viernes Santo; **ser la vida un vía crucis**, por las catorce estaciones que llevan hasta el Gólgota; o “estar pasando por un auténtico **calvario**” (una enfermedad muy dolorosa, por ejemplo, o un proceso difamatorio); **ser la vida un Getsemaní**, a propósito del abandono de los más próximos, por el que sufrió Cristo en el Huerto de los Olivos; o estar en un **valle de lágrimas**, en clara alusión a la oración de la Salve; **para más inri** con el sentido de ‘por si fuera poco’, ‘para mayor burla’, expresión surgida a partir del acróstico que se colocó encima de la cruz en que murió Jesucristo: *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum*; o el **Señor, ¡qué cruz!** que tantas veces oímos decir con aires de **resignación** mientras se hace la señal de la cruz velozmente, casi como un garabato; o **estar en la cuarta palabra**, propia de algunos místicos, que simboliza la del abandono de Dios a Jesucristo en la cruz. O nos pueden explicar cómo a nuestro vecino, que dicen que es todo un **fariseo**, le pegaron el otro día una paliza que lo dejaron hecho un **ecce homo**, pero no encontró a ningún **buen samaritano**, ni a ningún **cirineo** o a una **verónica** (por cierto, el lance del toreo se llama así por la forma de agarrar el capote, como la Verónica el paño que enjugó la cara de Cristo), que lo ayudasen.

No podemos olvidar el **llorar como una Magdalena**, a partir de María Magdalena, que lloró sus pecados ante el Señor, cuyo nombre dio lugar a un “bollo hecho con harina, aceite, leche y huevo, cocido al horno en moldes metálicos o de papel rizado, y que gotea como con lágrimas al sacarla del líquido en que se moja al comerla”; “ponerle a uno **hecho un Cristo**” o “un **nazareno**”, frase común en peleas callejeras y en combates oficiales de boxeo; o “llevarle a uno **de Herodes a Pilatos**” (Pilatos acabado aquí en -s, por correlación con Herodes) para significar que le mandan a alguien de un sitio para otro, por ejemplo en la administración pública, sin darle ninguna solución; **lavarse las manos** en un asunto, con el sentido de desentenderse del mismo; “tener pretensiones **mesiánicas**”, por ejemplo en un partido político, en un pueblo, etc.; las **tres Marías** para significar una materia de poca importancia, a partir de las tres mujeres que estaban al pie de la cruz: María,

madre de Jesús, María Magdalena y María, la madre de Cleofás, y que en el ámbito estudiantil se refiere a las asignaturas que apenas hay que estudiar; **llorar los kiries** por “llorar mucho”, porque era algo que se hacía fundamentalmente en los entierros; o **hacer algo en un santiamén**, o sea, en muy poco tiempo; “ser algo o alguien el **¡sursum corda!**”, expresión que de la liturgia (“arriba los corazones” literalmente) pasa al lenguaje común con la idea de infundir valor o ánimo, y finalmente se lexicaliza para aludir a un supuesto personaje de mucha importancia: “¡no lo haré aunque lo mande el sursuncorda!”. Del mismo modo “ser alguien el **Tu autem**”, o persona imprescindible para alguna labor, alude al *Tu autem, Domine, miserere nobis* (“Tú, Señor, ten piedad de nosotros”) presente en tantas lecturas del breviario.

Las referencias son interminables, como decir ‘**Jesús**’ a quien estornuda; **armarse un (el) belén** en algún sitio como sinónimo de follón, barullo; hasta **saberle a uno algo a gloria**; o bien “ocurrir algo **de Pascuas a Ramos**”, teniendo en cuenta que el Domingo de Ramos es el anterior al de Pascua, quiere decir que transcurren 51 semanas, es decir, casi un año, y equivale a “de ciento en viento” o “de higos a brevas”. Por cierto, la Pascua de Resurrección era ese momento feliz en el que llegaba la primavera y cesaban las penitencias cuaresmales, por lo que **estar más alegre que unas Pascuas** equivale a algo muy bueno que sobreviene a algo penoso; que es justo lo contrario de **hacerle a uno la Pascua**, que es fastidiarlo, y procede probablemente de lo que les hacían a los corderos al llegar la Pascua judía, matarlos. **Ver los cielos abiertos**, como “ocasión favorable para salir de un apuro”, que tiene su origen en el martirio de san Esteban, de quien se dice que vio “los cielos abiertos y al Hijo del hombre a la diestra de Dios” (Hech 7,56). Quedarse **in albis** (“en blanco”), propio de tantos alumnos el día del examen, hace referencia al segundo domingo de Pascua (*in albis depositis*), en que los catecúmenos bautizados en la Vigilia de Pascua, y vestidos durante toda esa semana con las vestiduras blancas recibidas por sus padrinos al salir de la piscina bautismal, las depositaban en la iglesia. Ese mismo domingo se llamaba de **Quasimodo**, por las primeras palabras del introito: *Quasimodo geniti infantes* (“Como niños recién nacidos”), y pasó más tarde a nombre propio (recuerden al jorobado de Nuestra Señora). De pequeño yo jugaba con mi abuela a las cartas **a credos y salves**, es decir, sin dinero, sin apuestas, por

pasar el rato. Cada uno en su casa o en su vida tiene su **sanctasanctórum**, ese lugar reservado, íntimo, donde no entra nadie. Cuando yo era pequeño mi padre hablaba y, al dar su opinión sobre un tema, quedaba muy claro que aquello **iba a misa** y ya no se discutía más. Esto es así, y **sanseacabó**, santo popular que ha zanjado tantas discusiones familiares.

No queremos agotar la lista, evidentemente, pero se puede ser un hombre descuidado en el porte externo, es decir, un **adán**; o un **judas**, o sea, un traidor de los más próximos en los momentos menos oportunos; o un **sansón**, por la fuerza descomunal, apodo de tantos luchadores y forzudos populares; o un **cainita**, que odia a los familiares; y ¿quién alguna vez en su vida no ha estado tan apurado que se ha visto obligado a **pasar las de Caín**, homicida que anduvo huyendo de la mirada de Dios, que no le perdía ojo? Hay quien practica el **onanismo**; y quien es cruel como un **herodes**, hombre de gran fiereza que pasó a la historia por decretar la matanza de los niños inocentes; o se comporta como un **barrabás**, aquel malhechor que traía en jaque a los judíos de tiempos de Jesús, personaje que dio también lugar a la **barrabasada**, que el diccionario define como “barbaridad, desaguisado o disparate: acción de la que resulta un gran destrozo o perjuicio”; o es un **job**, por la enorme paciencia ante las adversidades; o un **jeremías**, siempre lamentando el propio destino, lo mal que le trata la vida. ¿Quién no se ha levantado alguna vez en su vida escuchando “estas son las mañanitas que cantaba el **rey David**”? Y desde luego, lo que parece inevitable, en toda familia hay un **benjamín**, por el mero hecho de haber nacido el último; y en muchas algún **matusalén**, por su avanzada edad, recordando a aquel hombre de extraordinaria longevidad que llegó a cumplir 969 años, etc.

En algún momento de nuestra vida habremos oído decir: “Pues ahí está el **busilis**” referido a algo que no sabemos, equivalente a “ahí está el quid”. Mi padre la utilizaba con frecuencia. Parece que el origen está en la distracción de un alumno en clase de latín. El maestro se dio cuenta y le dijo: “Por favor, fulano, traduzca: *In diebus illis*». El alumno contestó: «*In die* significa “en el día”, pero *busilis* no lo sé». La expresión la utiliza ya Cervantes en el *Quijote* con este sentido: “Tenía admirada a toda la gente, que el busilis del cuento no sabía” (2.^a parte, cap. 45).

Vamos ya terminando. Lo haré con una referencia al célebre **cólico miserere**, cuyo nombre es fruto de una preciosa confusión en una traducción medieval del árabe. La definición que se da de él es la de una “oclusión intestinal aguda debida a diferentes causas, gravísima; su síntoma característico es el vómito de los excrementos” (*DRAE*, s.v.). Pero ¿de dónde proviene la expresión? Nos explica Bertha Gutiérrez Rodilla en su libro *La ciencia empieza en la palabra* que “los médicos griegos distinguían dos tipos de dolor abdominal, localizados respectivamente en los intestinos grueso y delgado: *kolikós* (de colon) y *eileós* (de íleon), arabizados en el siglo IX con las formas *quluny* y *aylawus*. Posiblemente un judío —o un cristiano oriental— leería la segunda palabra en nominativo (árabe), *aylawusun*, que en alguna variedad oriental se oiría parecido a *eleyson*. Esta palabra la pondrían en relación con *kyrie eleison*, ‘Señor ten piedad’, ayudados por el carácter mortal de la enfermedad, porque tanto Avicena como otros autores árabes hablan de un cólico que se llama *aylawus* y significa ‘¡Oh, Señor, concédeme la salud, ten misericordia!’. Los traductores del árabe al latín entendieron que debían traducir este cólico por *cólico miserere*”.

Ciertamente, a medida que pasen los años, por el escaso conocimiento del latín y mucho más aún por la pérdida progresiva de la cultura cristiana, la mayoría de estas palabras y expresiones que hemos comentado, de todos estos **teosemantemas** (vocablos de abolengo litúrgico inventados por el pueblo llano al no entender el latín de los oficios religiosos), tan del acervo de nuestra lengua y cultura que impregnan toda nuestra habla coloquial, resultarán completamente extraños, y los jóvenes no captarán **de la misa la media**. A veces nos encontramos con esos hombres apocados que acostumbran a **decir a todo amén**. Pero hombre, ¡**por el amor de Dios!**!, si hasta las manifestaciones más laicas, incluso anticlericales, **terminan como el rosario de la aurora**, e incluso a los intelectuales más descreídos se les ha ido alguna vez **el santo al cielo**. Y ¿quién no ha sentido alguna vez cómo **la procesión va por dentro**? ¿Quién no ha entonado alguna vez el **mea culpa** por alguna razón de la que era o se sentía culpable? O ¿quién no le ha dicho alguna vez a alguien **vade retro**? Por cierto, que prueba de la popularidad de la frase es que en una campaña de moda de los años noventa, la publicidad jugó con la frase e hizo un precioso

calambur, “va de retro”, para aludir a la tendencia de la moda a retornar al estilo de los años veinte con sus faldas y collares larguísimos, ese estilo que vemos en *El gran Gatsby* o *El paciente inglés*, por ejemplo.

Pongo un doble ejemplo de este desconocimiento. Estaba yo viendo una de las ceremonias de la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid (2011) por una de las cadenas de televisión estatales, y apareció en un filete inferior durante la retransmisión de la misa de apertura de la JMJ (16 de agosto de 2011, 20.55 h): “El coro interpreta el ‘Totus Tuus’ (‘Todos Tuyos’)” (¡!), considerando falsamente que se trataba de un plural al acabar en -s. La segunda, en la misma ceremonia. El sacerdote, periodista con gran soltura en los medios de comunicación, está comentando que los obispos llevan solideo y dice: “Solo ante Dios, porque solo se lo quitan en la consagración”, a lo que responde la periodista con el entusiasmo infantil de quien acaba de hacer un gran descubrimiento: “¡Ah! Claro, son dos palabras: sol y deo”. Vivir para ver y... oír.

Cierto, si hoy se estudiara un poco más de latín y se tuviera un poco más de cultura religiosa **otro gallo nos cantara**, frase que hace alusión a las negaciones de Pedro a Cristo la noche del prendimiento, cuando el gallo cantó dos veces mientras él lo negaba tres. Rodríguez Marín cita al respecto esta copla: “Si san Pedro no negara / a Cristo, como negó, / otro gallo le cantara / mejor que el que le cantó” (*Cantares populares españoles*). Pero como los planes de estudio no parece que vayan por ese camino, **aquí paz, y después gloria**, frase que es un remedo del final de los sermones con que los predicadores solían terminar sus pláticas acompañándolas del gesto de la bendición con la mano, deseando al auditorio *aquí*, en este mundo *paz*, y *después*, en la otra vida, la *gloria* celestial. Quizás **cuando san Juan baje el dedo** y haya alguna reforma educativa seria. La frase, alusiva a la actitud de san Juan Bautista pintada por tantos artistas con el dedo índice en alto indicando a Cristo, “he aquí el Cordero de Dios”, equivale a la más clásica de *ad kalendas griegas*, sistema de medición de los días que no existió, es decir, nunca.

Pues, visto lo visto, ¡**que Dios nos pille confesados!**

Y si este libro le ha enganchado, **ojalá** ('si Alá lo quiere', precioso residuo en nuestra lengua de ocho siglos de presencia musulmana en Hispania) que muy pronto, **Dios mediante** (*Deo volente* que decían hace años), nos veamos en el siguiente. **Adiós.**

Lista alfabética de palabras y expresiones comentadas

A

a bulto	accedera	acritud
a cercén	aceptar	acrobacia
a contrapié	acera	acróbata
a credos y salves	acerado, -a	acrofobia
a cuadros	acerbo	acrónimo
a la buena de Dios	acercar	acropatía
a pie	acerería	acrópolis
a pie de página	acerico	acróstico
a todo cerdo le llega su sanmartín	acero	acrotera
a volapié	acérrimo	acta
ablación	acertar	actividad
ablativo	acertijo	activista
abyección	acetábulo	activo, -a
abyecto, -a	acetato	acto
acabar	acético	actor
acabose	acetileno	actora
acanto	acetilsalicílico	actriz
acantopterigio	acetona	actuación
acaramelado, -a	achitabla	actual
acatar	acicular	actuar
acaudalado, -a	acidez	acuartelado
acaudillar	ácido	acuciante
acción	acorralar	acumen
accionar	acre	acupresión
	acribillar	acupuntura
	acrimonia	acupuntural
acutángulo	agitarse	almo
adán	agresión	alta mar
adefesio	agresivo	altanero
adeudar	agresor	altano
adiós	agriado	altar
adivino	agridulce	altavoz
adjetivo	agrio, -a	alteza
adolescente	aguapié	altibajo
adulto, -a	agudeza	altímetro
adventicio	agudo, -a	altitud
adversario	aguijar	altivo, -a
adversidad	agujón	alto, -a
advertencia	aguja	altozano
advertir	agujereado, -a	altura
adviento	agujero	alucinógeno
adyacente	agujetas	alumno, -a

afabilidad	aguzar	alzamiento	
afianzar	al buen tuntún	alzar	
afrodisíaco	al fin y al cabo	ambages	
agencia	al pie de la letra	ambigü	
agenda	alcanzar	ambigüedad	
agente	alienígena	ambiguo, -a	
ágil	alimentar	amencia	
agilidad	alimentario	amito	
agitación	alimento	amnesia	
agitador	alma mater	amnistía	
amonedación	apoteósico, -a	avistar	
amonedar	apoteosis	avizor	
amonestación	apoyar	avizarar	
amonestar	apoyo	avolvimiento	
amorfo	aquí paz, y después gloria		
amotinamiento	armarse un belén		
amueblar	artrópodo	B	
anafrodisia	atar cabos	Balsaín	
animadversión	ateísmo	barbecho	
anonadación	ateo, -a	barrabás	
anonadar	atravesar	barrabasada	
antelación	aula de grados	Barriosuso	
anticiclón	automóvil	basura	
anticipar	automovilismo	behetría	
anticipo	autos	benefactor	
antinatural	autovía	beneficencia	
antípodas	avenida	beneficio	
antiteo	avenirse	benigno, -a	
antivuelco	aventura	benjamín	
antropogónico	aventurero, -a	besana	
antuviarse	aversión	bíceps	
anverso	aviado, -a	bicicleta	
apearse	aviar	bienaventuras	
apéndice	avieso, -a	bienhechor	
apendicitis	avinagrado, -a	bienvenido, -a	
apesadumbrado, -a	avisar	bifaz	
		biodegradable	
bípedo	cabotaje	calzas	
bitácora	cacería	calzo	
bivalvo	cadete	calzonazos	
blasfemia	cainita	calzoncillo	
Bonifacio	caja de caudales	calzones	
bóveda	calamar	calzorras	
bruma	calamidad	cancerígeno	
buen sama	calamiforme	cantar las cuarenta	
buenavent	calamita	capacho	
busilis	calamite	capacidad	
	calamitoso, -a	capataz	

C

cabal	cálamo	capaz
cabecera	cálamo currente	capazo
cabecilla	calcáneo	capciosa
caber	calcañar	capicúa
cabestro	calcaño	capirote
cabeza ,	calcar	capiscol
cabezada	calceta	capistro
cabezo	calcetero	capital
cabezón	calcetín	capitalismo
cabezota	calcomanía	capitalista
cabida	calle de la amargura	capitán
cabildo	calvario	capitel
cabizbajo	calzada	capitidismuido, -a
cabo	calzado	capitolino
	calzador	Capitolio
capitoste	catacaldos	cercenar
capitular	catador	cercha
capítulo	catadura	cerchearse
capítulo de faltas	catalejo	cercos
capo	catalicores	cernedor
capó	catalina	cerneja
capolar	catar	cerner
caporal	catasalsas	cernícalo
capota	cataviento	cerrojo
capotar	catavinos	certamen
captar	<i>catch</i>	certero
captura	catorce	certificar
capturar	caudal	cf.
capucha	caudaloso	chapitel
capuchino	caudillo	chiremía
capuzar	cautiverio	chirimía
carámbano	cautivo	chirumbela
carambillo	cazador	chulo
caramela	cazar	churumbel
caramelo	cefalópodo	churumbela
caramida	cerca	cíclada
caramillo	cerca de	Cícladas
carillón	cercado	cíclico
Carrefour	cercanías	ciclismo
cartabón	cercano, -a	ciclista
cata	cercar	ciclo
ciclomotor	circunstancial	conculcar
ciclón	circunvalación	confabulación
ciclope, ciclope	circunvolución	confabular
ciclópeo, -a	cirineo	confeccionar
ciclorama	clarividencia	confederación
ciclostil	coaccionar	conferencia

ciclóstomo	coagular	conferir
ciclotimia	coágulo	confesar
ciclotrón	coaligar	confesor
ciempiés	cobrador	confeti
cierto, -a	cobrar	confianza
cinturón de Afrodita	cocear	confiar
cinturón de Venus	cohabitación	confidencia
circense	cohabitar	confidencial
circo	cohecho	confitería
circuir	cohibir	conformar
circuito	colación	conformista
circular	cólico miserere	congénere
círculo	comentar	congeniar
círculo vicioso	comentarista	congénita
circumpolar	compendio	congresista
circuncisión	compensar	congreso
circunferencia	con la venia	conjeturar
circunloquio	con los pies por delante	conmemorar
circunspección	concebir	conmocionar
circunstancia	concernir	connatural
contra naturam	corro	cuadro
contrahecho, -a	Cosmogonía	cuadrúmano
contralto	cotidiano	cuadrúpedo
contrapeado	coz	cuadruplicar
contrapesar	criba	cuajar
contrapeso	cribar	cuajo
contravenir	cribelo	cuando san Juan baja el dedo
contravoluta	crimen	cuarenta
controversia	criminal	cuarentena
controvertido, -a	Cristóbal	cuarentón
convención	Cristóforo	cuaresma
convencional	crucífero	cuaresmal
conveniencia	cuaderno	cuarta
conveniente	cuadra	cuartanas
convenio	cuadrado	cuartar
convenir	cuadrángulo	cuarteado
convento	cuadrante	cuartel
conversación	cuadrar	cuarterón
conversión	cuadratura	cuarteta
converso, -a	cuádriceps	cuarteto
convertido, -a	cuadriculado	cuartilla
convoluto	cuadrienal	cuartillo
convólculo	cuadriga	cuarto
convoy	cuadrilátero	cuarto y mitad
Corpus Christi	cuadrilla	cuartos de final
corral	cuadrillo	cuaternario
cuatralbo	de pies a cabeza	dementar

cuatrero
cuatrillizo
cuatrimestral
cuatrimotor
cuatrín
cuatro
cuatrocientos
cuatropea
cuatropear
cuidado
cuidar
cuñado
cupo
curpillos

D

da capo
de buena fe
de cabo a rabo
de Herodes a Pilatos
de improviso
de la misa la media
de mala fe
de memoria
de Pascuas a Ramos

desmentir
desnaturalizado, -a
desocupado, -a
despachar
despeado, -a
despejar
despensa
despensero
desperfecto
despreocupado, -a
desprevenido, -a
desviación
desviarse
desvío
deuda
devenir
devolver
dextrorsa
deyección
día
diana
diario

de propia minerva
debe
deber
débil
debilidad
decapitar
decepcionar
decir a todo amén
decretar
decreto
defecto
defectuoso
déficit
deformación
deforme
deformidad
degenerado, -a
degenerativa
degradado, -a
deicida
deificarse
Deípara
deísmo
deísta
demencia

diferir
difícil
digresión
dilatar
Dios
Dios mediante
Diosdado
dioses
discernimiento
discernir
discreción
discreto
discriminación
discriminado
dismnesia
dispendio
diurno, -a
divertirse
divieso
divinamente
divina de la muerte
divinidad

demente
demostrar
dependen
dependiente
desacatar
desafío
desafortunado, -a
desahuciado, -a
desavenencia
descabezar
descalzas
descapotable
desconfiado, -a
desconfianza
desconfiar
descuartizar
descuido
desecho
desenvolver
desenvuelto, -a
desfachatez
deshabitado, -a
deshecho
desinflar
desmemoriado, -a

divorcio
doríforo
Doroteo

E

ecce homo
echar
echar venablos
edípico, -a
Edipo
egresado, -a
emoción
emocional
emoticono
emotivo
empachar
empecer
empedecer
en ciernes
en el acto
en vía muerta
en vías de

dicho y hecho	divinización	enaltecer
difamar	divino, -a	encabezamiento
difamatorio	dívó, -a	encíclica
diferenciador	divorciarse	enciclopedia
enciclopédico	equiponderar	excremento
encuadernación	escuadra	excretor
encuadernador	escuadrarse	exhibicionista
endiosamiento	escuadrilla	exhibir
enfadado, -a	escuadrón	exigir
engendrar	espíritu de Venus	expedición
engendro	estar de vuelta	expedir
enrevesado, -a	estar en la cuarta	expeditivo
enteógeno	palabra	expedito
entreacto	estar en la gloria	Expedito
entrever	Eufemia	Expendeduría
entrevista	eufemismo	expende
entrevistador	euforia	extrasemicircular
entusiasmado, -a	eugenésicos	extraviado, -a
entusiasmo	Eugenio	extraviarse
entusiasta	Eurovisión	extrovertido
envenenado, -a	evento	eyaculación
envés	eventual	eyacular
enviado, -a	evidente	eyectar
envidia	evidentemente	
envidioso	evolucionar	F
envión	evoluta	fábrica
envoltura	evolvente	fabricante
envolvente	exacerbar	Fabricio
envolver	exaltar	fábula
epístola de los estribos	excepción	fabulista
fabuloso, -a	famoso, -a	féretro
facción	fanático, -a	feriado, -a
faceta	fandango	ferrovía
facha	fandanguillo	ferroviario
fachada	fantoche	fértil
facial	fario	fertilidad
fácil	fariseo	fertilizante
facilidad	fasto	festival
facilitar	fastuoso	festivo, -a
facineroso	fatal	fetichismo
facsimil	fatídico	fetiche
factible	fausto	fiabilidad
factor	faz	fiable
factoría	fazaña	fiador
factótum	FBI	fianza
factura	fe	fiar

facultad	fe de erratas	fiarse
facundia	fecha	fidedigno, -a
Facundo	fechoría	fideicomiso
fado	fedatario	fideísmo
faena	federación	Fidel
faenar	federal	fidelidad
fallar	federalismo	fiduciario
fallo	fehaciente	fiel
fama	fementido, -a	fiesta
famoseo	feraz	flabelicornio
flabelífero	genealogía	gentío
flabeliforme	genealógico, -a	gentleman
flabelo	genearca	gentuza
flato	generación	genuino, -a
flatulencia	generador	germen
flatulento	general	germinal
forma	generalizar	germinar
formación	generar	gitar
formaggio	generatriz	gloria
formar	genérico, -a	gonacracia
formatear	género	gónadas
formativo	generoso, -a	gonocito
formero	génesis	gonorrea
formón	Génesis	grada
Formosa	genética	graderío
fórmula	genetliaco, -a	gradiente
fortuito, -a	genio	gradilla
fortuna	genital	grado
Fortuna	genitivo	graduación
Fortunato	genocida	graduado
fósforo	genocidio	gradualmente
fromage	genoma	gao
	gente	guitón

G

gen
gendarme

gentil
gentilhombre
gentilicio

H

haber

haberío
haberoso
hábil
habilidad
habitación
habitáculo
habitante
habitar
hábitat
hábito
habitual

hallazgo
halógeno
¡hasta verte, Jesús mío!
haz
hazaña
hazmerreír
hechicero
hecho, -a
hecho un Cristo
hechura
hemiciclo

Homo habilis
homogéneo, -a
horma
hormazo
hortera
horterada
hoy
Huérmeces
huesos de santo

habitualmente
habladuría
hablar
hablilla
Hacedor
hacer
hacer algo en un santiamén
hacerle a uno la Pascua
hacia
hacienda
hada
hadar
hadario
hado
hallar

hermandad
hermano, -a
hermoso, -a
herodes
heterogéneo, -a
hidrógeno
hi-fi
hincapié
hincha
hinchado, -a
hinchar
hinchazón
hiperactivo, -a
hipermnesia
Homo faber

I

IHS
impedido, -a
impedimenta
impedimento
impedir
imponderable
impregnar
imprudente
in albis
in memoriam
in mente
inacabable
inamovible
incertidumbre
inconveniente

incriminar
inculcar
indagar
independencia
indiferencia
indiferente
indígena
indiscreto, -a
indispensable
índole
inefable
infame
infamia
infancia
infantazgo
infante
infantería
infanticida
infanticidio
infantil
infantilismo
infanzón
infidelidad
infidencia
infidente
infiel

inflación
inflar
informado, -a
informalidad
informativos
informe
infortunio
ingeniería
ingeniero
ingenio
ingenioso
ingente
ingenuidad
ingenuo
ingrediente
ingreso
inhabilitar
inhabitación
inhibir
inmemorial
inmobiliaria
inmóvil
inmovilidad
inmovilista
inmueble
innato, -a

insuflar
insufrible
interferir
interjección
internacionalidad
intervención
intervenir
interventor
intransigente
introvertido, -a
inventar
invertido
invertir
inviable
invidente
invisible
involucrarse
inyección
inyectar
ir algo a misa
irse el santo al cielo
isla de Pascua
Islas Afortunadas

J

jacilla

jactancioso, -a
jactarse
jaculatoria
jáculo

lapsus cálamí
lavabo
Lavapiés
lavarse las manos

mediodía
melífero
memento
memento mori

jefe	licopodio	memorándum
jeremías	llevar a cabo	memoria
¡Jesús!	llevarle a uno en palmitas	memorial
jet	llorar como una Magdalena	memorilla
jet lag	llorar los kiries	memorión
jet set	lorenzo	memorística
job		memorizar
jornada	M	mencionar
jornal	malavenido	menoscabar
jornalero	maleficio	mental
jovial	malena	mentalidad
judas	malhablado	mentar
jueves	malhadado	mente
Júpiter	malhechor	mentecato
	malvado	mentidero
K	malversar	mentir
kilopondio	manufactura	mentira
	maremoto	mentís
L	más alegre que unas Pascuas	mentor
la procesión va por dentro	matusalén	Mentor
lacrimógeno	mea culpa	meridiano, -a
lágrimas de san Lorenzo	medias	meridional
mesíasico, -a	monumental	móvil
metáfora	monumento	movilidad
metamórfico, -a	morfología	movilización
metamorfismo	mortinatalidad	movilizar
metamorfosis	mostrador	movimiento
Midi	mostrar	moviola
miriápodo	motero	mueble
Minerva	motín	muestra
minerva	motivarse	Mundovisión
misa	motivo	muñidor
miserere	moto	muñir
mistagogo	motocicleta	
Mnemósine	motociclismo	N
mnemotécnica	motolito	nacedero
moción	motonave	nacencia
momento	motor	nacer
moneda	motor inmóvil	nacido
monedero	motora	naciente
monetario	mosierra	nacimiento
monición	motriz	nación
monitor	motu proprio	nacionalismo
monoteísta	movedizo, -a	nacionalista
monovolumen	mover	nada
monstruo	movible	nadería
monte de Venus	movida	

Montevideo	movidito	nadie Nadie	
natal	objeto		otero
natalicio	oblación		otro gallo nos cantara
natalidad	oblato, -a		oxígeno
natividad	oblea		
Natividad	oboe		P
nativo, -a	obviedad		panteísta
nato, -a	obvio		panteón
naturaleza	occipital		Panteón
naturalidad	occipucio		para más inri
naturismo	octópodo		paragoge
Navidad	ocupa		paramnesia
navideño	ocupado, -a		parar los pies a alguien
nazareno	oferente		parce
nefando, -a	oferta		partícipe
nefasto, -a	ofertorio		pasar las de Caín
niñato, -a	oficina		peada
no tener pies ni cabeza	oficio		peaje
nonada	ofrecer		peal
nonato	ofrecido, -a		peana
ñoñato	ofrenda		peaña
	ofrendar		peatón
O	ojalá		peatonal
óbice	ombbligo de Venus		pecíolo
objetar	onanismo		pedagogo
objetivo	orujo		pedaje
objeto	otear		pedal
pedalada	pensar	peseta	
pedalear	pensil	peso	
pedaleo	pensión	peúco	
pedanía	pensionado	pezón	
pedestal	pensionista	pezuña	
pedestre	peón	Piamonte	
pedicój	peonada	piamontés	
pedículo	peonía	pie	
pedicuro	peonza	piececillo	
pedigrí	per cápita	piececito	
pediluvio	peralte	piecera	
pedúnculo	percebe	pielga	
pelecípodo	percibir	pienso	
penca	perfectamente	pindonga	
pendanga	perfectible	pingajo	
pender	perfecto, -a	pingar	
pendiente	perfidia	pinjado	
pendil	pérfido, -a	pinjante	
péndola	periferia	pinjar	

pendolón	perpendicular	piojo	
pendular	perverso, -a	pionero	
péndulo	pervertido, -a	pluscuamperfecto	
peneque	pesadilla	podagra	
pensador	pésame	podio	
pensamiento	pesar	pódium	
pensante	pesaroso, -a	podólogo	
podomancia	prelado	progresar	
podómetro	premonitorio	progresista	
podoscafo	preñar	progresivamente	
pólipo	preñez	prohibición	
politeísta	preocupación	prohibir	
ponderado, -a	preocupado, -a	prohibitivo	
ponderar	prevención	prole	
ponderaria	prevenir	proletariado	
¡por el amor de Dios!	previo, -a	proliferar	
por hache o por be	previsible	prolífico, -a	
pordiosero	primigenio	promotor, -a	
porfia	primogénito, -a	promover	
Port-Vendres	primogenitura	propender	
porvenir	príncipe	prosa	
pound	prodigalidad	prosaico, -a	
poyo	pródigo	provecho	
prebenda	profanar	proveer	
prebendado	profano	providencia	
precipicio	profecía	providente	
precipitarse	proferir	provisión	
prefacio	profesión	proyectar	
perfecto	profesor	proyectil	
preferible	profeta	proyecto	
preferir	profetizar	prudente	
pregnancia	progenie	psicomotricidad	
preguntar	progenitor	pulpo	
puntapié	recibo	relativo, -a	
	recobrar	rememorar	
Q	recompensar	rememorar	
quadrívium	reconvenir	remoto	
Quasimodo	recriminar	remover	
¡que Dios nos pille	recuadro	removido, -a	
confesados!	recuperar	renacentista	
quehacer	refección	renacer	
Quodvultdeus	refectorio	Renacimiento	
	referéndum	rescate	
R	referente	resignación	
reacción	referir	resollar	
rebosar	reformular	resoplar	
	reformatorio	resoplido	

recabar
recalcar
recalcitrante
recalcitrar
recalzar
recapacitar
recapitular
recatarse
recato
recaudar
recaudo
receptáculo
receta
recibir

revés
reviernes
revisar
revisión
revista
revolcón
revoltijo
revoltón
revoltoso
revolución
revolucionario
revolver
revólver
revuelta
revuelto
rey David
rodapié

S

saber algo a gloria
Sahagún
sambenito
sanjacobo
sanctasanctórum
sanmiguelada
sanseacabó

superlativo
supervisor
¡sursum corda!
susos
susodicho, -a
suspendido, -a

regata
regate
regatear
regatón
regazar
regazo
regenerarse
regresar
rehabilitación
rehacer
relatar
relativismo

sansón
secretaria
secretario
secreter
secreto
secretor
semáforo
semicircular
semidiós
semoviente
¡Señor, qué cruz!
septentrional
ser la vida un Getsemaní
ser la vida un vía crucis
sinagoga
sinistrórsum
sobar
sobeo
sobrenatural
sobreenir
sofión
solideo
solipedo
sollar
sopelar
sopesar

teofanía
teofilantropía
Teófilo
teofobia
Teogonía
teología

responder
respingar
respingo
resuello
retroactivo
retrogrado
retroversión
revenir
rever
reverso
revertido
revertir

soplador
soplar
soplete
soplillo
soplo
soplón
soponcio
soufflé
subjetivo
subsecretario
subvención
subvencionar
subvenir
subversivo
subyacente
subyacer
suficiente
sufrimiento
sui géneris
sujeto
supedáneo
supeditado, -a
supeditar
superagente
superficial
superficie

transgénico
transgredir
transigir
tranvía
trasechador
trasladar

suspense
suspensivos
suspenso, -a

T

tarta de san Marcos
TDI
Tegito
teísta
televidente
televisión
televisor
tentempié
teobroma
teobromina
teocracia
Teócrito
teodicea
Teodoro
Teodosio

unípede
universal
universo

V

vade retro
valle
valle de lágrimas
vals
valva
válvula
véase
veedor
vehemente
velocípedo
venablo
venado
venatorio, -a
vender la moto
veneno
venera
venerable
veneración
venerar
venéreo, -a
venereólogo

teólogo
teomanía
teomaniaco
teomaquia
teónimo
teosemantema
teosofía
teosófico
tergiversar
terminar como el rosario de
la aurora
theologeion
Theótokos
Tibidabo
toletole
trabajar
transferencia
transferir
transformación
transformado, -a
transformista

venia
venial
venida
venir
ventura
venturoso
venus
Venus
venusino, -a
venusto, -a
venustofobia
ver
ver los cielos abiertos
veranillo de san Martín
verónica
versado
versal
versalita
versátil
versícula
versiculario
versículo
versión
verso
versolari
vértebra

traspie
trayectoria
trébede
trebejo
tres Marías
tríceps
triduo
trípode
trivial
Trivial Pursuit
trivialidad
trívium
tropezar
Tu autem
tumbítulos
turiferario

U

uniforme
unigénito

vertebrado
vertebral
vertedera
vertedero
vertello
verter
vertical
verticalmente
vértice
Verticordia
vertido
vertiente
vertiginoso
vértigo
veyente
vía
vía crucis
vía dolorosa
vía estrecha
Vía Láctea
vía pública
vía sacra
viabilidad
viador
viaducto
viajante

viajar
viaje
viajero, -a
vial
viandante
viario, -a
viático
Viator
vidente
vídeo
videoclip
videoconferencia
videojuego
videoteléfono
vieira
viernes
vinagre
vinagreras
vinagreta
vino de aguja
vis a vis
visa
visado
visaje
visera
visillo

visión
visionar
visionario
visita
visitador
visitar
visor
vista
vistoso, -a
volcar
volquete
volteador
voltear
volteo
voltereta
voluble
volumen
volumetría
voluminoso
voluta
volver
Volvo
vuelco
vuelta

Y

yacente
yacer
yacija
yacimiento
yemas de santa Teresa
yerno
yuso

Z

zarcillo
zozobrar

Etimologicón
Javier del Hoyo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Mauricio Restrepo, 2013

© de la imagen de la portada, Luciano Lozano, 2013

© 2012, Javier del Hoyo

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a María Antonia de Miquel por el cuidado y seguimiento de la edición.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2013

ISBN: 978-84-344-0644-5

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L.

www.newcomlab.com